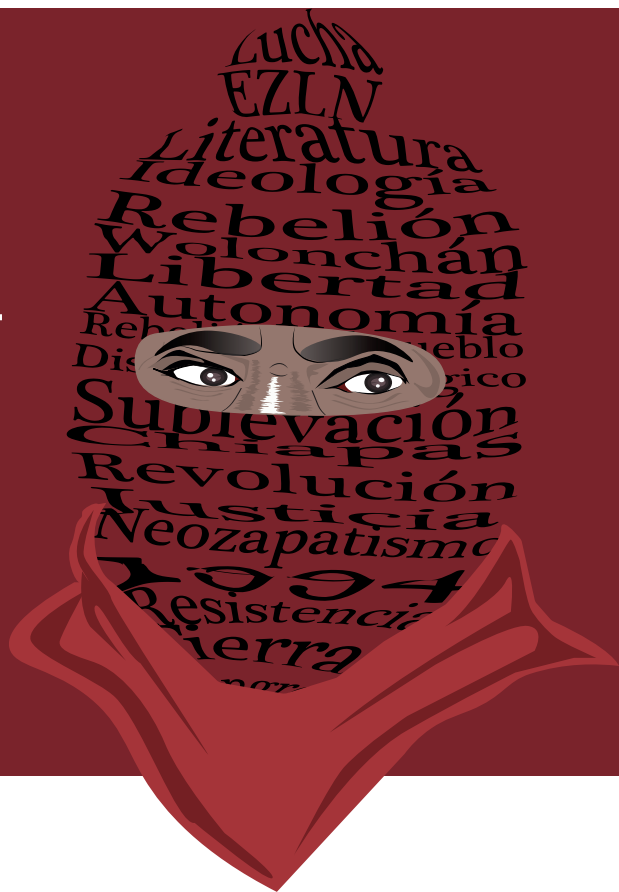


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS
FACULTAD DE HUMANIDADES, CAMPUS VI
MAESTRÍA EN ESTUDIOS CULTURALES

Literatura y neozapatismo: la configuración de la ideología en *Nudo de serpientes*



Tesis
que para obtener el grado de:
Maestro en Estudios Culturales

Presenta:
Gerardo Emmanuel Pérez Mundo

Director: Armando Adolfo Altamira Rodríguez
Co-director: Vladimir González Roblero

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas; Agosto de 2018.





Tuxtla Gutiérrez, Chiapas agosto 03 del 2018
Oficio No. CIP/261/18

C. GERARDO EMMANUEL PÉREZ MUNDO

Promoción: 4°

Matrícula: **14061018**

Sede: **Tuxtla Gutiérrez, Chiapas**

Presente.

Por medio del presente, informo a Usted que una vez recibido los votos aprobatorios de los miembros del **JURADO** para el examen de grado de la **Maestría en Estudios Culturales** para la defensa de la tesis intitulada:

"LITERATURA Y NEOZAPATISMO: LA CONFIGURACIÓN DE LA IDEOLOGÍA EN NUDO DE SERPIENTES "

Se le **autoriza la impresión de Seis ejemplares y tres electrónicos (CDs)**, los cuales deberá entregar:

- Una tesis y un CD: Dirección de Desarrollo Bibliotecario de la Universidad Autónoma de Chiapas.
- Un CD: Biblioteca de la Facultad de Humanidades C-VI.
- Cinco y un CD: Área de Titulación de la Coordinación de Investigación y Posgrado de la Facultad de Humanidades C-VI, para ser entregados a los Sinodales

Sin otro particular, reciba un cordial saludo.

ATENTAMENTE

"POR LA CONCIENCIA DE LA NECESIDAD DE SERVIR"

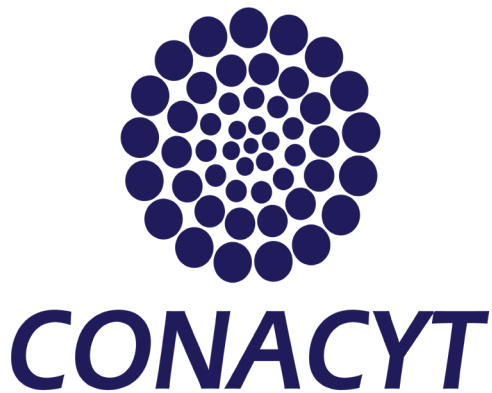
Dr. LUIS ERNESTO CRUZ OCAÑA

COORDINADOR DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO



POSGRADO DE HUMANIDADES
CAMPUS VI
COORDINACIÓN DE
INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Este trabajo fue realizado gracias al financiamiento que recibí como becario de la Maestría en Estudios Culturales de la Universidad Autónoma de Chiapas, otorgado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología durante el período agosto 2014-julio 2016.



A Verónica y Sabina: el aliento
diáfano en la hora más oscura.

A mi padre y madre, por su
cariño e infinita comprensión.

A los que por alguna extraña
razón están de viaje.

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo Uno	
Contexto histórico, social y literario en Chiapas	7
1.1. Antecedentes de los conflictos indígenas en Chiapas.....	10
1.1.1. El conflicto armado de 1712.....	15
1.1.2 Las revueltas del siglo XIX.....	18
1.1.3. La guerra de el Pajarito: la sublevación de principios del siglo XX	27
1.2. El levantamiento armado de 1994 en Chiapas.....	38
1.2.1. Los frentes de liberación nacional	39
1.3. Literatura y arte neozapatista: antecedentes.....	50
1.3.1. Literatura neozapatista en Chiapas.....	51
1.3.2. ¿Arte neozapatista?	
El giro estético de la máscara de estambre.....	58
Capítulo Dos	
El concepto de ideología y su significación en la contemporaneidad	66
2.1. Estudios culturales e ideología: una aproximación	67
2.2. Los orígenes del concepto.....	79
2.3. De Marx a Althusser: la construcción conceptual	85
2.4. La ideología en nuestra contemporaneidad.....	92
2.4.1. Ideología y discurso.....	93
2.4.2. La lectura lacaniana de Zizek: más allá de la ideología	98
Capítulo tres	
El mundo de los espejos: la configuración ideológica en el discurso narrativo – literario	108
3.1. Las dimensiones estructurales en <i>Nudo de serpientes</i>	109
3.1.1. La dimensión del espacio y el tiempo en la novela.....	112

3.1.1.1. <i>El cronotopo: la conjunción del tiempo y el espacio</i>	115
3.1.3. Los actores, actantes y personajes.....	121
3.2. La aprehensión del horizonte ideológico en el texto literario	124
3.2.1. La relación ideogema-personaje	129
3.3. La triple mimesis de Paul Ricoeur	133
3.3.1. El tiempo fenoménico: el mundo de la acción y la acción «en» el tiempo	136
3.3.2. Del mundo de la acción a la narración del mundo: la construcción de la trama	143
3.3.3. El tiempo refigurado: el tiempo hecho narración.....	150
Capítulo cuatro	
<i>Nudo de serpientes: entre la ideología</i>	
y el mundo narrado	158
4.1. Los caminos de la ideología: metamorfosis y redención.....	159
4.2. El espectro de la historia: Bernal Díaz del Castillo	170
4.3. La otra cara del discurso: Wolonchán y el EZLN.....	176
5.4. Epílogo.....	181
Conclusiones	185
Referencias	190

INTRODUCCIÓN

A principios de 1994 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) apareció como un movimiento que pretendía darle voz a los que habían sido silenciados; dibujar un rostro a los que habían sido excluidos; recuperar el papel en el mundo de aquellos pueblos que habían padecido el yugo de una colonización aplastante y, que con el transcurso del tiempo, habían sufrido el olvido y el repudio de una nueva clase dominante. Es tal la magnitud de lo que representó esta lucha por la reivindicación de los pueblos originarios, que este hecho social no pasó desapercibido.

Este levantamiento armado o movimiento popular (como ha sido nombrado por muchos) significó un punto de partida para una posterior revolución pacífica: una resistencia donde mediaría la palabra y no la violencia. Y es por medio de la palabra —de los comunicados y la literatura escrita por Marcos— que este sendero apuntó a una ética constituida en la acción-reflexión, conjunción de dos signos en la que tenía más cabida la razón que la fuerza, esto es, el uso del discurso político. Es así que el posterior desarrollo del movimiento neozapatista se vio significado —de tal manera— que se ajustó a la resistencia más que a la intimidación, ya que «lo predominante en la lucha de los

pueblos indígenas mayenses ha sido *la flor de la palabra*, la fuerza de la razón: no la razón de la fuerza» (Michel, 2003, p. 73). Por tanto, este acontecimiento que se fue modelando hasta el grado de transformarse en un movimiento donde imperara la palabra (tanto oral como escrita), persiste, traspasando las fronteras entre lo netamente historiográfico hasta llegar al terreno de las artes, donde encontraría cabida en la literatura, donde intelectuales de todas partes daban a conocer su opinión acerca de este movimiento guerrillero tan original. No obstante, algunos escritores chiapanecos se mantuvieron en suspenso ante este fenómeno, optando por varios posicionamientos políticos con respecto a este hecho.

En un contexto con una gran diversidad como lo es el chiapaneco, parece incomprensible —y hasta cierto punto irresponsable— el hecho de pensar que sus escritores no hayan redactado páginas literarias sobre el acontecimiento del primero de enero de 1994. Por ello, una de las tareas que se constituye en este trabajo es la de resaltar cuáles fueron los intentos por constituir una literatura que abordara este acontecimiento histórico. Es así que se recuperan los distintos atisbos que generaron algunos escritores chiapanecos por dibujar un panorama general del EZLN, mismos que llevaron, posteriormente, a que una generación más

próxima se identificara con este movimiento popular y decidiera abordarlo desde una perspectiva ideológica muy particular. Estas características son las que vemos expresadas en *Nudo de serpientes* (2007), novela de Alejandro Aldana Sellschopp, escritor chiapaneco, que se esfuerza por reconstruir y recuperar este hecho histórico y que da cuenta de una de las tantas maneras que el novelista construye la trama.

De la misma forma se toman en consideración los distintos conflictos indígenas que antecedieron al EZLN, ya que tienen una importancia relevante en el proceso histórico-político en el estado de Chiapas. Por otra parte, es necesario aclarar que si bien la historiografía sobre Chiapas ocupa un lugar relevante en la construcción del contexto, lo medular en este trabajo consiste en deconstruir las estructuras narrativas, no sólo de las acciones emprendidas por el EZLN, sino de la narrativa literaria que ha tomado como protagonista a este movimiento, con el único fin de establecer si los principios ideológicos que constituyeron al EZLN también se ven reflejados en el discurso de *Nudo de serpientes*. Para ello, no basta con identificar ciertos elementos persistentes en los discursos neozapatistas y que de cierta forma mantienen una resonancia en el discurso narrativo-literario, sino que es imprescindible conocer

cómo se construye la trama con todos los elementos que del mundo fenoménico extrae.

Al hablar de la construcción de la trama me refiero a las operaciones que, para Paul Ricoeur, el novelista —o historiador— debe elegir para cumplir con su cometido. Esto implica que los efectos éticos, históricos e ideológicos son elegidos cuidadosamente por el narrador porque, en definitiva, su discurso tiene cierta intencionalidad. En el recorrido del trabajo observaremos la propuesta metodológica de Paul Ricoeur nombrada por él mismo como la triple mimesis, la cual nos permitirá observar detalladamente, qué elementos son los que el escritor decide incorporar en su discurso narrativo-literario.

Por consiguiente, el objetivo principal de la investigación consiste en determinar si existe una ideología política en el contexto socio-histórico del levantamiento armado de 1994 y en la novela *Nudo de serpientes*. Con esto atendemos a la problemática esencial en la que la ideología parecía haberse evaporado, siendo sólo un recuerdo efímero en textos marxistas de los sesentas y setentas. Esto, a su vez, acarrea una serie de relaciones entre texto y contexto, puesto que si en algún momento no se llegó a representar en los textos literarios el fenómeno neozapatista, esto implicaría que la hegemonía ideológica viraba hacia otros

mares, y, por consiguiente, los novelistas chiapanecos se encontraban en un periodo reflexivo en cuanto a este fenómeno ideológico.

Partiendo de esto, el trabajo se estructura en cuatro capítulos. El primero tiene como cometido contextualizar los conflictos indígenas que antecedieron al EZLN hasta llegar a la conformación de este movimiento. Asimismo se ponen en contexto las manifestaciones artísticas que han tomado como protagonistas a los actores del EZLN, haciendo énfasis en las manifestaciones literarias. El segundo apartado tiene como objetivo profundizar en la génesis y desarrollo del concepto de ideología con Althusser avanzando hasta las propuestas más recientes con Van Dijk y Slavoj Žižek. Por otra parte, también se enfatiza en la relación que los estudios culturales tienen en el análisis ideológico, la literatura y el discurso político en Latinoamérica. El cuarto capítulo se centra en el modelo de análisis que articula, tanto la hermenéutica fenomenológica de Ricoeur, como la propuesta de los ideogramas de Bajtín y el análisis estructural narratológico de Mieke Bal. Esta propuesta metodológica tiene como resultado el cuarto capítulo, en el que se integra lo planteado en las secciones anteriores y se ahonda en el análisis del discurso narrativo-literario. Por su parte, todos los capítulos siguen la mecánica de la mimesis paulrique-

riana, partiendo de la pre-figuración, la configuración y la re-figuración de la trama, como puente ineludible entre el mundo fenoménico y el mundo del texto.

Los objetivos, por consiguiente, son precisos: determinar si la ideología se sigue manifestando y bajo qué mecanismos el arte retrata (o refleja) el mundo social del cual forma parte. Y por último —y quizá lo más importante— es descifrar si *Nudo de serpientes* es un discurso que se centra en narrar la conformación del EZLN y dejar constancia de ello o, por el contrario, sostiene otra intención en su discurso narrativo.

Sea pues, que esta introducción cumpla con su cometido y atraiga la atención del lector hacia el mundo de los espejos: el mundo de la ideología en el contexto y el texto literario.

CAPÍTULO UNO

CONTEXTO HISTÓRICO, SOCIAL Y LITERARIO EN CHIAPAS

Es innegable que a partir del movimiento armado del primero de enero de 1994, Chiapas dio un giro enorme para comenzar a tomar relevancia a nivel nacional para, posteriormente, ser el foco de atención en todo el globo debido a los distintos problemas que siempre se habían manifestado en la región: un lugar exiliado del devenir histórico en una nación a la cual no parecía pertenecer; la población indígena-campesina que había sido apartada del resto de la nación mexicana y, como tiro de gracia, el plan que se había gestado con el Tratado de Libre Comercio (TLC). Claro que estas no fueron las principales ni las únicas causas que supusieron el aliciente definitivo para el levantamiento armado de ese mismo año, sin embargo, si fueron las que colmaron el vaso. Es por ello que este movimiento social que tuvo como protagonista al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), manifestó ondas repercusiones en el México de finales del siglo XX, ya que desmentía el discurso oficial que colocaba al país como uno totalmente moderno: el país de primer mundo del que alardeaba Gortari, mismo que osaba vender a la mayoría de mexicanos.

Sin embargo —y a pesar de lo novedosas que fueron en un principio las demandas del EZLN— es más que considerable que este no fue el único ni el primer movimiento que señaló una profunda descomposición política y social en la región. Existieron un número considerable de movimientos sociales que vendrían a repercutir de manera significativa la conformación histórica de Chiapas. Cabe aclarar que es imprescindible reconocer los distintos movimientos que dieron pie a la conformación del EZLN, ya que fueron estos los que tuvieron una mayor resonancia en su discurso político-antihegemónico, conservando su posterior inmanencia en él. También es necesario esclarecer que la mayoría de estos acontecimientos se presentaron en determinados momentos de la historia de Chiapas y que, por consiguiente, obedecieron a distintos intereses y demandas de los mismos contextos socio-culturales de los cuales emergieron.

Por consiguiente, es importante retomar las distintas luchas populares (previos a los sucesos acaecidos de 1994) ya que estas son muestras de los diversos conflictos de oposición que se han manifestado contra los ladinos de la región y que, aun teniendo a un enemigo en común, los motivos y las causas fueron distintas a lo largo de la historia. Podemos —y a pesar de toda esta serie de diferen-

cias— delimitar que todos estos conflictos, desde la más antiquísima hasta la más actual, tienen como eje central la oposición al caciquismo regional. Al tomar esto en cuenta, descubriremos que a pesar de sus diferencias también existen vasos comunicantes que los emparentan teleológicamente. En síntesis, trazar esta línea del tiempo en cuanto a las luchas indígenas se refiere, es trazar, a su vez, los esquemas de poder y resistencia que se han ido conformando en la historia de la región.

Así pues, las distintas luchas que se libraron en la geografía chiapaneca —y que suponen una génesis distinta de las que parte el conflicto armado de 1994— han repercutido de manera constante en la conformación del EZLN. Esto nos ayuda a visualizar cómo se han venido transformando los movimientos populares en la región, siendo el movimiento armado emprendido por los neozapatistas, el epílogo de esta serie de guerras intestinas en Chiapas, con características tan específicas que aún siguen llamando la atención de sus analistas e intérpretes.

1.1. Antecedentes de los conflictos indígenas en Chiapas

Sin lugar a dudas, el movimiento impulsado por el EZLN llegó a ser de los más valorados por la crítica y los grupos de izquierda tanto a nivel nacional como internacional. Sin embargo, existe un considerable número de movimientos indígenas¹ que le antecedieron y dejaron una impronta visible. Algunos sirvieron como testimonio de las confrontaciones que habían surgido antes de la aparición del EZLN y que por tanto dan muestra de la resistencia indígena en el estado; otros han dejado antecedentes de la miseria y desigualdad económica, social y humana en la que vivían los indígenas antes y durante el siglo XX. Si bien, en este capítulo se retoman los más sobresalientes —o que en mayor medida sirvieron para alimentar el imaginario social— por razones obvias no se pormenorizará en ellas haciendo hincapié sólo a las que por su magnitud, dejaron una profunda huella en la historia, a su vez que dan muestra de una honda tradición de resistencia y subversión en el estado.

1 Por otra parte, hacer referencia que se tratan de movimientos-sociales-indígenas, no debe soslayar que existe una clasificación que hace referencia a los distintos tipos. Con respecto a esto, Leticia Reina en su obra *Las rebeliones campesinas en México* (1984) distingue distintos niveles en las luchas campesinas indígenas: sublevaciones (cuando no hay una organización aparente), levantamientos (mínimo atisbo de organización) y alzamientos (conciencia social e identificación de un enemigo en común).

En primera instancia, si se ha de hablar de los acontecimientos en las que una cantidad considerable de la población indígena se ha visto inmiscuida —y que por sobre todo ha tenido participación un actor que no haya sido enteramente indígena— se habrá de partir desde los orígenes más remotos. Esto nos orilla a retomar la participación de Fray Bartolomé de las Casas como un símbolo emblemático que adquirirían algunos simpatizantes que estaban en contra del maltrato y opresión hacia el indígena (de manera muy particular) en Latinoamérica.

El papel que asumió Bartolomé de las Casas fue tan importante, que hasta nuestros días su nombre e imagen siguen teniendo un peso significativo al ser el primer protector de los indios en la región:

Uno de los personajes más insignes ligados a la historia de Chiapas es, sin duda, Bartolomé de las Casas. Su misión como protector de los indios continúa tan presente entre los indígenas de la zona que se ha convertido en un modelo y un símbolo para todos los actores del conflicto zapatista. Tanto Samuel Ruiz, quien de modo explícito ha querido asumirse como su sucesor, como diversas voces del gobierno local, e incluso el subcomandante Marcos, han encontrado en él un punto de referencia obligado. (Volpi, 2011, p. 67)

La imagen tan significativa de Bartolomé de las Casas (la misma que Marcos no pudo haber desaprovechado

para sus propios fines) que interpela a la figura del padre protector, le sirvió para cosechar el símbolo del defensor no-indígena dispuesto a luchar por los intereses y la salvaguarda del pueblo subyugado. Algunos han querido ver en el ícono de Bartolomé, al que quizá se remitió el subcomandante, una serie de similitudes las cuales resultan ser un tanto forzadas por el proceso histórico, los resultados y el tiempo en el que se desarrollaron estos dos personajes. Lo que sí es innegable, es que casi cuatrocientos años antes De las Casas había emprendido su propia lucha, la cual se destacó por haber sido de manera parlamentaria y escritural:

Entre marzo y mayo de 1516, Las Casas presentó sucesivamente sus Memorias, de los agravios, de los remedios y de las denuncias y más adelante, por indicación de Cisneros, se dedicó a redactar unas leyes de reforma en favor de los indios, con el fin principal de liberarlos del trabajo forzado. (Ibíd, p. 71)

El trabajo que emprendió Bartolomé de las Casas estuvo orientado a buscar la igualdad de los indios a nivel espiritual-cristiano y humanístico. Prueba de ello fue la redacción de la bula *Sublimis Deus*, que con la ayuda de la esposa de Carlos I logró ver la luz. En ella se encontraban redactadas las observaciones del fraile dominico en cuanto a los indios, así como un llamado a la igualdad de los mis-

mos ante los españoles. Esta bula escrita en el año de 1537 es muy reveladora, puesto que en ella se destacaban los principios de igualdad, así como una serie de postulados que iban en contra de la esclavitud indígena y la consecuente explotación.

Aún y con estas notables intervenciones, quizá el trabajo más valioso que realizó Bartolomé de las Casas fue al regresar a España, en 1540, para solicitar la ayuda del emperador Carlos I, «que junto con la participación del presidente del Consejo de Indias, el cardenal Loaysa, logró la aprobación y promulgación de las Nuevas leyes para las Indias. Estas leyes siguieron ratificando la lucha emprendida en contra de la esclavitud indígena, además de abolir las encomiendas.» (Ibíd, p. 73)

A su arribo a Chiapas, Bartolomé de las Casas siguió con la lucha en contra de las encomiendas y los explotadores, sin embargo:

[...] en 1546 debió abandonar definitivamente su obispado [en Chiapas], perseguido por los encomenderos y abandonado por sus antiguos protectores de la Real Audiencia. Para colmo, el virrey Antonio de Mendoza logró convencer a Tello Sandoval de la necesidad de suspender las *Nuevas Leyes* [...] (Ibíd, p. 76)

A pesar de haber sufrido persecuciones y de haber visto cómo las leyes que había impulsado se venían abajo, el significado de su empresa no perdió relevancia a lo largo de la historia. Es más que excepcional el trabajo emprendido por Bartolomé de las Casas, a tal punto que siglos después de su muerte, la lucha por los derechos humanos que inició siguió teniendo un peso significativo para los muy diversos grupos indígenas y de izquierda; escritores y defensores de los derechos humanos no sólo de la región, sino de Latinoamérica misma. Es por ello que es importante retomar su lucha como punto de partida, ya que esta sería una de las primeras en sentar las bases de las revueltas indígenas subsecuentes.

Por otra parte, es necesario remarcar los conflictos subsecuentes que surgieron de los actos emprendidos por Bartolomé. Si De las Casas sigue siendo la imagen de aquel que dio la cara a favor de los indígenas por la vía diplomática, los acontecimientos posteriores nos enseñarían que esto sirvió a las distintas comunidades indígenas para encontrar ciertos intersticios, que de no haber sido por él,

el desarrollo de los eventos subsecuentes quizás hubiese tomado otro rumbo.

1.1.1. El conflicto armado de 1712

Quizá uno de los acontecimientos más relevantes que han sido registrados por distintos estudiosos de los movimientos indígenas en Chiapas, es el conflicto que se fraguó entre 1708 y 1712. Este importante evento comenzaría a gestarse en las cercanías de la zona altos, para ser más específico, en la región de Zinacantán. La lucha que comprendió este periodo de tiempo, a diferencia de la lucha emprendida por Bartolomé de las Casas por una parte, y el EZLN siglos después, tuvo su punto más álgido a partir de la represión religiosa católica hacia una nueva corriente «idolátrica» indígena. Si bien, las versiones de las cuales se desprenden las narraciones son una mezcla entre tradición oral e historiografía, es importante destacar los otros factores que desencadenaron esta serie de eventos:

La combinación de tributos excesivos, cosechas perdidas y carencia de empleo alternativo condujo a una creciente hambruna en Los Altos de Chiapas. Los indios respondieron a esa crisis invocando las prácticas religiosas y la conciencia ética que habían estado desarrollando desde la década de 1540. (Harvey, 2000, p. 61)

Estos enfrentamientos tuvieron su génesis en las regiones de Zinacantán, Santa Marta y Cancuc. Tanto en una como en otra se presentaron diversas manifestaciones, mismas que fueron sofocadas rápidamente por la alcaldía de Ciudad Real. Sin embargo, éstas no cesaron, registrándose otras tantas:

[...] los indios afirmaron que la Virgen María se les había aparecido en Zinacantán, Santa Marta y Cancuc. Las noticias sobre tales apariciones rápidamente se difundieron en Los Altos. Miles de indígenas abandonaron la iglesia y se congregaron en los nuevos santuarios para el culto a la Virgen María. Los organizadores del culto elaboraron una visión milenarista de destrucción de los ladinos, reinterpretando la Escrituras e identificando a los indígenas como el pueblo elegido y a los ladinos como los judíos [...] (Ibíd, p. 61)

Las distintas represiones, así como los incansables abusos por parte del clero sobre los pobladores indígenas de las distintas regiones, culminaron en la organización y posterior movilización de los distintos grupos étnicos. No obstante, aunque aparentemente las bases de este movimiento tuvieron orígenes místico-religiosos, las peticiones que realizaban tenían una honda raíz liberadora tanto a nivel político como religioso:

Aunque postulaba una liberación universal, el objetivo inmediato del movimiento era conseguir su autonomía ante la iglesia y el gobierno colonial. Una confederación

formada por veintiún comunidades se extendió a través del centro de Los Altos. (Viqueira & Humberto Ruz, 1995)

Por si fuera poco, los rebeldes decidieron cobrarse viejas deudas, mismas que se vieron acentuadas por el odio hacia sus amos. Así pues, de la misma forma que habían sido tratados por los ladinos años atrás, los rebeldes asesinaron a algunos terratenientes, mancillaron a sus esposas e hijos e infringieron daños materiales a las distintas posesiones de sus antiguos patrones.

Sin embargo, por desgracia de los rebeldes y fortuna de los ladinos, la rebelión finalizó después de un tiempo relativamente corto. A pesar de demostrar cierta ventaja, los conflictos internos de las distintas etnias supusieron el mayor de los problemas para este conglomerado. La división de los intereses religiosos de cada culto se tornó en su evidente debilitamiento y posterior ruptura:

Aunque al inicio los rebeldes mostraron un alto grado de unidad interna, estaban divididos por rivalidades de facciones y tras su derrota militar se fragmentaron rápidamente. Las divisiones ya eran evidentes antes del levantamiento, desde que las comunidades de Yajalón y Tila afirmaron tener sus propios cultos. Los líderes en Cancuc se movieron con prontitud para suprimir esas rivalidades. Después de que los últimos reductos rebeldes fueron «pacificados» en 1713, la confederación indígena se disolvió y cada comunidad siguió su propio camino independiente. (Harvey, 2000, p. 62)

La feroz y encarnizada lucha para sofocar a los rebeldes tzeltales fue de tal magnitud, que las fuerzas ladinas demostraban con sus actos el temor que representaba la unión de estos grupos. Fue así que una gran mayoría de los rebeldes fueron mutilados a manera de castigo ejemplar quedando las relaciones interétnicas muy marcadas a raíz de este acontecimiento.

1.1.2 Las revueltas del siglo XIX

Tuvieron que transcurrir más de ciento cincuenta años para que un nuevo movimiento indígena se diera en el estado. Éste, a diferencia del anterior, logró consolidarse por las distintas fuerzas políticas e inestabilidad en el nuevo estado mexicano independizado de la Corona Española:

Tras un periodo de disputas internas entre facciones rivales de la élite, en 1824 Chiapas decidió unirse a México en lugar de continuar subordinada a Guatemala. La debilidad del nuevo estado mexicano independiente, combinada con la lejanía geográfica de Chiapas con relación al centro, brindó a las élites locales un significativo grado de autonomía. (Harvey, 2000, p. 64)

Y fue precisamente ese localismo —que comenzó a gestarse en el Chiapas post-independencia— que insu-

flaría las condiciones para que se desarrollara un nuevo conflicto, ya que independientemente de los motivos de la discordia, estas rencillas cobraban cada vez más fuerza en la región.

De la misma forma que la independencia, primero de México y después de Chiapas con respecto de Guatemala, la victoria liberal en todo México tendría sus repercusiones en el estado, debilitando a la iglesia católica al nacionalizar sus propiedades pero, a su vez, permitiendo la apropiación privada de esas tierras por parte de una élite de caciques que posteriormente serían los terratenientes más ricos y poderosos en toda la región². Tan prominente fue la ventaja que estos caciques obtuvieron a partir de la victoria liberal, que se podían dar el lujo de intervenir en la vida política del estado, siendo los principales artífices que movían los hilos a nivel político y económico. No obstante, entre las pugnas políticas y los intereses particulares que cada bando perseguía, los beneficios de las distintas etnias indígenas se veían opacados:

Para los indígenas del Chiapas de mediados del siglo XIX, ninguna de esas dos facciones ofrecía más que una constante explotación. A comienzos de 1848, ocurrió una

2 Según Neíl Harvey, algunos de estos terratenientes eran «Sebastián Escobar en el Soconusco, José Pantaleón Domínguez en Comitán, Pomposo Castellanos en Tuxtla Gutiérrez, y Julián Grajales en Chiapa de Corzo» mismos que ejercieron un gran peso en la vida política y económica.

serie de conflictos en las regiones tzeltal y tzotzil, que culminaron en una rebelión que se prolongó desde 1867 hasta 1870. Al igual que en 1712, las prácticas religiosas nativas fueron las que unificaron a las diversas comunidades en su lucha defensiva contra las intromisiones de la sociedad ladina. (Ibíd, p. 66)

Fue así que, en la unificación entre los tzeltales del norte de Chiapas, se sembró la semilla de la discordia. Esta subversión que tuvo su epicentro en San Juan Chamula —donde se desarrollarían la mayor parte de los acontecimientos— se le ha querido orientar hacia una supuesta «Guerra de castas» en la que los indígenas, motivados por un fanatismo pagano, causaron estragos amenazando con la integridad de la antiquísima Ciudad Real. Nada más lejos de la realidad, puesto que si en los sucesos fantásticos que llegan a permear esta historia rozaba lo verosímil para los habitantes de esa época, la verdad es que los intereses económicos de los ladinos daban el sustento para que germinaran todas estas elucubraciones, tal y como lo plantea Jan Rus:

Vistos en este contexto más general, los ataques lanzados contra los indios en 1869-70 parecen ser simplemente el acto final de un drama que se inició cuando los ladinos de Chiapas comenzaron a competir entre sí por el control de las tierras y de la fuerza laboral del estado en la época inmediatamente posterior a la Independencia. Década tras década, esta competencia originó confrontaciones cada vez más agrias dentro de la misma sociedad ladi-

na así como la progresiva depauperación de la población india, un hecho que la facción ladina liberal asentada en las Tierras Bajas intentó aprovechar hacia la mitad de la década de 1860, poniendo a los indios en contra de sus rivales conservadores y de los aliados que estos tenían en la Iglesia. (Rus, 2000, p. 146)

Estos actos, más allá de ser un mero efecto de espontaneidad religiosa, fueron la suma de varios motivos: la competitividad por la tierra que se gestaba entre los grupos liberales y conservadores, aunados al temor que sentían los ladinos por ver ejercida cierta autonomía por parte de los grupos indígenas avasallados. Estas causas supondrían la zozobra que traerían los conflictos en este lapso de tiempo.

Sin embargo, como punto medular de esta serie de acontecimientos, podemos tomar en cuenta las disputas que mantenían los grupos liberales y conservadores. El odio creció cada vez más al resultar triunfadores los liberales. Estos últimos decidieron imponer una serie de sanciones —a manera de reprensión— en contra de los vencidos conservadores, los cuales iban dirigidos principalmente a los habitantes de Los Altos. Esta serie de acometidas en contra de esta facción iban desde el exilio de sus principales líderes a Guatemala, hasta la derogación de los pagos como tributo religioso. Esto, aunado a la autonomía religiosa que se promovía entre las comunidades indígenas,

vino a sacudir los sentimientos de varios indígenas que no dudaron en aprovechar estos intersticios:

A través de sus secretarios, el Gobierno llegó al grado de incitar a los indios a abandonar a las iglesias en caso de que fuese necesario para eludir dichas «obligaciones»; es decir, ¡a practicar la religión católica sin sacerdotes y sin templos! El éxito de tales iniciativas parece haber sorprendido incluso a los liberales. Durante más de 300 años, la práctica religiosa india —el meollo de la vida comunitaria— había estado bajo el control de un clero no indio. Sin embargo, a mediados de la década de 1860 el comportamiento de dicho clero, como el de los ladinos en general, se había vuelto a tal grado explotador y destructivo que, ante la oportunidad de librarse de cualquier influencia, los indios se apresuraron a aprovecharla. (Ibíd, p. 159)

Como resultado de la incesante participación del Estado en la vida política, económica y religiosa de Los Altos, se produjo un culto hacia unas piedras «parlantes» en las inmediaciones de Tzajalhemel.

Las primeras señales de agitación surgieron a finales de ese año con noticias de que pobladores de una extensa región que incluía las aldeas de Chamula, Mitontic y Chernalhó habían comenzado a congregarse para venerar una colección de «piedras parlantes» mágicas, descubiertas dentro del caserío de Tzajalhemel por Agustina Gómez Checheb, una mujer chamula. A finales del año, este fenómeno había cobrado tal importancia que Pedro Díaz Cuscat, un fiscal de Chamula, viajó a Tzajalhemel con el propósito de investigar los hechos.

Después de una breve inspección, anunció que él, al igual que Checheb, era capaz de «comunicarse» con aquellas piedras, y declaró, de paso, que dichas piedras hablaban en representación de los santos y éstos demandaban que se les construyera un santuario en el sitio de su aparición. (Ibíd, p. 161)

Este nuevo culto «idolátrico» supondría el debilitamiento de (la ya corroída) economía en San Cristóbal de las Casas y, por consiguiente, no fue extraño que representara el foco del odio y temor de los habitantes de ese lugar. El creciente temor de los habitantes hacia el nuevo centro de adoración de los indígenas no estaba de más, ya que al regirse como un centro religioso en el que se concentraban un gran número de personas, también representaba un nuevo centro económico. Este cambio fue paulatino y los habitantes de Jovel pudieron apreciarlo al ver reducido el número de asistentes indígenas a las fiestas que conmemoraban en honor a sus santos:

Su preocupación se agudizó durante las semanas precedentes a la Pascua (el 12 de abril) de 1868, cuando por vez primera, desde que se tenía memoria, la presencia india en las ceremonias —y en las tiendas— fue prácticamente nula en San Cristóbal. Alegando que la temida «guerra de castas» por fin había llegado, los ladinos de la ciudad se organizaron en comités de autodefensa y enviaron apremiantes peticiones de ayuda a todo el resto de la región de Los Altos. (Ibíd, p. 162)

Estos sucesos que se desencadenaron a raíz del culto de Tzajalhemel, repercutieron a tal punto que serían el detonante para el inicio de la «guerra de castas», misma que consistiría en una serie de ataques contra la población indígena. Estos ataques que fueron perpetrados por los ladinos de San Cristóbal, no repercutiría en el gobierno liberal de Chiapas, más bien, estos últimos se veían congraciados al desestabilizar a Jovel económica y religiosamente. Una y otra vez los pobladores ladinos de Los Altos realizaron incursiones para aprehender a Checheb y Cuzcat, sin embargo, estos contaban con el proteccionismo del Estado, lo cual repercutía aún más en los ánimos de los alteños. La serie de reprimendas que recibieron los pobladores indígenas no fue de esperarse, pero tampoco lo fue la participación de ladinos que apostaron por la defensa y protección de los intereses indígenas:

Ignacio Fernández de Galindo, un profesor liberal procedente de la ciudad de México que vivía en San Cristóbal desde principios de 1868 y que en varias ocasiones había defendido los derechos de los indios en debates públicos, salió discretamente de la ciudad el 26 de mayo, acompañado por su esposa y un estudiante, Benigno Trejo, a fin de alertar a los indios del peligro que corrían. (Ibíd, p. 165)

Si bien, la intervención de Galindo supuso una alianza fuera de lo común, esta sólo fue un aliciente más para que

los pobladores de Los Altos consideraran esta unión como un indicio más para temer un asalto hacia la población de San Cristóbal. Los periódicos de la época anunciaban una ofensiva contra la ciudad y promovían, a su vez, la lucha contra la barbarie, representada por las distintas etnias indígenas.

Toda esta serie de precariedades parecían repercutir en un estancamiento para los sancristobalences y sus intentos fallidos por restablecer la hegemonía económica de Jovel. Pero entonces ¿cómo se llegó a librar una cruenta batalla en la que los dos bandos, tanto liberales y conservadores, unieran fuerzas para sofocar al nuevo culto? Todo pareciera apuntar a que los ídolos de barro que se veneraban en Tzajalhemel fueron una pieza importante, ya que los pobladores, al verse despojados de éstos por autoridades de San Cristóbal, reaccionaron de manera vehemente. Esto y además que el entonces gobernador Pantaleón Domínguez, había decretado la recaudación de impuestos a las comunidades indígenas esperando a que éstas contribuyeran apaciblemente como hasta ese momento lo habían hecho. Nada más lejos de la realidad. Los intentos del gobierno del estado por desestabilizar a San Cristóbal habían

funcionado, pero a la larga también perjudicó a sus intereses expansivos en cuanto su proyecto de legislación estatal.

Todos estos intereses en juego no hicieron más que desencadenar el inicio de la «guerra de castas»: una campaña propagandística y de acción militar que se tradujeron en cruentas incursiones por parte, de los ya unificados, liberales y conservadores. Estas incursiones fueron sangrientas y significaron una represión encarnizada en contra de la población indígena del norte de San Cristóbal.

No obstante, estas llegarían a su fin el 30 de junio, cuando el gobernador Domínguez logró reunir un numeroso contingente de mil hombres que llevaron las mareas de guerra a Chamula. Esta ofensiva supuso el principio del fin para los pobladores chamulas, lo que se tradujo en una intensa persecución de todos los indígenas «rebeldes» que huyeron de la masacre del 30 de junio.

Todos estos eventos que a la postre fueron re-significados en una sublevación indígena nombrada como «guerra de castas», no fueron más que una guerra de intereses por parte de los moradores de las tierras altas y bajas de Chiapas. Pero entonces ¿cuál es la importancia de tomar en cuenta esta sublevación? En principio, el esquema de resistencia que se gestó dentro de la comunidad al aprovechar los intersticios creados por parte del Estado. Además,

debemos considerar que el impulso que se gestó debido al culto religioso, fue un aliciente complejo que llevó a los pobladores a oponerse a los intereses de la Iglesia católica. En conjunto, esto nos habla de una resistencia local en contra de los usos y costumbres de los ladinos: la concentración de un nuevo centro económico y religioso en Tzajalhemel fue el epítome de la autonomía indígena, misma que fue desvirtualizada por la población ladina hasta transformarla en una lucha acérrima de la civilización contra la barbarie indígena.

1.1.3. La guerra de el Pajarito: la sublevación de principios del siglo XX

El conflicto llegaría de nueva cuenta a tierras chiapanecas teniendo como punto genésico las viejas rencillas entre los liberales de las tierras bajas y los conservadores alteños. Los sucesos que se desencadenarían eran de esperarse, puesto que una serie de decisiones por parte del entonces gobernador de Chiapas (como trasladar la capital del Estado a Tuxtla Gutiérrez) llevaron a atizar los viejos rencores que se habían generado entre las dos facciones años atrás.

Si los siglos pasados supusieron una gran veta de la cual se generaron acontecimientos que finalizaron con la creación de unos antagonistas indígenas, mismos que quedaron atrapados en el fuego cruzado de los intereses de los ladinos, de esta serie de hechos que marcaron a las comunidades indígenas surgirían otras más a principios de siglo.

El año de 1910 tiene un gran significado en la historia de México y, sin lugar a dudas, en Chiapas también marcó una serie de acontecimientos de gran talante. Si la revolución había dado pie a un estallido armado, de la misma manera el estado de Chiapas se vería repercutido, aunque de una forma muy distinta de la que se experimentaba en el resto del país.

De esta manera los años subsecuentes en Chiapas serían recordados por la constante tensión entre los grupos liberales y conservadores, mismos que habían dejado una huella indeleble en la historia de Chiapas y que seguían teniendo una amplia resonancia debido a la lucha por el poder y control de la región. Fue en este clímax tan entrópico donde el 3 de julio de 1911 una nueva rebelión indígena daría inicio. Esta revuelta que a la postre sería encabezada por Jacinto Pérez Chixot —mejor conocido como Pajarito— tendría una serie de relieves que la caracterizaría de las

anteriores confrontaciones entre indígenas y ladinos. Para comprender el trasfondo político que marcó este acontecimiento es necesario comprender las relaciones de poder que se jugaron en el centro del país y en el estado:

Para resistir a la modernización violenta, los alteños trataban de borrar los resentimientos de la pasada guerra de castas que los enfrentó a los indios: ahora alentaban en ellos la denuncia y defensa de sus ejidos, prometiéndoles la abolición de los impuestos de capitación [sic] personal y educación si la facción de Tuxtla era derrotada. La caída de Díaz de 1910 y la rápida expansión de la contestación maderista ofrecieron pues una magnífica oportunidad para acabar de una buena vez con los «liberales». (García de León, 2002, p. 223)

Esta oportunidad que se presentaba de instaurar un nuevo vínculo con la nueva legislación de Madero no fue desaprovechada por los sancristobalences, puesto que era una forma de recuperar el poder del cual se les había despojado hace varios años atrás. Sin embargo, y a pesar de haberse nombrado maderistas, los pobladores de Los Altos se valían de este conflicto generando una nueva pugna de intereses:

Una entrevista a los notables de San Cristóbal, publicada en 1911 al calor de la lucha renovada, ilustra la visión de estos «maderistas» que lo único que deseaban era frenar la insolente modernización que ponía en peligro sus privilegios. Acusaban a Rabasa de ser un político conservador y querer a toda costa «mantener un poder de veinte

años». Señalaban a los principales miembros de la sociedad tuxtleca, presididos por un cacique (Rabasa), que orquestaba sus comparsas desde la ciudad de México, apoyado en los porfiristas que sobrevivieron al dictador [...] (Ibíd, p. 223)

Con todos estos problemas —tanto internos como externos— era inevitable que en cualquier momento llegase a desembocar en un conflicto de una escala mucho mayor. La élite de San Cristóbal (conciente del estado tan caótico del resto de la nación) vio una oportunidad más que significativa para saldar viejas deudas. Lo que se vendría después no sería más que una lucha encarnizada por asegurar la gubernatura del estado para una de las facciones. Una serie de destituciones de gobernantes se generaron y, con ello, se creó aún más descontrol en la región:

En 1911, el gobernador Ramón Rabasa fue obligado a renunciar y el descontrol de la vida política local se tornó completo: los gobernadores se sucedieron unos a otros en lapsos brevísimos e incluso el gobierno central debió intervenir en lo que ya se conocía como el «asunto Chiapas». (Volpi, 2011, p. 96)

Los preparativos para una nueva subversión en el estado se encontraban casi completos. Por otra parte cabe destacar, en este punto, la participación del obispo de San Cristóbal: Francisco Orozco y Jiménez, el cual tuvo un gran peso como promotor de la lucha. Este obispo fue «un firme

impugnador de las leyes de reforma» que habían tomado los liberales en contra de la Iglesia. Además de haber impulsado la modernización de la región y ser quien introdujo la energía eléctrica en San Cristóbal, también fue el principal opositor de Rabasa y los liberales. Gracias a él, la rebelión impulsada contra Rabasa fue bautizada como «maderista» con el fin último de eliminar la influencia política de éste. Sin embargo, la importancia que jugó este personaje fue más allá de estos simples hechos, ya que también fungió como intermediario entre varios grupos indígenas, actuando como el reconciliador de los ladinos e indígenas de Los Altos, siendo estos últimos, quienes guardaban cierto rencor por lo ocurrido hace algunos años atrás en la «guerra de castas». Éste también optó por dejar a cargo a un grupo de rezadores, del cual era miembro un indígena que se caracterizaba por hablar el español y haber pertenecido al ejército federal:

Jacinto Pérez Chixtot, *El pajarito*, había sido enrolado en una leva del ejército, y en él había adquirido el grado de sargento. De regreso a su pueblo, y con un perfecto conocimiento del español, logró vencer poco a poco la desconfianza de su comunidad, convirtiéndose al poco tiempo en el dirigente natural de un grupo de parajes, y en intermediario de una nueva campaña de evangelización que pretendía terminar con el tradicional catolicismo sincrético de los chamulas, que tantos dolores de cabeza dio a la iglesia colonial. (García de León, 2002, p. 226)

La importancia que jugaría este personaje fue de tal peso que algunos historiadores creen que la multitud indígena lo consideraría, a la postre, una especie de Cuzcat reencarnado. Al tener a Chixtot como un intermediario entre los intereses de la Iglesia y la élite ladina de San Cristóbal, la suerte estaba echada, puesto que éste llegaría a unir a todas las comunidades en una sola amalgama.

Fue así que, una vez unidas estas comunidades bajo el interés férreo de los coletos, iniciaron una campaña militar en la que varias comunidades sucumbirían ante la fuerza y superioridad alteña, no sin antes haber persuadido al entonces cabecilla de los rebeldes Manuel Pineda por el gobernador en turno Policarpio Rueda. Este último intentaba convencer a Pineda que la vía de las armas no era el mejor y, convenciéndolo de dejar a un lado tan suntuosa empresa, comenzó a otorgar cargos a los más prominentes coletos, nombrando a Pineda con el cargo de «jefe político de Las Casas».

Con una nueva revuelta en ciernes, Policarpio Rueda abdicó a los pocos días. Tal parece que los tuxtlecos no veían con buenos ojos las intenciones de Rueda que inter-

pretaban como sinónimo de debilidad a la vez que los coletos guardaban cierto recelo de sus propuestas.

Después de la destitución de Rueda, la ascensión de Rovelo Argüello fue inminente. A esta acción, la élite coleta la interpretó como una artimaña más de Emilio Rabasa por conservar el poder, por lo que fue tachada de dictatorial y, por consiguiente, considerada adversa a los principios fundamentales del maderismo. Por tanto, no era de extrañarse que este evento desatara la movilización militar, ahora, de las dos facciones anteriormente en pugna: indios y ladinos. La movilización de los tuxtlaeos no fue sorpresiva, ya que conformarían el batallón «Voluntarios Hijos de Tuxtla» mismo que serviría para oponer resistencia a los batallones «Las Casas» y «Juárez»: el primero con un número reducido de efectivos, pero bien armados; el segundo, llegaba a conformar una cantidad de casi ocho mil hombres, pero la mayoría sólo se encontraban armados (en cuanto a los indígenas se refiere) con palos, machetes, lanzas, *lukes* y hondas. Con toda esta aparente desventaja táctica, las dos fuerzas de Los Altos, ladinos e indios, se arrojaron a la batalla, ganando territorios de manera paulatina y demos-

trando que su superioridad numérica influía en el campo de batalla:

Era extravagante aquella empresa de los hijos de las mejores familias de la sociedad ladina, los cuales dirigían ahora un ejército de desarrapados indios (que en nada se diferenciaba de los batallones chiapanecos que usaron los españoles en sus entradas a la lacandonia) [...] (Ibíd, p. 231)

Sin embargo, y a pesar de ser comandados por fuerzas ladinas, las tropas indígenas —comandadas por Pajarito— al pasar a ocupar una población capturada, revivían viejos enconos de la población indígena de ese lugar. Parecían ser una fuerza de la naturaleza, a la que el único propósito que interesaba y parecían atender, era la venganza en contra de sus vencidos patrones:

Ixtapa fue tomada desde el 17 de agosto, y al día siguiente, temiendo los ladinos no tener un absoluto control sobre las propias «hordas» que habían lanzado a la lucha; ocuparon el pueblo con una guardia de ciento cincuenta ladinos. Allí, el teniente coronel Abraham Aguilar pretendió castigar a los que habían asesinado a los caciques ladinos; los encerró y a poco tuvo que soltarlos, ante las exigencias de *Pajarito* y la fuerza convincente de sus mil hombres. (Ibíd, p. 231)

Motines como el de Ixtapa siguieron sucediendo en todos los poblados que eran capturados por los batallones de los rebeldes. Este suceso tuvo tal repercusión que el control

de Los Altos pasó a pertenecer prácticamente a manos de los chamulas encabezados por Pajarito. Éstos no tardaron en aprovechar este nuevo intersticio que se había creado para saldar viejas cuentas con los caciques más explotadores con que se topaban, así como contra una fracción de los propios chamulas pero de corte más tradicional.

Todo apuntaba a que el poder militar que el ejército chamula había aglutinado debía despertar en la comunidad coleta un sentido del peligro. La bestia que habían desencadenado se encontraba furiosa y ávida de venganza y, al parecer, muy poco se podría hacer contra ella. En un corto periodo de tiempo lo que había comenzado como una ofensiva para oponerse a Rabasa y los intereses de las Tierras Bajas de Chiapas, se había convertido en una pugna para castigar a los caciques explotadores de la región. Esto, obviamente, no había sido planeado por los coletos —por el contrario— ya que fueron sus mismos discursos que abogaban a favor de la tierra y derechos indígenas lo que abrió las puertas del pandemonio. No cabía duda de la negligencia que ahora atormentaba a la élite coleta: no sólo se habían hecho de enemigos muy poderosos en la capital del estado, sino que también la parte más numerosa de sus batallones consideraban que era más importante dar cas-

tigo a los caciques antes que derrocar el legado de Emilio Rabasa y sus ideales dictatoriales.

No obstante, en los batallones del Pajarito permeaba el sentido común, y por tanto, este fue el que dio origen al principio del fin de esta revuelta interna. Por una parte, las bajas que habían causado en los ejércitos de Los Altos habían sido significativas, siendo los indígenas los que más afectados tenían; los castigos aleccionadores que padecieron los indios capturados, fueron tan crueles que hoy en día podemos verlos como una tortura generalizada; los ladinos de Tuxtla comenzaron una cacería que se resumió en «hostigamiento y castigo» teniendo como víctimas ejemplares a los indígenas. Por si fuera poco, un gran número de ellos tuvo otros intereses antes que seguir peleando una guerra que les había costado una gran cantidad de vidas y que nada tenía que ver son sus necesidades más primordiales:

La historia de muchas sublevaciones se repetía ahora; los campesinos indios estaban justo en el periodo de bajar como jornaleros al corte del café, o bien de regresar a sus parajes para ocuparse de sus milpas. Poco importaba mantener posiciones militares en una guerra que les estaba costando cara y cuya dirección e intereses le eran ajenos. (Ibíd, p. 233)

Con la retirada de los efectivos indígenas, los sancristobalences no tuvieron más que aceptar los términos de rendición ante Los Hijos de Tuxtla. Empero, el escarnio público que sufrieron los coletos no se comparó en nada a los «castigos ejemplares» que sufrieron sus (otrora) aliados indígenas. El cierre de la insubordinación india-ladina se daba por terminada y la ejecución de Pajarito ocurriría años más tarde, en una tarde fría y lluviosa de un San Cristóbal anegado por la tragedia.

A su vez, esta revuelta sería la última que tendría relevancia a principios del siglo XX. En los años posteriores, de 1920 a 1928 para ser más exactos, el estado presencié una serie de luchas entre distintos bandos: «zapatistas», «carrancistas» y «mapachistas». En esta serie de conflictos — en la que cada bando pretendía imponerse a los demás — la participación indígena no tuvo mucha importancia, ya que pasaban de pelear de una facción a otra, siendo y sirviendo como peones al servicio de los caciques de los cuales dependían. Esta serie de acontecimientos que se centraron por la lucha de territorio y poder de las distintas facciones, siguieron su curso a lo largo del siglo en una serie de con-

flictos sindicales y agrarios, mismos que tendrían su apoteósico desenlace con el levantamiento armado de 1994.

1.2. El levantamiento armado de 1994 en Chiapas

Hablar del movimiento armado de 1994 en Chiapas, encabezado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, es hablar de la génesis ideológica (marxista-leninista) de la cual se originó este movimiento armado. Por consiguiente, comenzar a profundizar tímidamente hacia el momento histórico del cual partió el EZLN, es intentar ubicar el momento en que en el país y gran parte de Latinoamérica bebía de la influencia socialista, misma que se encontraba en pleno apogeo. Asimismo, ubicar el contexto del cual es heredero este movimiento y de qué corriente(s) proviene, nos permite comprender cómo se fue construyendo este colectivo a tal punto de ser una referencia insoslayable de la persistencia de los movimientos guerrilleros de finales de la última década del siglo XX.

1.2.1. Los frentes de liberación nacional

Una vez que hemos dibujado un panorama general de las distintas confrontaciones entre los pueblos indígenas y ladinos, nos compete proseguir con lo que sería la conformación del EZLN. Lo que nos debe interesar en este punto —y que es de interés particular para esta investigación— es el análisis del cómo dos fuerzas históricas convergieron para conformar al ejército neozapatista. Ya vimos, en primera instancia, los distintos momentos históricos en los que se han manifestado los conflictos que por una u otra razón eclosionaron —por causas e intereses muy diversos— y que de alguna manera se mantuvieron en pugna con un interlocutor en común: la élite regional ladina. Toda esta historia de resistencia indígena en Chiapas, fue lo que, por una parte, el EZLN rescató e incorporó en su discurso para reclamar justicia y dignidad para los pueblos que habían sido explotados y subyugados durante siglos. Sin embargo, esto no fue lo único que ha permeado una gran serie de demandas que ha manifestado este grupo. Esto se debe, en parte, a la otra gran vertiente ideológica de la cual se originó, columna vertebral de la organización que conservaría al interlocutor de sus demandas: el mal gobierno de los Estados Unidos Mexicanos.

Es así que para comprender la génesis del EZLN es necesario delimitar los orígenes mismos del movimiento. Por ende, también es pertinente destacar dos puntos históricos que fueron medulares para la conformación de los neozapatistas. Como se ha dejado en claro, una de estas grandes fuerzas radicó en las afrentas que han padecido las comunidades indígenas desde la llegada de los españoles a Chiapas. Por la otra parte, tenemos como punto de partida una de las tragedias que más repercutirían a nivel nacional a lo largo de su historia: la masacre de Tlatelolco.

Partimos de la tragedia acaecida en 1968, como una pieza significativa para comprender el génesis del movimiento guerrillero en México. Este acontecimiento no sólo exhibió la carente falta de ética e imposibilidad del gobierno de Díaz Ordaz de mantener un diálogo, sino que a su vez, simbolizó la apertura a nuevas (y radicales) formas de accionar socialmente:

El 2 de octubre de 1968, tropas del ejército federal mexicano y diversos grupos policiales dispararon contra una multitud de estudiantes reunida en la plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, sólo unos días antes de la inauguración de los juegos olímpicos que habrían de celebrarse por primera vez en una nación del tercer mundo. Con este hecho, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz refrendaba el carácter autoritario del sistema político mexicano y abría una herida entre el partido oficial y la sociedad que, como habría de demostrar el alzamiento zapatista

de Chiapas, nunca cerraría del todo. A los jóvenes inconformes sólo parecían quedarles dos caminos: refugiarse en la academia o aceptar los beneficios de integrarse al sistema. Sin embargo, unos cuantos optaron por una vía distinta: si las condiciones para una transformación pacífica de la sociedad habían quedado clausuradas tras la noche de Tlatelolco, no había otro remedio que intentar la lucha armada. (Volpi, 2011, p. 102)

Esta nueva concepción que se originó a partir de las secuelas producidas por la tragedia de Tlatelolco, dieron como resultado el origen de células guerrilleras en el país. La lucha armada, en ese entonces, se vislumbró como una manera legítima de accionar en contra de las fatídicas decisiones de un gobierno carente de ética:

En México, desde los sesenta, las guerrillas conformaron, vale recordar, un fenómeno más o menos recurrente. Hubo muchas, algunas importantes, pero todas fracasaron. Todas desaparecieron junto con los hombres que las comandaban, liquidados en su mayoría por las fuerzas del Estado. Arturo Gámiz, líder de la Unión General de Obreros y Campesinos, murió con sus compañeros el 23 de septiembre de 1965, al tratar de tomar por las armas el cuartel de Ciudad Madera, al oeste de Chihuahua. Genaro Vázquez, dirigente de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, murió junto a sus acompañantes el 2 de febrero de 1972, en un accidente de carretera, unos 12 kilómetros antes de llegar a la capital de Michoacán. Lucio Cabañas, cabeza del Partido de los Pobres, murió también el 2 de diciembre de 1974, solo, emboscado por un destacamento de soldados en El Ototal, un poblado de la sierra de Guerrero. Estos fueron, sin duda, los grupos más famosos que lucharon con las armas. (Tello Díaz,

2005, p. 104)

Esta incipiente aparición de la guerrilla en México, fue rápidamente sofocada por las fuerzas armadas del gobierno mexicano, temiendo a los postulados socialistas que permeaban sus discursos. Sin embargo, una de las principales conformaciones guerrilleras serían las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN). Este frente, por su parte, fue la base estructural y administrativa de lo que posteriormente pasaría a ser el EZLN.

A su vez, la raíz que dio comienzo a las FLN tendría su origen histórico en el Ejército Insurgente. Este antecedente nos proporciona un panorama en el que nos percatamos de las relaciones sociales y políticas en cuanto a los objetivos que pretendían alcanzar a corto y mediano plazo, pero también nos permite vislumbrar una de las dos grandes fuerzas que conformarían la estructura, política, militar e ideológica del movimiento:

Sus orígenes [de las FLN] los remontaban al Ejército Insurgente Mexicano, un grupo formado por Mario Menéndez, periodista en Yucatán, director en aquel entonces de la revista *Por qué?* El EIM, activado por la matanza de Tlatelolco, combatió por unos meses, sin éxito, en el estado de Chiapas. Al ser disuelto por Menéndez, algunos de sus miembros, los más decididos, refrendaron su compromiso con las armas para lograr el triunfo de la Revolución. Así, el 6 de agosto de 1969, un miércoles, en

una casa muy humilde de monterrey [...] fundaron con otros compañeros las Fuerzas de Liberación Nacional. (Ibíd, p. 67)

Sin embargo —y al igual que la mayoría de los grupos guerrilleros en el país— las FLN también fueron diezmadas, mas no desarticuladas por completo. Los movimientos que realizaron a lo largo del país, aunados a la bien planificada organización de sus miembros, los llevó a replegarse y, de esa manera, a subsistir los embates que sufrieron:

Las FLN fueron descubiertas como resultado del tiroteo que sus dirigentes —confundidos, al parecer, con narcotraficantes— libraron con un grupo de policías en la casa de la colonia Lindavista, en Monterrey. Eran los inicios de los setenta. Los cuadros de las FLN —varias decenas— estaban ya presentes en los estados más importantes del país: México, Puebla, Veracruz, Nuevo León. Tenían armas, vehículos, casas de seguridad. Todo marchaba sobre ruedas. Unos meses después del tiroteo de Monterrey, un grupo de militares partió de Puebla hacia la Selva Lacandona, con el propósito de promover en esa región el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata (Ibíd, p. 69).

Si bien, las FLN habían sufrido un duro golpe, esto no fue impedimento para proseguir con su lucha política, mi-

litar e ideológica, esta vez, en un territorio que les era más propicio:

La represión decapitó a las Fuerzas de Liberación Nacional, pero no logró acabar con sus estructuras. Los supervivientes aprendieron de los errores cometidos y reconstruyeron pacientemente el movimiento. Adoptando uno de los nombres de su hermano mayor, cuyos restos nunca pudo encontrar, Fernando Yáñez, el comandante Germán, asumió el mando y retomó la bandera de la guerra revolucionaria. Nueve años más tarde la organización volvería a instalarse en Chiapas, esta vez como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (De La Granje & Rico, 2005, p. 119).

Si bien, las filas del neozapatismo habían tenido su origen motivacional y político en el proyecto guerrillero de las FLN, está claro que existieron otros factores o, mejor dicho, otros grupos de los cuales se sirvieron para poder ir penetrando en las distintas comunidades indígenas de la región. De tal manera, podemos destacar dos grandes fuerzas: en primer lugar el Obispo Samuel Ruiz como máximo exponente de la teología de la liberación en Chiapas:

Con los años, Samuel, como le llaman amigos y adversarios, o *Tatic* —padre, en tzeltal—, como le designan afectuosamente los indígenas, iría aplicando en su territorio las conclusiones del Concilio. En lo sucesivo se daría a cada cultura la posibilidad de desarrollar su propia reflexión sobre la fe, de expresarse en su idioma y de conservar sus costumbres. En lugar de imponer el aprendizaje del español a sus fieles, los misioneros estudiarían

las lenguas indígenas. La diócesis de San Cristóbal desarrolló una nueva catequesis, más conforme con la experiencia de los indios de Chiapas. Alrededor de ocho mil catequistas y más de quinientos diáconos, *thuneles* según la terminología indígena, se convirtieron en la columna vertebral de esta segunda evangelización, basada en la «Catequesis del éxodo», que establecía un paralelismo entre el pueblo judío que huyó de Egipto en pos de la Tierra Prometida y los indígenas que habían abandonado la región de Los Altos para colonizar la Selva Lacandona. «La opción preferencial por los pobres», definida durante la Conferencia Episcopal de Medellín (Colombia) en 1968 y la teología de la liberación, que nunca tuvo el respaldo del Vaticano, fueron incorporadas después a la doctrina de la diócesis de San Cristóbal, lo que provocó una confrontación con los sectores más conservadores de la sociedad chiapaneca. (Ibíd, p. 247)

En segundo lugar podemos apuntar los esfuerzos de Unión del Pueblo, quienes se caracterizaban por «representar los intereses de las comunidades de la Selva». Esta organización también tuvo su punto germinal a partir de la masacre del 68, donde asumieron su compromiso virando la mirada hacia el pueblo.³ Fue así que a partir del contacto que organizaciones indígenas tuvieron con esta otra, ten-

3 La matanza de Tlatelolco supuso el punto de inflexión donde varios activistas de izquierda se convencieron cada vez más de que la acción era la única forma de tener un mejor porvenir y evitar futuros escenarios como el del 68. Algunos, como es el caso de las FLN, optaron por la vía de las armas; otros, como en Unión del Pueblo, salieron de las universidades para afrontar los problemas sociales en el mismo campo de la *praxis*, donde estos fenómenos se generaban.

drían un contacto más profundo con las dos corrientes de pensamiento de ese tiempo, la maoísta y la guevarista:

En el Congreso Indígena de Chiapas surgió, por vez primera, el proyecto de fundar una organización para representar los intereses de las comunidades de la Selva [...] El proyecto cristalizaría, meses después, en Quiptic Ta Lecubtesel. Los líderes indígenas que participaron en el Congreso, reunidos en asambleas desde principios de 1974, tenían oportunidad de conocer en ellas los problemas no sólo de sus ejidos, sino de todas las comunidades que poblaban las cañadas. En esas asambleas entraron en contacto, muy pronto, con una organización que luchaba por el cambio del sistema: Unión del Pueblo. (Tello Diaz, 2005, p. 74)

La llegada de los miembros de Unión del Pueblo a las cañadas chiapanecas, no sería mal recibida por Samuel Ruiz. Más bien hubo cierta participación y convenio mutuo entre estas dos fuerzas. Esto mismo ayudó a que se conformara la Quiptic. Sin embargo, y de nueva cuenta, podemos ver la influencia e importancia que tuvo el obispo Ruiz para esta serie de relaciones:

La diócesis de San Cristóbal respaldaba sin titubeos el trabajo de los militantes de Unión del Pueblo. Era necesario, pensaba Don Samuel, apoyar a los indígenas en su lucha por la liberación. Así lo confirmó, a finales de 1975, en la Primera Asamblea Diocesana. (Ibíd, p. 77)

Esta serie de acontecimientos que encumbraron y ayudaron a definir las bases tanto militares como espirituales del EZLN, no hubieran sido posibles sin la ayuda de Samuel Ruiz y la organización que había conformado mucho antes de la llegada de los remanentes de las FLN en Chiapas.

Sin embargo, el propio movimiento originado por Samuel Ruiz no nació con la finalidad de apoyar —de facto— al levantamiento armado neozapatista. Más bien el recurso del cual se había hecho —desde 1980 con la conformación de un grupo llamado *Slop*— cuyo interés residía en la defensa de los valores indígenas, surgiría más adelante como contrapartida del movimiento neozapatista:

Apoyado por algunas personalidades influyentes de la diócesis, entre ellas Lázaro Hernández, Samuel Ruiz comenzó a organizar, con el mayor secreto, un colectivo de autodefensa, rival del EZLN. Para ello echó mano de un grupo de reflexión que él había contribuido a crear en 1980 bajo el nombre de *Slop* (raíz, en tzeltal) para defender los valores indígenas en el marco de la lucha por la tierra. (De La Granje & Rico, 2005, p. 254)

Slop fue una alternativa a las guerrillas en Chiapas, sin embargo, al igual que con el movimiento neozapatista, este grupo fundado por Ruiz había tenido un fin para detentar

el control en la región e impedir que otro tipo de influencia se extendiera más allá de lo que él podía controlar:

Mucho antes de la llegada de *Marcos* a la región, la diócesis había creado Slop para hacer contrapeso al activismo de los grupos maoístas a los que el propio obispo de San Cristóbal había invitado a trabajar en Chiapas durante los años setenta, y cuyo control se había ido de las manos. Samuel Ruiz necesitaba cuadros dirigentes, así que decidió formarlos para no depender de los asesores maoístas. Fascinado por la revolución sandinista, que acababa de triunfar en Nicaragua en 1979 con el apoyo de un sector de la iglesia, el obispo envió a uno de sus colaboradores a un curso de un año en ese país centroamericano, para que estudiara el modelo y se trajera después la experiencia a Chiapas. (Ibíd, p. 255)

Las luchas que se gestaron desde un inicio por el control llevaron a que el levantamiento armado de 1994 fuera algo más que una demanda contra el gobierno mexicano. Además de esto, supuso una lucha ideológica en la que tanto el clero como el remanente de las FLN se disputaron quiénes y bajo qué condiciones se realizaría la revolución en el sureste mexicano: por la práctica pacífica o la revuelta armada. Fue así que Marcos pasó de ser un prometedor aliado, a la figura capaz de ser una fuerza opositora a tener en cuenta:

Después de ser un aliado, Marcos se había convertido en un peligro para el obispo de San Cristóbal, quien, tras el levantamiento del 1 de enero de 1994, se guardó de reco-

nocer que él mismo había apoyado durante un tiempo la lucha armada, antes de tomar sus distancias con respecto al EZLN. Además de las razones políticas externas que había invocado ante los catequistas para justificar su conversión, Samuel Ruiz estaba profundamente afectado por el éxito fulgurante que Marcos había logrado entre los indígenas. De una cierta manera, el antiguo estudiante de filosofía le había robado en unos pocos años una buena parte de sus fieles, que constituían la base de su poder religioso, pero también político. (Ibíd, p. 266)

Por ende, la conformación del movimiento zapatista no fue tan armoniosa e incluyente con los distintos sectores de la lucha social. Cabe señalar que este es un ejemplo de una clara disputa política, donde cada parte intentaba tomar partido e imponerse para cumplir con sus distintos objetivos.

Por consiguiente, la lucha política emprendida por el EZLN fue, a su vez, una lucha ideológica en la que el campo de lo popular se veía fuertemente influenciado. Desde sus orígenes, en las filas de las FLN, la intención de hacerle frente al gobierno mexicano por vía de las armas era ya inminente, siendo el punto genésico que perduraría hasta la conformación del movimiento neozapatista. Por tanto, no podemos pensar la lucha armada —y sus posteriores

secuelas en los distintos movimientos intelectuales y artísticos— sin esta vena irrigando gran parte de su orientación.

Es por ello que el levantamiento armado de 1994 a manos del Ejército Zapatista, no puede pensarse sin una clara y bien definida conformación política. Ya sea a favor del movimiento o en contra, ya que es difícil emitir —con exactitud quirúrgica— que hasta nuestra fecha siguen y seguirán permeando los distintos posicionamientos políticos cargados de una fuerte orientación dirigida a este tipo de manifestación social. De la misma manera en que la conformación del movimiento venía con un gran peso político, militar y moral, a su vez, la carga ideológica no podía ser olvidada. Por tanto, no es de extrañar que los mismos posicionamientos políticos se manifestaran en el cine-documental, arte mural, música y literatura, siendo esta última donde se vería con mayor claridad esta serie de manifestaciones.

1.3. Literatura y arte neozapatista: antecedentes

Desde el surgimiento del movimiento iniciado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), se han realizado una gran cantidad de investigaciones, ensayos,

reportajes y, en fin, un número significativo de producción tanto artística como científica que gira en torno a este movimiento. La producción literaria no fue la excepción y en gran parte del mundo diversos escritores y periodistas, alentados por este hecho, decidieron narrativizar este acontecimiento en su obra. Cabe destacar que la producción literaria que se gestó en otras regiones ajenas al estado que vio nacer este movimiento, fueron variadas e importantes, pero quizá lo que más debe llamar la atención para esta investigación es la producción que se gestó dentro de Chiapas por parte de sus escritores.

1.3.1. Literatura neozapatista en Chiapas

Sin embargo, y a pesar de que las narraciones de ficción son de gran valor para la crítica literaria, no todo lo que concierne a la guerrilla ha sido examinado con el mismo ahínco. Casos muy particulares de obras que llamaron la atención en sus inicios —y han sido tomadas en cuenta por ser sus autores escritores con una larga trayectoria— tales como Juan Bañuelos, Efraín Bartolomé y Eraclio Zepeda, fueron un referente durante largo tiempo debido a las condiciones en las que surgieron:

Sin embargo, no es que falte el material: desde que el EZLN surgió en 1994, no han cesado de aparecer textos sobre el tema que se adscriben a diversos géneros y que representan variadas ideologías. Los poemas que Juan Bañuelos incluyera en *A paso de hierba: Poemas sobre Chiapas* (2002) son un ejemplo elocuente; en materia de textos autobiográficos, el diario de Efraín Bartolomé *Ocosingo: diario de guerra y algunas voces* (1995) es un testimonio interesante; en el género del relato se puede mencionar «Viene de lejos» (1994), cuento brevísimo escrito por Eraclio Zepeda, cuando aún simpatizaba con el EZLN [...] (Vanden Berghe, Huffschmid, & Lefere, 2011)

De esta manera, en el cuento de Zepeda «Viene de lejos», relato en el que se percibe cierta afinidad con el movimiento neo-zapatista y al que, poco tiempo después, abandonaría para: «entrar a formar parte del gobierno chiapaneco en una coyuntura de abierta represión contra el gobierno zapatista y sus bases de apoyo» (Vanden Berghe, *et. al.*, p. 238), se conciben los primeros atisbos, de manera muy sucinta de la manifestación del levantamiento armado de 1994 en las letras chiapanecas.

Por otra parte, Juan Bañuelos sentiría una simpatía cada vez mayor «pero en vano uno buscaría en su poesía reciente una referencia explícita al compromiso político que indudablemente tuvo y sigue teniendo con el movimiento» (Ibíd, p. 239). Si es así, entonces cómo se podría encontrar un vínculo lo suficientemente visible en la poesía

de Bañuelos y, más específicamente, en el poemario *A paso de hierba*. Existen elementos metafóricos (concretamente los últimos) que revelan cierta cercanía con la descripción de este hecho en los versos de Bañuelos, sin embargo, es el lugar y la fecha que develan este hecho: es decir, el poema sólo puede ser entendido en la totalidad de su contexto, esto es, dentro de un enunciado que en su integridad de sentido. Por consiguiente, no se puede apreciar a «simple vista» la cercanía de este hecho con el quehacer poético del escritor. Es más, en cierto momento los referentes más palpables en el poema, son elementos que indican el tiempo y el espacio en el que fue escrito, más no elementos estéticos y retóricos (poéticos) del mismo.

En el caso de Efraín Bartolomé, éste asumió una posición en la que la nostalgia y la ira acaecida por «la irrupción de las tropas zapatistas en su pueblo [así] como el derrumbe del mundo finquero por lazos familiares y afinidades estéticas» (Ibíd, p. 249) constituirían su visión del movimiento protagonizado por el EZLN. Es notable la postura que asume Bartolomé en *Ocosingo: diarios de guerra y algunas voces* que, a diferencia de Zepeda, no se vio sucedida por la ocupación de un puesto político.

Asimismo, hay que mencionar la importancia de la investigación realizada por Kristine Vanden Berghe, misma

que es merecedora de una mención especial, puesto que al haber iniciado una investigación tan notable a lo largo de tres obras, mismas que dan cuenta de diversas novelas en que aparece ficcionalizada la guerrilla de 1994 en Chiapas. Estas obras de notable valor se ven enumeradas en *El EZLN y sus intérpretes: resonancias del zapatismo en la academia y la literatura* (2011), en colaboración con Huffschmid y Lafere en la que se compilan una serie de ensayos y ponencias organizadas por el Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina (CEISAL) en colaboración con la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y que pretendían dar cuenta de las distintas interacciones que se han tenido a nivel académico y literario. Si bien, este primer acercamiento constituiría un primer avance, mismo que resultó muy enriquecedor, al entablar un diálogo-debate entre las distintas perspectivas de los diversos investigadores y escritores que se atrevieron a realizar un análisis sobre el movimiento neozapatista y sus repercusiones en la literatura y la academia. En sus dos obras posteriores, Vanden Berghe vuelve a reformular esta coyuntura entre el neozapatismo y la literatura, en esta ocasión con *Las novelas de la rebelión zapatista* (2012) y *Narrativa de la rebelión zapatista. los relatos del subcomandante Marcos* (2012). En la primera, se sumerge a explorar las distintas obras literarias (género narrativo) prestando mayor preferencia —por no

decir que es la única— por las novelas creadas por escritores extranjeros y ajenos —en gran medida— al contexto chiapaneco; en su segunda investigación se detiene a analizar su relevancia, como obra literaria, de la novela escrita por Marcos en colaboración con Paco Ignacio Taibo II: *Muertos incómodos*. Si bien, Vanden Berghe no se detiene a prestarle atención a la coyuntura que se gesta entre la literatura chiapaneca y la política y el poder, sí que es destacable la articulación que realiza de este hecho y el proceso ficcionalizador de la literatura.

Este primer acercamiento propuesto por Vanden Berghe, nos lleva a considerar que es inevitable soslayar el movimiento armado encabezado por el EZLN así como asumir que no haya representado un hito importante en la historia contemporánea de Chiapas y México. Este hecho histórico —en sí— se caracterizó por haber irrumpido en las distintas esferas sociales, económicas, políticas y culturales. La literatura no fue la excepción, ya que en esta se desprendió un suceso que hasta hoy parece tener una fuerte resonancia en su producción.

De esta manera, la rebelión zapatista del noventa y cuatro es abordada, por parte de los escritores chiapanecos, a *grosso modo* (en el caso de Eraclio Zepeda y Juan Bañuelos) y totalmente sesgada (por parte de Efraín Bar-

tolomé). Claro está que debemos considerar que en toda obra literaria se encuentra condensada la intencionalidad del escritor. En este caso, esta intencionalidad por querer exponer una arista del hecho en el discurso de Bartolomé, nos refiere a una definición que encaja con los parámetros que Renato Prada Oropeza desarrolla para establecer una hipótesis para caracterizar al discurso testimonial:

La preexistencia de un hecho histórico, de un dato si se quiere, indiscutible en sí -en cuanto a suceso histórico a secas- pero que es -o fue- susceptible de una versión o interpretación discursiva -implícita o explícita, es decir, virtual o efectivamente articulada en un discurso- contra la cual se yergue el testimonio de hoy discurso testimonial, sin un compromiso previo del escritor del discurso con una concepción o interpretación más amplia, general del mundo; y por otra, todo discurso testimonial, es siempre explícitamente referencial y pretende un valor de verdad -dice su (la) verdad-: esta intencionalidad lo motiva en cuanto discurso. (Prada Oropeza, 2001, p. 11)

No obstante, es importante preguntarnos acerca de la existencia de otras obras que, a pesar de haber narrado este acontecimiento, aún no se les ha dado el valor histórico, antropológico y estético que a lo sumo Vanden Berghe (como un caso muy particular) sí ha conferido a las obras que ha decidido retomar y analizar. En este sentido también es rescatable valorar las obras en las que se presenta

este hecho —el levantamiento del noventa y cuatro— en dos ejes narrativos: uno en contra y otro a favor del EZLN.

Por una parte nos encontramos con los ejemplos de Bartolomé y Zepeda, pero entonces, ¿qué sucede con la ideología simpatizante del movimiento neozapatista? En un lúcido trabajo de gran riqueza para el campo de las ciencias humanas, el historiador Vladimir González Roblero observa con meticulosidad dos novelas más, de las cuales, una responde a la inquietante observación planteada:

El levantamiento armado del EZLN, en 1994, u otros acontecimientos relacionados con él, han merecido que los escritores tomen la pluma y urdan sus ficciones al respecto. Lo hizo Heberto Morales en 1999 con su *Canción sin letra* en la que trata de exponer la condición de los sancristobalenses que no comulgan con la manera en que los indios exponen sus inconformidades. Una visión opuesta es la de Alejandro Aldana Sellschopp, quien en *Nudo de serpientes*, publicada en 2004, parece reivindicar el levantamiento y explicarlo a través de esa resistencia cotidiana de los indígenas. (González Roblero, 2011, p. 22)

Es así que *Nudo de serpientes*, de Aldana Sellschopp, se yergue ante las demás, distinguiéndose por conservar una perspectiva a favor del movimiento armado de 1994. La importancia de tomar a *Nudo de serpientes* como obra reivindicadora del movimiento neozapatista en Chiapas, es de gran valor para considerar las posibles semejanzas o

disparidades en la concepción de este hecho por parte de su autor y, que a raíz de ello, se ve configurada de una manera muy particular, de tal forma que destaca de la demás producción literaria chiapaneca por abordar este acontecimiento de una manera políticamente contraria a lo que se había manifestado con anterioridad. Sin embargo, quizá lo más importante, es destacar que la obra funge, a su vez, como un elemento estético-literario de la rebelión neozapatista y como documento social que da pie y sugiere la continuidad de una ideología que se pronuncia a favor de este movimiento y de su lucha social, denostada o apologizada, pero que a final de cuentas se mantiene indeleble en la memoria de un México de comienzos de siglo.

1.3.2. ¿Arte neozapatista? El giro estético de la máscara de estambre

Ya se ha esbozado —con anterioridad— el panorama de la literatura con respecto al levantamiento armado encabezado por el EZLN y, de esta manera, se han evidenciado los incipientes esfuerzos por los escritores chiapanecos por abordar en su narrativa este hecho. Como quiera que sea, hay constancia del levantamiento armado del noventa y cuatro en la narrativa, pero ¿en las demás manifestaciones

artísticas también lo ha habido? ¿Es posible hablar, ya no sólo de las novelas de la rebelión zapatista, sino de un arte neozapatista?

Cierto es que al hablar del EZLN lo primero que se nos viene a la mente es la imagen del subcomandante Marcos y todo lo que su ícono representa. Al hablar de ícono no solamente me remito al plano simbólico sino que además me remito a la imagen que se ha creado en torno a él y no al subcomandante en sí mismo. Con esto pretendo decir que la imagen que se nos ha vendido de Marcos -y del ejército zapatista en general —por medio de playeras, llaveritos, posters y demás *merchandising*— ha venido a suponer una suerte de simulacro baudrilariano, es decir, no es al vocero del EZLN al que se nos presenta y se nos vende, es lo que se nos ha querido (re)presentar como *El subcomandante Marcos y el Ejército Zapatista*. Pero esto no es lo esencialmente importante, al menos, en este primer momento. Lo que sí debe llamar la atención es que además de toda la parafernalia mediática y comercial que ha girado en torno a este movimiento social, el arte se ha sumado a la construcción de una estética que, si bien es demasiado pronto y arriesgado, bien podríamos categorizarla como una «estética neozapatista», de la misma forma en que Kristine Vanden Bergue se ha atrevido a sugerir un género literario al

cual ha llamado «las novelas de la rebelión zapatista» en analogía con la «novela de la revolución [mexicana].» Es por ello que no está del todo errada una afirmación de tal calibre que intentase dilucidar los códigos que se encuentran implícitos en esta categoría.

Ahora bien, a raíz de lo antes planteado surge otro cuestionamiento: ¿dónde encontrar dichos códigos? Como los conceptos de Arte⁴ y estética han dado lugar a fuertes debates durante toda la modernidad el primero, y casi toda la historia de la humanidad (en todas las culturas) la segunda, las discusiones que más polémica han desatado han sido en cuanto a lo que debía o no ser arte; la belleza y la fealdad⁵; arte vs artesanía y técnica del artista en contra de la reproducción automática⁶, por mencionar sólo unas cuantas. Dichos códigos deberían encontrarse en los dos binomios para evitar a toda costa todo rasgo logocentrista e intentar eludir esta serie de problemas que surgen al hablar de Arte y estética.

4 En la obra *Historia de seis ideas: arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética* (2001), Tatarkiewics nos proporciona una pequeña muestra de lo que ha significado el concepto de Arte y su desarrollo a lo largo de la historia.

5 Por antonomasia, Umberto Eco es quien le ha dedicado un exhaustivo y detallado análisis a estos dos opuestos binarios en *Historia de la fealdad* (2007) e *Historia de la belleza* (2010), respectivamente.

6 Walter Benjamin en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (2003) ha profundizado en este debate, haciendo hincapié en la relación de la pintura, el cine y la fotografía.

Por consiguiente, para condensar las manifestaciones «artísticas» intentando no caer en el juego de las oposiciones, privilegiando siempre una de las partes y excluyendo a la otra, tomo a consideración la categoría de arte popular⁷, como aquella serie de manifestaciones en las que podemos incluir tanto las artesanías elaboradas por mujeres indígenas como el grafiti para decorar alguna barda o los murales elaborados en los caracoles zapatistas, dejando atrás los aspectos utilitarios (producción en serie y beneficio económico a raíz de este proceso) y centrándonos en los códigos que connotan y denotan un significado más trascendente.

Puesto que la categoría de arte popular abarca una amplia gama de manifestaciones artísticas, también es pertinente centrarnos en uno o varios aspectos icónicos que comparten y que sin esta unidad estética presente, casi de manera inherente, sería imposible hablar de su cabida dentro de esta categoría y mucho menos lograríamos hablar

7 Si bien, Eli Bartra en *Neozapatismo: arte popular y género* (1998) sugiere que los conceptos de arte popular, artesanía y arte primitivo deberían utilizarse con rigurosidad (centrándose en los aspectos económico-utilitarios más que en los estéticos), lo único que crea al hacer este tipo de distinciones, en los que las fronteras que separan a estas categorías son tan efímeras, es crear un logocentrismo en el que se excluye uno y se centraliza otro cuando en realidad las dos categorías comparten códigos estéticos similares. Por ello, considero que la categoría de arte popular debe absorber las otras dos evitando este problema, a la vez que se enriquece sobre manera, ampliando las perspectivas y horizontes estéticos.

de una estética neozapatista. Es por ello que esta unidad la podemos encontrar en ciertos signos y símbolos muy bien definidos y que se han configurado, de tal forma, que han pasado a formar parte de nuestro imaginario, logrando una presencia tan poderosa que suplantán al mismo subcomandante Marcos, despojándolo de todo rasgo histórico y fetichizando su condición de personaje histórico, como si de una presencia transhumana y atemporal se tratase.

Estos elementos, que en apariencia parecen muy evidentes, no sólo se develan ante el espectador sino que además encubren otros aspectos que se escabullen logrando este efecto del simulacro baudrilariano. Sin más, estos elementos se concentran en un sólo corpus icónico: el atavío zapatista, o mejor dicho, el del subcomandante Marcos y, posiblemente, el de la comandanta Ramona. Éstos han conformado un símbolo con el que con facilidad se puede identificar la pertenencia del portador. El rifle, la pipa, las botas, la boina, las cananas, la falda de borrego, el paliacate —en algunas mujeres zapatistas—, han cobrado cierta singularidad, de tal forma que por sí mismas nos pueden traer ciertos referentes pero que en su conjunto logran remitirnos de lleno al significado del que emanan. Sin embargo, quizá el aspecto que más peso tiene y que posee una carga simbólica mayor a los anteriores elementos simbóli-

cos es el pasamontañas. Curiosamente, la utilidad que se le dio en un principio a este objeto fue transformándose, no solamente en el corpus del discurso neozapatista, sino que transformó la forma en que se aprecia este objeto. El pasamontañas no sólo actúa como un símbolo neozapatista, cual finalidad ha sido la de encubrir, la de crear un halo de misterio, sino que a su vez —al velar la identidad de los revolucionarios que le declararon la guerra al Mal gobierno— se ha re-significado a tal punto que la perspectiva que se tenía de este objeto (con un simple valor utilitario) ha cambiado, es decir: hay un antes y un después en la concepción que se tenía de la capucha y que surge a partir del surgimiento del EZLN.

Antes del surgimiento neozapatista, el uso del pasamontañas se asociaba con el criminal, el terrorista: era, en este sentido, una imagen que remitía al terror, a la maldad, a lo que está oculto y, en última instancia, a la pérdida de la individualidad.⁸ Pero no es hasta la irrupción del EZLN que este objeto se convierte en símbolo, pasando del repudio a ser un objeto de culto y admiración hasta el pun-

8 Con respecto a la representación de los rostros velados del EZLN y las implicaciones estéticas que esto conlleva, Amapola Cortez Baeza atiende, en su trabajo de grado titulado *El giro estético del pasamontañas* (2014), las connotaciones estéticas que han aflorado a partir del uso que le ha dado el EZ a este objeto y que ha trascendido la finalidad con la que fue creado el pasamontañas para transformarse en un objeto estético.

to de convertirse en un objeto estético o en parte de toda una estética neozapatista. Aunque estos elementos se erijen como estéticos, también existen otros aspectos que no deben pasar desatendidos. Sin embargo, todos estos objetos no nos remiten sin el componente indígena. Pero no sólo la imagen del indígena desposeído o desarraigado (en calidad de subalterno) sino el indígena en resistencia y con la capacidad-voluntad de vivir en comunidad. Esta configuración de los distintos estadios que nos comunican un determinado discurso político, son los que conforman la estética neozapatista.

Por consiguiente, podemos advertir la existencia de una reciprocidad entre estos elementos, los cuales conforman la estética neozapatista en su totalidad. No hay que olvidar que estos son elementos que se pueden encontrar desde las manifestaciones más complejas hasta las más simples, y que por tanto, la magnitud con la que se presentan no se ve afectada por la esfera cultural, social o económica en la que se manifieste. Todo lo contrario, los espacios en que se presentan, cómo se presentan y las finalidades por las cuales se llega a la intencionalidad de representar estos códigos en el arte popular neozapatista, configuran la totalidad de su discurso, pero no interfieren en la valoración que se pueda tener de ellos. Por tanto, bajo la conside-

ración de si podemos hablar de una estética neozapatista y más concretamente, de un arte popular neozapatista, la respuesta sería afirmativa, no obstante, la importancia que se le confiera a cada uno de estos elementos no debe pesar por encima de los demás, permitiendo una estratificación no-jerarquizada y sí más en una relación de horizontalidad: la muñeca de trapo no puede estar por encima del mural universitario y viceversa.

Los elementos están ahí en juego, en la literatura, la plástica, lo audiovisual, sin olvidar los grafitis en los muros de restaurantes, playeras, llaveros, muñecas de trapo... todo se ha erigido con la finalidad (intencionada o inintencionada) hacia una propuesta que no se ha quedado en lo político y ha trascendido hacia lo estético.

CAPÍTULO DOS

EL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA Y SU SIGNIFICACIÓN EN LA CONTEMPORANEIDAD

Si consideramos para el presente estudio las relaciones que existen entre la literatura, la ideología, el texto y, a su vez, el vínculo con el contexto social y la cultura, es necesario establecer los parámetros que delimitarán las distintas concepciones de estas categorías, así como su relación con el campo de los Estudios Culturales y la importancia con el mismo. Es así que las relaciones que se irán entretejiendo sobre los distintos conceptos, conformarán un *corpus* mucho más amplio, mismo que echará luz sobre los distintos planteamientos que se han generado a lo largo de su historia. Por consiguiente, es imprescindible comenzar a desarrollar los parámetros que configuran a las ideologías no solamente como un sistema de creencias, sino que dejan ver su dinamismo a lo largo del tiempo y de los contextos donde emergen, es decir, concebir la —o las— ideología(s) como una práctica históricamente cambiante.

2.1. Estudios culturales e ideología: una aproximación

Quizá uno de los tantos debates en cuanto al papel de los estudios culturales como críticos del entramado sociopolítico, se centra en el dilema de retomar el concepto de ideología como categoría de análisis o, por el contrario, no prestarle más importancia a un concepto, el cual se ve caduco ante los presupuestos teóricos de la filosofía posmoderna. Y es que para abordar el concepto de ideología desde los estudios culturales esto implicaría, a su vez, realizar un análisis minucioso de la genealogía del concepto para no caer por el acantilado de las ambigüedades teóricas y conceptuales.

Por consiguiente, es necesario adherirnos a lo que los teóricos contemporáneos observan en cuanto a la construcción y recepción de este fenómeno. Es por ello que en el prolegómeno dedicado a su obra *Ideología, una introducción* (1997), el crítico literario Terry Eagleton, observa con pertinencia la importancia de la ideología en nuestra era, así como los diversos cuestionamientos que resultan de la exclusión de este concepto en los escritos posmodernos y estructuralistas:

Considérese la siguiente paradoja. La última década ha conocido un notable resurgimiento de movimientos

ideológicos en todo el mundo. En Oriente Medio, el fundamentalismo islámico ha surgido como una poderosa fuerza política. En el llamado Tercer Mundo, y en una región de las islas británicas, el nacionalismo revolucionario sigue enzarzado en un conflicto con el poder imperialista. En algunos de los Estados poscapitalistas del bloque oriental, un todavía tenaz neoestalinismo sigue luchando encanizadamente con una serie de fuerzas opuestas. En la nación capitalista más poderosa de la historia se ha extendido una variante especialmente nociva de evangelismo cristiano. Durante todo este periodo, Gran Bretaña ha sufrido el régimen político más ideológicamente agresivo y explícito que se recuerde, en una sociedad que tradicionalmente prefiere que sus valores dominantes permanezcan implícitos y soslayados. Mientras, en algún sector de la izquierda se proclama la caducidad del concepto de ideología.

¿Cómo explicar este absurdo? ¿A qué es debido que en un mundo atormentado por conflictos ideológicos la noción misma de ideología se haya evaporado sin dejar huella en los escritos posmodernos y postestructuralistas? (Eagleton, 1997, p. 13)

Es por ello que una de las preguntas fundamentales que compete analizar desde el campo de los estudios culturales, está relacionada con la existencia —o no— de la ideología en las sociedades consideradas posmodernas. Si la respuesta apoyase la existencia, argumentando que en efecto, el concepto de ideología en vez de haber caído en desuso aún mantiene importancia y continúa permeando la esfera social, esto implicaría que es de vital importancia

retomar su estudio minucioso desde el campo de las ciencias sociales. Por otra parte, al afirmar esto, entonces también nos competiría hacer una revisión sobre los dispositivos en los que se producen y reproducen las ideologías así como su relación con la sociedad.

Si bien, hablar de ideología nos lleva por vericuetos un tanto sinuosos, esto se debe a la multiplicidad de conceptualizaciones —vistas desde diversos posicionamientos teóricos— que ha abarcado el concepto a lo largo de su historia. Y no está demás hacer la aclaración ya que desde el posicionamiento marxista hasta la bien formalizada teoría de las ideologías —con Althusser—, se creó una brecha por la cual, traer a colación este concepto, ha supuesto un conflicto de variantes en cuanto a la terminología y significado del mismo, los cuales han decantado en dicotomías tales como lo falso y lo verdadero; lo científico y lo no-científico.

En cuanto a su desarrollo históricamente cambiante —y los conflictos que esto supone— los estudios culturales norteamericanos se limitaron a ver la cultura como una mercancía más, delimitándose a un análisis mercantilista y acrítico de la misma, a la par que sacudieron todo elemento marxista⁹ y, por ende, político de su discurso. Aunado

9 Para más información véase Castro-Gómez, S. (2000). Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología. *Revista Iberoamericana*, 737-751.

a esto, la contribución de la filosofía posmoderna implicó un exilio significativo de la ideología tal y como lo observa Castro-Gómez:

[...] la influencia que tuvieron algunas corrientes de la filosofía posmoderna en los estudios culturales, contribuyó a marginalizar el concepto de ideología y, concomitantemente, a posibilitar el divorcio que hoy se observa entre los estudios culturales y la economía política. Lyotard, por ejemplo, desconfía de todas las teorías que, como el marxismo, pretenden disponer de un criterio de verdad que les permita saber cuáles son las contradicciones de la sociedad y cómo resolverlas. En este contexto, la crítica de las ideologías pertenecería al orden de los metarrelatos y compartiría con ellos su carácter totalitario. (Castro-Gómez, 2000, p. 740)

Es precisamente la indiferencia y el rechazo¹⁰ de la crítica posmoderna hacia los metarrelatos, que el concepto de ideología fue menospreciado, a tal grado de ser catalogado con el término peyorativo de la teoría marxista, es decir, como falsa conciencia. Por consiguiente, al minimizar el peso que tiene una teoría de la ideología y ubicarlo del lado de los grandes relatos derruidos con la posmodernidad, los estudios culturales pierden todo el sentido crítico y político que los caracterizan. He ahí su importancia al articular la ideología con estudios con un enfoque crítico de la cultura y no sobre la cultura. Esto se logra al conseguir

10 *Ibid.*

articular tres niveles, que para Althusser, son imprescindibles al intentar explicar el funcionamiento de toda sociedad: el nivel económico, político e ideológico.¹¹ Esta triada, es la que ayuda a explicar —conceptualmente— las relaciones que mantienen los sujetos en toda sociedad histórica:

[...] en el nivel económico todos los individuos son parte de una estructura que les coloca en relaciones de producción, en el nivel político participan de una estructura que los pone en relaciones de clase. En el nivel ideológico, en cambio, los individuos entablan una relación simbólica en la medida en que participan, voluntaria o involuntariamente, de un conjunto de representaciones sobre el mundo, la naturaleza y el orden social. (Ibíd, p. 743)

En consecuencia —y a diferencia del concepto marxista— la ideología se puede entender como una serie de concepciones que los individuos tienen sobre el mundo, asumiendo que estas «penetran en la vida práctica de los hombres y son capaces de animar o inspirar su praxis social» (Ibíd, p. 173). Por ende, estas concepciones y representaciones, se ven fuertemente determinadas en la praxis humana con lo cual, es prácticamente indisoluble de su ser y estar en un determinado espacio sociohistórico. En otras palabras, el sujeto se encuentra constantemente interactuando con el mundo simbólico y los distintos grupos que conforman la sociedad y es a partir de esta interacción

11 Ibid.

que estas concepciones comienzan a tomar sentido en el seno de los mismos grupos en que se generan. Es así que las ideologías conforman «un horizonte simbólico para comprender el mundo y una regla de conducta moral para guiar sus prácticas.» (Ibíd, p. 173). A partir de esta serie de acercamientos al concepto de ideología, nos alejamos más con respecto al significado marxista. La ideología ya no puede ser vista como una *deformación* sino como una facultad para dar *sentido* al mundo.

Ahora bien, desde la concepción de ideología propuesta por Althusser, las estructuras o, para ser más específico en lenguaje althusseriano, los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE) son «cierto número de realidades que se presentan al observador inmediato bajo la forma de instituciones distintas y especializadas» (Castro-Gómez, 2000) formas muy distintas a los aparatos represivos del Estado, caracterizándose estos últimos mediante el funcionamiento de la violencia, y sin embargo, Althusser reconoce su manifestación conjunta a los aparatos ideológicos: es decir, tanto los primeros hacen uso de la ideología en una forma muy reducida, así como los segundos acentúan una forma de violencia no-física, casi simbólica.

Para poder reconocer los Aparatos Ideológicos del Estado, Althusser los diferencia en instancias muy espe-

cíficas, como lo son: los AIE religioso, escolar, familiar, jurídico, político, sindical, de información y cultural.¹² Esta última de sumo interés para nuestro trabajo, ya que considera a la literatura —y su discurso— como una instancia más de reproducción ideológica y, por ende, de generación de sentido el cual nos ayuda a explicar el mundo tangible y simbólico de la praxis humana.

Sin embargo, la importancia de la literatura —y la obra literaria en sí— se centra en la característica que emana de la relación de ésta con la sociedad en un contexto tiempo-espacio definido. Uno de los teóricos que dio este paso al reformular este nexo fue Bajtín, al cambiar el punto de vista de esta relación, es decir, la literatura ya no es vista simplemente como un producto¹³ sino como una producción. En cuanto a este cambio de estatuto, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo enuncian:

Concebida como producción [...] la literatura asume su carácter social como rasgo interno, que califica a la actividad literaria, a los medios de producción textual y a las ideologías literarias con que la literatura es producida. La

12 Para más información sobre las distintas instituciones que se insertan dentro de los distintos AIE, cfr. Althusser, L. (2003) *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva visión.

13 Altamirano y Sarlo hacen énfasis en las observaciones que Bajtín hizo en cuanto al carácter externo de la literatura. Esto se explica a partir de las condiciones de producción externas a la actividad literaria tales como las clases, la economía, la historia, etc. Las obras (literarias) son resultado de una de estas variables o del entrecruzamiento de estas.

literatura [...] se asegura un espacio en la vida social por la conformación discursiva de las ideologías. El hecho literario es una forma ideológica: reflejo lingüísticos de las ideologías. (Altamirano, C. y Sarlo, B., 2001, p. 50-51)

Con este paso de la literatura como producto a productora de significados, esta última se ve, no solamente como objeto resultante de procesos políticos, económicos e históricos, sino que además, se ve así misma posibilitada para ser generadora de significados a partir de la producción y re-producción discursiva, misma que nace de lo social y desemboca en lo social, como un proceso continuo y cíclico. Al concebir de esta forma a la literatura, no sólo como sujeta a principios estéticos o, por el contrario, producto de una relación entre factores económico, políticos e institucionales, logramos percibirla en su totalidad: como objeto social a la vez que material.¹⁴

Por ello bajo los presupuestos posmodernos, aún no podemos hablar con total soltura de una pérdida o falta de ideología. Esta, por el contrario, sigue presente, recalcitrante, inherente a la condición humana. Seguimos apropiándonos y reproduciendo estructuras ideológicas casi de

14 La materialidad de lo simbólico constituye su primer rasgo social, porque los significados tienen soportes materiales y la comunicación misma es un proceso material-social. El objeto estético es producto de un nexo orgánico entre las significaciones y su soporte (fónico, gráfico), asegurado por el carácter social intersubjetivo del proceso estético. (Ibíd, p. 51-52)

manera inconsciente, aunque en ocasiones pareciéramos vernos librados de toda mácula ideológica. Sin embargo, es más que evidente que la presencia de estas supone una parte indivisible de la praxis humana, siendo la ideología, un modo de acercarnos a una realidad próxima dotándola de significado.

Por otra parte, también debemos considerar los contextos en los que se plantean estas dos posturas. Por una parte, los postulados posmodernos tienen su origen en Europa, misma que se ha construido —a lo largo de su historia— con determinadas características que la han diferenciado del resto de los continentes. A su vez, Latinoamérica también se ha construido de una manera muy particular: desde pasar de ser colonia europea, a sufrir dictaduras, intervenciones extranjeras y represiones sociales que han devenido de sus mismos gobiernos. Ejemplos que pueden echar luz sobre esta construcción histórica tan peculiar sobran¹⁵ ya que si algo hay que destacar de Latinoamérica es su tradición de lucha y resistencia al colonialismo y, al ahora, neocolonialismo. Estas características han implicado

15 Para ejemplificar: México, Chile, Argentina y países centroamericanos que han sufrido los estragos de las dictaduras y sus consecuentes guerras sucias; los procesos de colonización europea que tuvieron sus repercusiones en los ahora países de meso-centro-Suramérica; intervenciones militares extranjeras que han afectado las soberanías de los distintos países, por mencionar algunos.

que también se manifiesten corrientes de pensamiento que en otros contextos se hayan considerado extintas, pero que en Latinoamérica aún tienen un gran peso y siguen gozando de cierta validez. Por consiguiente, no es sorpresa que la resistencia y la lucha constante en pos de la defensa de los derechos de los pueblos originarios Latinoamericanos haya sido una constante en la historia de su conformación:

En este proceso denso y complejo, se van conformando los grandes actores del escenario político latinoamericano. Será una existencia conflictiva, de confrontaciones sociales y étnico-culturales, donde se producen múltiples intercambios de significados, sincretismos religiosos, líneas de continuidad de identidades, hostigadas, incorporadas de nuevas creencias que se yuxtaponen con tradiciones ancestrales. Antiguas pautas cotidianas y lingüísticas conviven con la adopción del idioma de las clases privilegiadas de origen europeo —el español o el portugués en las regiones continentales; el inglés o el francés en las islas del caribe— en tanto las formas de comunicación continúan asentándose en las lenguas originarias que pudieron ser desplazadas a partir de quinientos años de predominios europeizantes. Manifestaciones de una resistencia cultural que, en el periodo colonial, se acompañaría de diversas formas de rebeldía abierta, insurrecciones y movimientos de protesta ante condiciones de expoliación que las masas de estos territorios nunca aceptaron pasivamente. (Argumedo, 2006, p. 16-17)

Por esta especificidad, en cuanto al binomio de opresión/resistencia, la manera en que las manifestaciones sociales se han articulado en América Latina, dan cuenta

de una serie de fenómenos —y también de una dinámica— que se deslindan y crean cierta particularidad contextual. Alcira Argumedo (2006) plantea que se debe pensar América Latina como una región que tiene su propia *matriz autónoma de pensamiento latinoamericano* lo que implica un análisis de los fenómenos del continente a partir de todos estos acontecimientos que le han dado su propia voz y lugar en el mundo. Sin embargo —y como ella misma remarca— esto no implica que se promueva una *autarquía* teórica, sino más bien, que se fomente el pensamiento crítico en cuanto a los postulados europeizantes que intentan globalizar sus fenómenos regionales concretos, sin tomar en cuenta los procesos históricos por los que cada cultura ha atravesado:

Esta matriz *autónoma* de pensamiento, con valores de orientación nacional y popular, expresada en el ensayo político latinoamericano, en la literatura, en los movimientos de masas, en las manifestaciones de resistencia social y cultural, en el legado de ideas de las capas mayoritarias, no pretende una *autarquía* teórica. Por el contrario, su sistematización requiere elaborar respuestas críticas frente a los paradigmas eurocéntricos demostrando el carácter parcial que los impregna, en tanto se revelan incapaces de dar cuenta de la totalidad de los fenómenos procesados contemporáneamente en cada momento [y contexto] histórico. (Ibíd, p. 18)

Plantear que América Latina se ha desarrollado de una manera muy peculiar y que, además, esta especificidad debe ser analizada con parámetros puntuales en cuanto a su desarrollo histórico, nos permite retornar al campo de la lucha ideológica. Esto supone dos hechos ineludibles: que los fenómenos, tanto de opresión como de resistencia, son latentes: han existido desde la colonia y siguen existiendo; tanto la clase hegemónica como la que está en resistencia, sostienen cierta ideología que los identifica y cohesiona como grupo.

Es por esto que tanto la ideología como su representación en el texto literario siguen teniendo un lugar importante dentro del campo de los estudios culturales (latinoamericanos). A diferencia del proclamado fin de las ideologías de la crítica posmoderna, considero que estas han permanecido, si no de la misma forma que en el siglo pasado, pero sí en una multiplicidad de ideologías que siguen cumpliendo su función como mediadoras entre los sujetos y su manera de interactuar con el mundo.

2.2. Los orígenes del concepto

En el apartado anterior se abordó la importancia del debate que gira en torno de los estudios culturales al retomar el concepto de ideología como un aspecto fundamental para su estudio en nuestra contemporaneidad. Es cierto que para tener más clara la definición que se utilizará en el presente proyecto, será necesario trazar una línea genealógica que nos permitirá hacer una revisión hasta llegar al concepto idóneo.

Esto es relevante, ya que al bosquejar una definición de lo que es la ideología es una tarea que, en ocasiones, no abarca la multiplicidad que de ellas existe en el campo teórico occidental y que, por tanto, se ve hasta cierto punto desestimado por su valor tendiente hacia el parcialismo. Esto a su vez ayuda a precisar un posicionamiento teórico-epistemológico que sirva de base para desarrollar un discurso articulado que pueda echar luz sobre el tratamiento que se pretende hacer sobre la «génesis» e importancia del o los conceptos de ideología en la contemporaneidad.

Partiendo de esta serie de observaciones, quizá uno de los teóricos que más ha ayudado a la comprensión del concepto de ideología —trazando un mapa que va desde los orígenes del concepto hasta la era posmoderna— es Jor-

ge Larraín¹⁶ al hacer un amplio seguimiento del desarrollo histórico del mismo. De esta forma, Larraín ubica los primeros usos del término en el siglo XVIII siendo Destutt de Tracy el primero en acuñar la palabra y, posteriormente, formalizándose como concepto en el siglo XIX:

El término ideología fue usado por primera vez por Destutt de Tracy a fines del siglo XVIII, siendo desarrollado de un modo completo como concepto durante el siglo XIX; pero la preocupación por algunos de los problemas cubiertos por esta noción empezó mucho antes. Desde que ha habido sociedades de clase, han existido fenómenos relativos a la legitimación intelectual de la dominación social y otras fuentes de distorsión mental en el conocimiento de la realidad. En este sentido la ideología no es un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad. Sin embargo, el interés por analizar y estudiar sistemáticamente esta clase de fenómenos sólo aparece en los tiempos modernos tras la desintegración de la sociedad medieval. (Larraín, 2007, p. 9)

Sin embargo, el interés de Tracy al establecer la ideología como concepto, poco tiene que ver con el significado

16 En efecto, la dedicación que Larraín le ha dado a este fenómeno se resume en su obra, *El concepto de Ideología* (2007). Este es un recorrido que realiza en 4 volúmenes que «siguiendo la tradición de la historia de las ideas, abarcará desde los orígenes en el siglo XVIII hasta el Postmodernismo actual. El segundo volumen tratará del Marxismo posterior a Marx: De Lenin a Althusser, incluyendo a Lukács y Gramsci. El tercero abordará los temas del Historicismo versus Positivismo: De Nietzsche a Durkheim, donde se verá también a Pareto, Mannheim y la Teoría Crítica de Adorno y Horkheimer. El cuarto se referirá al Estructuralismo y Lenguaje: De Levi-Strauss a Baudrillard e incluirá la Semiólogía de Barthes, el Postestructuralismo de Foucault, el Postmodernismo de Lyotard y Baudrillard y el Postmarxismo». (p. 7)

que se le atribuyó con posterioridad. Para Destutt de Tracy, la conceptualización llevaba hondas raíces científicas o, al menos, esa fue la intención original:

Destutt de Tracy está interesado en la sistematización de una nueva ciencia, la ciencia de las ideas a la que denomina «ideología». Esta ciencia tiene como su objeto el establecimiento del origen de las ideas; en esta tarea debe dejar de lado prejuicios religiosos y metafísicos. El progreso científico es posible si las falsas ideas pueden ser evitadas. (Ibíd, p. 23)

Esto nos lleva a pensar en que si la concepción original de ideología era en el campo científico, entonces ¿cómo pasó a ser significada de distinta forma a su concepción original? Quizá los primeros indicios de una reflexión aún más profunda en lo que concierne a este concepto (y que aun así mantiene cierta relación con De Tracy, misma que se verá más adelante) los encuentra Jorge Larraín a mediados de los siglos XV y XVI, de la mano de Maquiavelo en su obra *El príncipe*. En ella Jorge Larraín identifica la prioridad que Maquiavelo le da a los juicios humanos como una forma de parcializar los «apetitos» e intereses de los sujetos:

Nicolo Maquiavelo (1469-1527), un representante de la burguesía temprana, es tal vez el primer autor en tratar materias directamente conectadas con fenómenos ideológicos. Sus agudas observaciones sobre la práctica po-

lítica de los príncipes, y en general, sobre la conducta humana en política, anticiparon ulteriores desarrollos del concepto, aunque Maquiavelo no empleó el término «ideología». Algunos elementos del concepto aparecen, por ejemplo, cuando vincula la parcialidad de los juicios humanos con los apetitos y los intereses. Preguntándose por qué los hombres son a menudo parciales al criticar el presente [...] (Ibíd, p. 9)

Además de identificar esta parcialidad de los juicios humanos, identifica otros rasgos muy particulares que vinculan la religión con el poder y la consecuente dominación, así como el uso del fraude y el engaño sobre el ejercicio de la fuerza para mantenerse en el poder. Si bien Larraín identifica estos tres aspectos que caracterizan los primeros atisbos que ayudan a entender el punto de origen de la ideología (con una fuerte connotación negativa), lo que nos interesa es identificar el punto en el que la ideología llegó a cobrar su carácter conceptual para después pasar a ser la antítesis de la ciencia.

Es así, que una vez identificados los primeros registros del término, nos concierne revisar el binomio ciencia/ideología. Si bien Larraín parte de *El príncipe* de Maquiavelo para sentar las bases de lo que será posteriormente el concepto, no es hasta la ilustración francesa que comienza a hacerse visible el papel de la ideología como oposición de la ciencia. Es así que Larraín identifica a la Ilustración fran-

cesa en oposición a la religión: fuente de toda superstición, nociones falsas y, por ende, falsa conciencia:

La Ilustración francesa proclama, por el contrario, el derecho al libre pensamiento²¹. Las representaciones religiosas, cuyo origen ha sido ya reconocido por Maquiavelo y Hobbes, llegan a ser un verdadero peligro para la felicidad humana en cuanto son prejuicios ideológicos. La religión ya no es más vista como una fuerza integradora, sino, al contrario, como la fuente de todas las supersticiones, nociones falsas y preconceptos.

Este fraude que mantenía la institución religiosa, cumplía con la función de acumular y resguardar su poder y riqueza, mismas que tenían su sustento en el miedo y la ignorancia en la que se mantenía sumido al pueblo. Tanto Helvecio y Holbach, al definir esta primera serie de confrontaciones contra una institución con intenciones de mantener y ejercer el poder, significó el punto donde se sentaron las bases para lo que después vendría a ser el concepto marxista de ideología. Es así que la «crítica de la religión de Helvecio y Holbach fue particularmente relevante para la formación del concepto y tuvo una gran influencia sobre Hegel, Bauer, Feuerbach y el propio Marx» (Ibíd, p. 18).

Hasta este punto podemos delimitar dos orígenes del concepto. Estas dos vertientes, una (el significante) surgida con la firme pretensión de ser una ciencia de las ideas y la otra, (el significado) como una firme crítica a la Iglesia como institución con la capacidad de manipular grandes masas para la conservación del poder, fueron las vertientes

que encontraron —en el siglo XIX— un punto en el que pudieron entrecruzarse gracias a distintos factores, pero sin llegar a constituir un signo definitorio de lo que vendría a ser la ideología:

Durante el siglo XIX se llevó a cabo la convergencia entre el término ideología y su contenido negativo. Sin embargo, este no fue un proceso sencillo. Por un largo tiempo el término ideología continuó teniendo escasa significación, ya sea como ciencia de las ideas o como una teoría doctrinaria e irrealista. Hegel menciona la ideología en el primer sentido, solo para desecharla como una «reducción del pensamiento a la sensación». La ideología como ciencia no había logrado establecerse. Al mismo tiempo, la crítica de la religión y de la metafísica, el antecedente más importante del concepto negativo de ideología, continuaba desarrollándose sin tener ninguna conexión formal con el término ideología. (Ibíd, p. 25)

Esta conexión de la que habla Larraín y que aún no se encuentra presente, se vendrá a concretar con la crítica que Feuerbach hace de la religión. Este eslabón significó el puente que conectaría la crítica de Helvecio y el concepto desarrollado por De Tracey:

La crítica de la religión de Feuerbach cala mucho más hondo que la teoría del engaño sacerdotal. Mientras esta última combatió los prejuicios religiosos como si estos le fueran externamente impuestos al pueblo, la primera encuentra una conexión mucho más profunda entre la religión y la esencia humana [...] Esto representa un hito de la mayor importancia en la crítica de la religión, porque

invierte el orden de determinación, y permite explicar la propia religión en otros términos que no sean la simple mentira, el engaño o la imaginación fantástica. De allí que tenga enormes consecuencias para el surgimiento del concepto de ideología. El enfoque de Feuerbach puede entenderse como el último eslabón mediador entre la crítica tradicional de la religión y el concepto de ideología. (Ibíd, p. 29-30)

Esta crítica basada en un nuevo enfoque, supuso un entendimiento distinto de la religión como fenómeno (casi) inherente al ser humano. La religión es vista por Feuerbach como una instancia mediadora entre el ser y el mundo. Es, en esencia, una parte fundamental del hombre y forma parte de él mismo. Sin embargo, quizá el aporte más oportuno sería la revisión y posterior crítica que Marx haría del postulado de Feuerbach, dando inicio al estudio de la ideología como una categoría de mayor influencia para los estudios socio-filosóficos.

2.3. De Marx a Althusser: la construcción conceptual

Si bien, a quien se le atribuye una concreción de los elementos del concepto de ideología es a Marx, lo cierto es que las alusiones a este concepto «no fueron sistemáticamente elaborados y algunas veces se presentan en forma

ambigua» (Larraín, 2007, p. 133). Por otra parte, tampoco se puede afirmar que Marx no le haya prestado interés al desarrollo de este concepto. Aun así la ideología no aparece totalmente clarificada y precisa conceptualmente, más bien se encuentra en constante desarrollo y esto se ve reflejado a lo largo de la producción científica que realizó Marx:

Aunque los elementos del concepto de ideología de Marx están esparcidos en numerosos textos, no fueron sistemáticamente elaborados y algunas veces se presentan en forma ambigua, hay una notable continuidad y consistencia en el tratamiento que Marx hace de él. Ciertos temas centrales y nociones básicas están presentes durante todo el desarrollo intelectual de Marx, desde su crítica temprana a la religión y a la concepción hegeliana del Estado hasta el desenmascaramiento de las apariencias económicas mistificadas y de los principios políticos aparentemente libertarios e igualitarios de la filosofía política burguesa. Por supuesto, como hemos tratado de mostrar, hubo también una evolución clara en la cual el concepto fue elaborado con precisión creciente y en la cual nuevas dimensiones se fueron agregando. (Ibíd, p. 133)

Como menciona Larraín, a lo que Marx se refería cuando hablaba de ideología era a las contradicciones que surgían en el tipo de relaciones de las sociedades capitalistas y burguesas, otorgando directamente una connotación negativa. Pero, como también apunta Larraín «esta dimensión negativa es siempre utilizada para la crítica de un tipo específico de error que, de una u otra manera, se conecta con

el ocultamiento y la distorsión de una realidad invertida y contradictoria.» (Ibíd, p. 134) Además por mantener estas características, el carácter de éste es el de ser «un concepto restringido e histórico: restringido, porque no incluye toda clase de errores y porque no todas las ideas dominantes son ideológicas; histórico, porque depende de la evolución de las contradicciones.» (Ibíd, p. 134-135)

Con estas características se disciernen las principales peculiaridades con las que Marx conceptualizaba la ideología, siempre cayendo en un sentido negativo ya fuere por sus restricciones en cuanto a su capacidad totalizadora o su opacidad, misma que ayuda a ocultar las distintas contradicciones de la clase dominante.

Sin embargo, después de la muerte de Marx (en 1883) hubo un cambio en el concepto de ideología que fue fraguándose poco a poco, no sin perder su connotación negativa, pero sí transformándose hasta alcanzar una neutralidad en la que ya no se hablaba solamente de una ideología burguesa sino de una ideología proletaria. Este vuelco hacia esta neutralidad del concepto tuvo su origen en Lenin y uno de los principales autores que decidió dar este tratamiento al concepto fue George Lukács.¹⁷

¹⁷ A este cambio de dirección, Jorge Larraín, en el segundo volumen de su obra *El concepto de ideología*, observa: Aunque la conexión puede parecer muy obvia desde el punto de vista de la conciencia de clase, hay énfasis noto-

No obstante, quizá el teórico que más atención prestó al estudio y posterior desarrollo de este concepto, como una categoría de análisis en el campo de las ciencias sociales, fue Louis Althusser. Althusser, a diferencia de sus predecesores, consideró la ideología como parte sustancial de la relación que entabla el Estado y la sociedad. En su obra cumbre *Ideología y aparatos ideológicos del Estado* (2003), Althusser atiende al hecho de que para que la teoría marxista pueda desarrollarse con plenitud, no debe olvidarse la capacidad que el Estado tiene como “máquina represora” de la clase obrera, la cual se ve sometida al proceso de la extorsión de la plusvalía. Sin embargo, quizá el identificar al Estado como un aparato represor no fue lo único en que Althusser se enfocó. Es más, al culminar sus observaciones sobre el aparato represor del Estado, concluye que hablar solamente de este elemento caería en una teoría puramente descriptiva. Es así que introduce el concepto de los aparatos ideológicos del Estado.

Althusser comprende que los clásicos marxistas se adelantaron en este hecho, pero por otras circunstancias

riamente diferentes cuando estas distinciones se relacionan a los conceptos de ideología y ciencia. Lukács tiende a identificar teoría e ideología con conciencia de clase. Para Lenin la ideología socialista no es una forma de conciencia de clase obrera. Lukács, por el contrario, se refiere indistintamente y en el mismo contexto al rol importante de la conciencia de clase [...] (2008, p. 85)

no pudieron expresarlo del todo bien.¹⁸ Con esto destaca que la imposibilidad que se había gestado al no tomar en cuenta los aparatos ideológicos con los que contaba el Estado y ejercía su coerción:

En realidad, los clásicos del marxismo, en su práctica política, han tratado al Estado como una realidad más compleja que en la definición dada en «la teoría marxista del Estado» [...] Ellos reconocieron esta complejidad en su práctica, pero no la expresaron correspondientemente en su teoría. (Althusser, 2003, p. 23 - 24)

Esta antesala que nos presenta Althusser no es más que la relación que logra establecer entre el Estado y los métodos ideologizantes de los cuales hace uso para no sólo reprimir, sino ejercen control sobre el proletariado. Por tanto, sugiere la existencia de una ideología de Estado, como suplemento a este último y que sin él, este no podría completar su dominio:

Para hacer progresar la teoría del Estado es indispensable tener en cuenta no sólo la distinción entre *poder de Estado* y *aparato de Estado*, sino también otra realidad que se manifiesta junto al aparato (represivo) de Estado, pero que no se confunde con él. Llamaremos a esa realidad por su concepto: *los aparatos ideológicos del Estado*. (Ibíd, p. 24)

18 Sin embargo, no por ello olvida la importancia que tuvo Gramsci al ser (al menos para Althusser) el único marxista que se percató de esta relación —entre el Estado y sus aparatos ideológicos— mas no desarrolla por completo este vínculo en su teoría.

Por consiguiente, Althusser identifica ocho aparatos ideológicos del Estado: religioso, escolar, familiar, jurídico, sindical, de información y cultural. De esta manera, Althusser desarrolla todo un aparato teórico y crítico de la ideología, con lo cual enmarca la existencia de un complejo tejido de relaciones subyacentes en toda sociedad donde se manifiestan este tipo de aparatos ideológicos.

Cabe señalar que si bien Althusser es el primer marxista que le dedica un estudio intensivo a la función social de la ideología, no por ello este concepto deja de tener un carácter negativo en la gran mayoría de su discurso. No obstante, hay que remarcar la importancia que realiza al recuperar un concepto que ha cambiado constantemente en el devenir histórico occidental y no sólo eso, sino el haber incorporado a la teoría marxista este concepto que ayudaría a explicar cómo se constituyen las prácticas y relaciones sociales en un determinado sistema. Esta es la gran valía de los aportes de Althusser, ya que el hecho de conceptualizar la ideología como una forma con la que los individuos se relacionan entre sí en la sociedad, inaugura una de las aportaciones del concepto en su acepción más actual en las ciencias sociales. Para él la ideología deja de ser vista como falsa conciencia o como una suerte de enga-

ño, sino que va más allá y sitúa a este elemento teórico en un factor determinante en todo entramado social.

Sin embargo, quizá lo que más nos interesa en cuanto a los aportes teóricos althusserianos, es la forma en que concibe a la ideología y que de cierta manera establece el paradigma más reciente con respecto al concepto: la ideología no tiene historia.

Con esta observación, Althusser no intenta decirnos que la ideología carece de un antecedente conceptual-histórico, o que no ha tenido un peso y desarrollo en la historia. Todo lo contrario, Althusser explicita que estas dos características son inherentes al concepto y más bien, lo que él intenta decir, es que la ideología es transhistórica, eterna, omnihistórica: en toda época y sociedad, ciertos atisbos ideológicos han estado presentes, pero de distintas maneras.

Si eterno no quiere decir trascendente a toda histórica, sino omnipresente, transhistórico y, por lo tanto, inmutable en su forma en todo el transcurso de la historia, yo retomaré palabra por palabra la expresión de Freud y escribiré: la ideología es eterna, al igual que el inconsciente, y agregaré que esta comparación me parece teóricamente justificada por el hecho de que la eternidad del inconsciente está en relación con la eternidad de la ideología en general. (Ibíd, p. 42-43)

Con esta observación última, Althusser perpetúa la vigencia de su desarrollo teórico-conceptual brindando al concepto de ideología un carácter que trasciende las fronteras históricas y culturales para asentarse en el núcleo de toda sociedad. Esta última caracterización que realiza Althusser, nos permite recalcar la validez y vigencia que aún se presenta al hablar de lo ideológico en la sociedad y practicidad transhistórica a la que se refiere, brindando una posibilidad muy amplia al hablar de la ideología y sus alcances teóricos.

2.4. La ideología en nuestra contemporaneidad

Una vez que se ha visto el desarrollo que ha tenido el concepto de ideología en el devenir histórico, es de suma importancia considerar las propuestas teóricas contemporáneas que apuestan por el estudio de la o las ideologías y su influencia en las sociedades contemporáneas. Para este efecto, se han considerado los trabajos de Teun Van Dijk y Slavoj Žižek: el primero realizando la articulación de la ideología y el discurso; el segundo, observando cómo la ideología se presenta hasta en las prácticas y representaciones sociales más ínfimas, es decir, en la cultura misma. Por estas particularidades tan especiales sobresalen del

resto los aparatos teóricos de estos autores, ya que en estas mismas características se inscribe la relación de la literatura, la ideología y la cultura, como campo en el cual se desarrollan.

Por consiguiente, los planteamientos de estos autores en cuanto al desarrollo de la ideología nos permiten destacar, en primer lugar, la importancia que sigue teniendo este concepto en nuestra contemporaneidad y, en segundo, el desarrollo continuo que se ha hecho de este mismo, después de los planteamientos y aportes de Althusser, los cuales han avanzado de tal manera que ya no sólo se ve desde un enfoque marxista, sino que ha trascendido hasta uno multidisciplinar como en el caso de estos dos teóricos.

2.4.1. Ideología y discurso

Como si de un estigma que acarrearía sobre sus hombros, el concepto de ideología se ha sumido en la vieja concepción marxista de falsa conciencia. No es hasta Althusser que se comenzó a prestar atención como un elemento más de las prácticas y relaciones sociales. Sin embargo, si Althusser sentó las bases para los estudios sistemáticos de la ideología en la praxis social, no es hasta tiempo después que se

contempla a este elemento en un entramado más complejo en el que el estudio disciplinar no es suficiente para su análisis.

En este punto llegan los fundamentos teóricos de Teun Van Dijk, que en el intento de establecer una propuesta que relaciona la ideología y el discurso, va más allá y plantea una actualización teórica y epistemológica para el concepto. Por consiguiente, el trabajo emprendido por este teórico logra crear una explicación pormenorizada de lo que son, cómo actúan y qué puede ser o no la o las ideologías. Es así, que en primer lugar desarrolla una definición para este concepto tan escurridizo:

La primera suposición es que cualesquiera sean las ideologías, son principalmente algún tipo de 'ideas', es decir, son *sistemas de creencias*. Esto implica, entre otras cosas, que las ideologías, como tales, no comprenden las prácticas ideológicas o las estructuras sociales (p.ej., iglesias o partidos políticos) basadas en ellas. También implica que una teoría de la ideología necesita un componente cognoscitivo que pueda dar cuenta apropiadamente, por ejemplo, de las nociones de 'creencia' y de 'sistema de las creencias', dado que de éstas se ocupa la ciencia cognoscitiva contemporánea. (Van Dijk, 2005, p. 10)

Sin embargo, la característica que define a las ideologías como un sistema de creencias no es lo más novedoso en la propuesta teórica de Van Dijk, puesto que para él,

este sistema de creencias no tiene un alcance mayor si no se contextualiza en el espacio social. Esto es clave a la hora de definir el espacio en el que emergen y actúan las ideologías, ya que nos habla de que su carácter social es una de las características más importantes:

[...] las ideologías no son solamente un conjunto de creencias, sino creencias socialmente compartidas por grupos. Estas creencias son adquiridas, utilizadas y modificadas en situaciones sociales, y sobre la base de los intereses sociales de los grupos y las relaciones sociales entre grupos en estructuras sociales complejas. (Van Dijk, 2006, p. 175)

Es precisamente en este entorno —la estructura social— donde no sólo se adquieren, utilizan y modifican, sino que a su vez se reproducen. Asimismo, para darse la reproducción ideológica es necesario de un componente, en suma fundamental para este proceso, el cual es el discurso ya que forma parte esencial de la interacción social.

Por otra parte, Van Dijk identifica dos formas o dimensiones ideológicas dentro de dos distintos grupos sociales. Distingue entre ideologías positivas y negativas, mismas que pertenecen a los grupos en el poder y a los dominados, respectivamente. Sin embargo —y a pesar de hacer esta distinción entre grupos sociales— identifica un factor

fundamental dentro de estas dos dimensiones ideológicas:
el de la auto-conservación de los intereses del grupo:

[...] las ideologías sirven típicamente para legitimar el poder y la desigualdad. Igualmente, se piensa que las ideologías ocultan o confunden la verdad, la realidad o las «condiciones objetivas, materiales, de la existencia» o los intereses de las formaciones sociales.

Además de esas funciones más negativas de la ideología, podemos agregar que las ideologías sirven positivamente para habilitar a los grupos dominados, crear solidaridad, organizar la lucha y sostener la oposición. Y tanto en su aspecto negativo como en el positivo, las ideologías sirven para proteger los intereses y recursos, aun en el caso que sean privilegios injustos o condiciones mínimas de existencia. (Ibíd, p. 178)

Es así, que esta diferenciación nos permite observar este concepto, no sólo en el sentido marxista de «falsa conciencia» sino como un sistema de creencias que mantienen un vínculo con los grupos sociales, las relaciones de poder que se gestan dentro del mismo y los intereses que cohesionan o fragmentan su núcleo. Esto es primordial en la teoría hecha por Van Dijk, ya que logra apreciar dos polos de acción social de las ideologías: uno positivo y el otro negativo. De la misma forma, podemos referir que no sólo existe una ideología dominante cual fin último es la conservación del ejercicio de poder, sino que también la ideología

sirve para crear resistencia, unificando y cohesionando los grupos subalternos. En este aspecto:

Así, las ideologías no son creencias personales de personas individuales; ellas no son necesariamente `negativas' (hay ideologías racistas así como las hay antirracistas, comunista y anticomunistas); no son algún tipo de `falsa conciencia' (lo que sea que eso signifique); no son necesariamente dominantes, pues también pueden definir resistencia y oposición [...] (Van Dijk, 2005, p. 11)

Con esta propuesta teórica nos alejamos de los aspectos negativos que se le achacaron con las primeras observaciones hechas por Marx y que de cierta manera sólo nos mostraba a la ideología como una falsa conciencia. Además, se abona al trabajo desarrollado por Althusser, ya que no sólo podemos constatar la existencia de una ideología dominante, sino la ideología vista como un sistema de creencias que también ayuda a los subalternos a crear resistencia a la dominación ideológica. Pero quizá el aspecto más llamativo que plantea este lingüista, es la de la ideología como sistema social-discursivo que permite mantener cierta cohesión en grupos determinados, permitiendo la reproducción y conservación ideológica.

2.4.2. La lectura lacaniana de Zizek: más allá de la ideología

Hasta el momento hemos visto que el desarrollo de la ideología se ha presentado desde perspectivas diversas desde su primera enunciación con Destut de Tracy, pasando por posteriores marxistas que deciden retomarla y re-conceptualizarla: Gramsci y Althusser. Van Dijk nos ha brindado un atisbo de cómo los teóricos contemporáneos han seguido trabajando con este concepto, así como los nuevos aportes epistemológicos que han realizado en analogía con el estudio de la o las ideologías. Pero quizá uno de los teóricos actuales que más atención le ha prestado al desarrollo y vigencia de este concepto en nuestra contemporaneidad es Slavoj Zizek.

Zizek postula que la lectura de la ideología debe ser vista desde un enfoque lacaniano. Si Althusser, años atrás había propuesto una lectura freudiana de Marx, Zizek realiza la misma tarea al poner bajo la lupa —pero esta vez— a la teoría ideológica de Althusser, bajo la perspectiva de Lacan.

La tarea que Althusser se propuso, la complementa y desarrolla Zizek: ver en los textos de Marx —y más precisamente en los de Althusser— aquello que está oculto y que

no puede ser develado a simple vista, señalando la simetría que existe en estos dos teóricos en cuanto a la forma tan peculiar de leer los marcos conceptuales marxianos. Además de esto, también se nos expone otra simetría, pero esta vez con Van Dijk, en cuanto a la forma de describir la ideología misma y es precisamente en este desarrollo tan minucioso que Žizek destaca por encima de otras corrientes teóricas contemporáneas, brindando un aliento renovador al estudio de la ideología y atando los eslabones que algunos teóricos han dejado sueltos.

Como vimos con anterioridad, para Van Dijk, la ideología es un sistema de creencias que estructura un determinado núcleo social creando hegemonía y cohesión entre sus miembros, permitiendo la unión y coexistencia del mismo. Žizek, de la misma forma que Van Dijk, plantea que la ideología es un conjunto de creencias, pero a diferencia del primero, él va más allá y plantea cómo se conforma este conjunto de creencias. Para Žizek, plantearse la pregunta de cómo se llega a creer o cómo se conforma una creencia, es crucial para entender la teoría de la ideología. No obstante, para Žizek, la conformación de la creencia —o sistema de creencias como lo concibe Van Dijk— se constituye

a partir de la costumbre. Este ve en Pascal¹⁹ la solución de lo que Althusser pasó inadvertido:

Lo que distingue a esta «costumbre» pascaliana de la insípida sabiduría conductista («el contenido de tu creencia está condicionado por tu conducta de hecho») es el estatus paradójico de *una creencia antes de la creencia*: si sigue una costumbre, el sujeto cree sin saberlo, de modo que la conversión final es simplemente un acto formal por el cual reconocemos aquello en lo que ya creemos. Dicho de otra manera, lo que la lectura conductista de la «costumbre» de Pascal omite es el hecho crucial de que la costumbre externa es siempre un soporte material para el inconsciente del sujeto. (Zizek, 2003, p. 69)

Como puntualiza Zizek, la diferencia entre la creencia antes de la creencia pascaliana y la creencia conductista²⁰ radica en que el primero apela a la costumbre como acto modelador de la creencia formal posterior; es un acto que predispone al sujeto crear la ilusión de que cree antes de creer. Esto no sólo arroja luz sobre el concepto de Van Dijk,

19 Zizek identifica, sirviéndose de la lectura que hace de Pascal, el punto nodal que activa el mecanismo de la creencia (sin cuestionamientos) que se tiene de las leyes y costumbres. La creencia en las leyes y/o costumbres es efectiva no porque haya documento de verdad en sí mismas, sino que su *antigüedad* legitima su carácter de ley o costumbre sirviendo, a su vez, como una prueba de veracidad.

20 La diferencia se instaura en el ejemplo que menciona el autor: «el intelectual burgués tiene las manos amarradas y los labios sellados. Aparentemente es libre, ligado únicamente a la argumentación de su razón pero en realidad está penetrado de prejuicios burgueses. Estos prejuicios no lo dejan suelto, de modo que no puede creer en el sentido de la historia, en la misión histórica de la clase obrera. Entonces, ¿qué puede hacer?» (Ibíd, p. 68-69)

sino que a su vez, nos ayuda a clarificar cómo los Aparatos Represivos del Estado, de Althusser, son interpelados por los Aparatos Ideológicos. Un ejemplo claro es la Iglesia en conjunción con la Familia (como aparatos ideológicos). Estos construyen la pertenencia a una determinada religión antes de tener conciencia de ello: la costumbre crea la ilusión de creencia antes de concebirse como un creyente, ortopedizando el inconsciente, fungiendo como un soporte para este fin. En otras palabras, lo que Zizek observa es que «la construcción ideológica siempre encuentra sus límites en el terreno de la experiencia diaria que es incapaz de reducir, de contener, de absorber y aniquilar este nivel» (Ibíd, p. 80). Por tanto, el nivel cotidiano de la ideología afecta, de tal manera, que es parte importante en la construcción de un sistema de creencias.

No obstante, esta propuesta teórica no es la única que sobresale. Si bien, el hecho de instaurar la ideología en el espacio cotidiano —la experiencia diaria de la que nos habla el autor— también nos proporciona un aporte que complementa la teoría de Althusser y de Van Dijk. Este otro complemento de los puntos que desarrolla Zizek para su teoría de la ideología es el de la *multipertenencia ideológica* que se resume en la existencia de una multiplicidad de ideologías, mismas que pueden convivir al mismo tiempo —o no— en

el sistema de creencias del sujeto. Pero para llegar a este punto, primero nos ha de decir el cómo y el por qué se da esta multiplicidad. Para este propósito, sugiere la existencia de un espacio ideológico en el que conviven una gran cantidad de significantes:

El espacio ideológico está hecho de elementos sin ligar, sin amarrar, «significantes flotantes», cuya identidad está «abierta», sobredeterminada por la articulación de los mismos en una cadena con otros elementos —es decir, su significación «literal» depende de su plus de significación metafórico. Ecologismo, por ejemplo: su conexión con otros elementos ideológicos no está determinada de antemano; se puede ser un ecologista de orientación estatal (si se cree que sólo la intervención de un Estado fuerte puede salvarnos de la catástrofe), un ecologista socialista (si se coloca la fuente de la despiadada explotación de la naturaleza en el sistema capitalista), un ecologista conservador (si se predica que el hombre se ha de volver a arraigar en su suelo natal), y así sucesivamente. (Ibíd, p. 125)

Este espacio, hasta cierto punto caótico, sólo adquiere su plenitud significativa al existir un punto nodal capaz de jerarquizar esta amplia gama de significados flotantes. Por tanto, si deseamos hablar de ideología política, no podríamos llegar a esclarecer del todo a qué nos referimos con esto, puesto que el significante se encuentra en suspensión, sin ser designado a qué clase de ideología política nos referimos. Sin embargo, aunque esto llegara a parecer con-

fuso y hasta cierto punto arbitrario, Zizek nos explica en qué consiste esta jerarquización o «acolchamiento» como él prefiere llamarle:

Si «acolchamos» los significantes flotantes mediante «comunismo», por ejemplo, «lucha de clases» confiere significación precisa y fija a todos los demás elementos: a democracia (la llamada «democracia real» en oposición a la «democracia formal burguesa» como forma legal de explotación); a feminismo (la explotación de las mujeres como resultado de la división del trabajo condicionada por las clases); a ecologismo (la destrucción de los recursos naturales como consecuencia lógica de la producción capitalista dirigida por la ganancia); a movimiento pacifista (el principal motivo para la paz es el aventurismo imperialista) y así sucesivamente. (Ibíd, p. 126)

Esta forma de configurar un determinado campo ideológico para que pueda ser leído, no sólo permite que este adquiriera inteligibilidad, sino que nos permite ahondar en la *multipertenencia ideológica*. Al hablar de este principio, nos alejamos de lo que comúnmente se creía: la existencia de una ideología única, dominante, capaz de organizar la vida social, Esto mismo nos ayuda a romper con la noción en la que se proclamaba que sólo una ideología podía configurar al sujeto. Con las observaciones hechas por Van Dijk y llevadas al límite por Zizek, esto se aleja, y nos permite vislumbrar cómo distintos significantes pueden crear un campo ideológico articulándose alrededor de un único

significante englobador, mismo que otorga sentido a todo este campo:

Lo que está en juego en la lucha ideológica es cuál de los «puntos nodales», *points of capiton*, totalizará, incluirá en su serie de equivalencias a esos elementos flotantes. Hoy, por ejemplo, la apuesta de la lucha entre neoconservadurismo y socialdemocracia es «libertad»: los neoconservadores tratan de demostrar que la democracia igualitaria que se encarna en el Estado de bienestar, conduce necesariamente a nuevas formas de servidumbre [...] en tanto que los socialdemócratas acentúan que la libertad individual, para que tenga algún sentido, se ha de basar en la vida social democrática, la igualdad de oportunidades económicas y demás. (Ibíd, p. 126-127)

Gracias a este punto nodal que se encarga de articular a los demás significantes en una red compleja, podemos sugerir que existe, por ejemplo, una ideología-política, ya sea socialista o capitalista, basada en la lucha y defensa del medio ambiente por y para determinados fines del grupo en cuestión; por otra parte, podemos observar que un sujeto puede manifestar un determinado eje ideológico feminista, pero que a su vez lucha por los derechos de los animales mientras es miembro de una comunidad presbiteriana, todo esto, sin afectar su multiplicidad discursiva. En resumen, para que la multipertenencia ideológica sea factible, es necesaria la existencia de un nodo que amortigüe a los demás significantes, pero también es posible que se mani-

fiesten de manera simultánea, sin suponer que existe cierta arbitrariedad o contradicción en el proceso discursivo.

De esta manera queda enfatizada la simultaneidad de la presencia de distintas ideologías en un mismo sujeto, permitiendo una amplia gama de ellas, lo que se traduce en una multipertenencia ideológica. Sin embargo, no sólo son estas características que los anteriores teóricos pasaron por alto y que Žizek ha decidido ahondar más. De esta manera también analiza cómo actúa lo que en su momento Althusser denominó Aparato Ideológico Cultural. Conocer esto es imprescindible para este trabajo, puesto que el arte —y de manera más específica la literatura— se encuentra enmarcada en este aparato ideológico. Por ende, no está demás elucidar las aportaciones que Žizek hace con respecto a este Aparato Ideológico en específico.

Si bien Althusser señala que las artes y la literatura son elementos constitutivos de este aparato ideológico cultural, es importante centrarnos en la cultura popular —en la cual se instaura Žizek— para reconocer de qué manera la cultura funciona como reproductora ideológica. En este sentido —y a manera de ejemplo— Žizek determina que una de las mayores productoras ideológicas de nuestra contemporaneidad es Hollywood y, para demostrarlo, realiza una lectura de una producción emblemática de esta

maquinaria.²¹ Con esta observación, nos apunta y ejemplifica brevemente en que hubiera consistido el aparato ideológico althusseriano si su teórico hubiera desarrollado cabalmente la descripción del mismo:

El superficial marxismo hollywoodense de Cameron —el modo en que privilegia las clases bajas de un modo excesivamente obvio, así como su descripción caricaturesca del cruel egoísmo y oportunismo de los ricos— no debería llevarnos a engaño. (Zizek, Alemán, & Rendueles, 2007, p. 13)

Esta lectura que realiza el teórico, es sólo una muestra de lo que devela una obra de estas características. Sin embargo, es importante recalcar que lo realmente importante no radica en la exhibición de la ideología imperante en la película; tampoco podríamos señalar que el punto nodal es que, en efecto, esta película contiene una fuerte carga ideológica o que el director antepone los pobres a los ricos. Lo verdaderamente atrayente (y aquí podemos señalar tres puntos) de este apunte que realiza Zizek es que, en primer lugar, deja al descubierto la visión muy característica que tiene el director sobre una determinada relación de clases privilegiando la una sobre la otra; este punto de vista, aunque en la praxis social sea factible, no deja de estar matiza-

21 En la obra *Arte, ideología y capitalismo* (2007), Zizek traza un esbozo que identificando la ruta ideológica propuesta en la película *Titanic* (2007) del director James Cameron.

da por el director: este crea una caricatura sobre este tipo de relación dejando ver la empatía que siente o creando una ilusión para el espectador, en el que este último debe tomar esa empatía como auténtica; vemos, cómo a partir de un acontecimiento historiográfico, el arte —y muy específicamente el cine— crea una fantasía ideológica para este acontecimiento, permitiéndonos aproximarnos al funcionamiento del aparato ideológico cultural.

Si bien, estas son algunas aproximaciones, no cabe duda que las elucidaciones de Žižek complementan lo que la teoría althusseriana dejó en suspenso. Por otra parte, también nos ayuda a entender complementando algunos conceptos de los que Van Dijk se sirve pero que, de la misma manera que Althusser, no prestó mucha atención por desarrollar y que en definitiva son imprescindibles para comprender la construcción de una teoría de la ideología.

CAPÍTULO TRES

EL MUNDO DE LOS ESPEJOS: LA CONFIGURACIÓN IDEOLÓGICA EN EL DISCURSO NARRATIVO — LITERARIO

Para poder establecer una conexión entre el contexto con el texto literario, así como para la identificación de la ideología en este último, es necesario establecer, en primera instancia, cómo se aprehenden ciertos elementos del mundo (fenoménico) de la acción en la narración —en este caso— literaria. Por otra parte, también será imprescindible identificar en qué apartados puede existir un aspecto ideológico de relevancia. Por ello, la propuesta metodológica para cumplir con este cometido será partiendo de la triple mimesis de Paul Ricoeur así como la identificación de los ideologemas, concepto propuesto por Bajtín.

A su vez, es importante destacar la importancia que también cobran distintos aspectos estructurales de la novela. Es por ello que el análisis narratológico también se incorpora a esta propuesta metodológica. No obstante, esto no implica que se lleve a cabo la distinción de todos los elementos de la estructura, sino más bien, este trabajo se centra en lo que la misma narratología considera como los

elementos fundamentales de su estudio: el espacio, el tiempo y la relación actante-actor-personaje.

En consecuencia, partiremos de los elementos estructurales de la narración para culminar con el análisis hermenéutico propuesto por Paul Ricoeur. El punto de coyuntura —y transición— se constituye con el concepto de ideograma de Bajtín, ya que de cierta forma este tiene implicaciones tanto estructurales como fenoménicas. Lo dicho con anterioridad se expone en los distintos apartados que tienen como intención ahondar en la profundidad de *Nudo de serpientes*: su estructura, su relación con la historia del EZLN y, por supuesto, la ideología que se representa en ella.

3.1. Las dimensiones estructurales en *Nudo de serpientes*

Llegado a este punto debemos comenzar a adentrarnos en lo que la novela *Nudo de serpientes*, de Alejandro Aldana Sellschopp,²² implica no sólo en la re-construcción de un

22 Escritor chiapaneco, oriundo de Yajalón. Realizó estudios en leyes en la Facultad de Derecho de la UNACH, ubicada en San Cristóbal de las Casas. Sin embargo, se ha desempeñado como escritor, llegando a desarrollar distintos géneros literarios como la poesía, el cuento y la novela. Su producción literaria ha abarcado distintos temas que van desde los problemas sociales que aquejan a la región hasta la creación de una obra teatral que apuesta por el público infantil.

pasado en el cual convergen tanto los inicios del EZLN como los distintos agravios cometidos a los indígenas de la región. Además, basta decir que también plantea una forma muy peculiar de ver estos distintos acontecimientos bajo una delicada lente ideológica. Con esto quiero hacer énfasis en que existen niveles —o dimensiones, como lo he querido nombrar— que están presentes a lo largo del desarrollo de la novela. Sin embargo, a pesar de la existencia de estas dimensiones, la novela no pierde radicalmente el significante principal, mismo que articula a los demás.

Por otra parte, resulta indispensable hacer notar que el punto de partida para el análisis de *Nudo de serpientes* radica en la estructura misma de la novela. Es decir, esto implica que para poder acceder al carácter ideológico es necesario conocer de qué manera se organiza la novela: los actores/personajes, el tiempo, tipo de narrador, lugar, entre otros. Con la identificación de este tipo de estructuras que se pueden apreciar a simple vista, podemos vislumbrar las estructuras subyacentes de la obra. Sin embargo, esto no implica que el análisis estructural esté por encima del hermenéutico. Como bien lo hace notar Paul Ricoeur, la diferencia del análisis (puramente) estructural en la obra de ficción —con esto se refiere a la mimesis II— implica

que no se tomen en cuenta otros aspectos que para la hermenéutica resultan más que relevantes:

En cambio, incumbe a la hermenéutica reconstruir el conjunto de las operaciones por las que una obra se levanta sobre el fondo opaco del vivir, del obrar y del sufrir, para ser dada por el autor a un lector que la recibe y así cambia su obrar (Ricoeur, 2004, p. 114)

Volveré más adelante a esta reflexión que hace Ricoeur, puesto que no sólo implica hacer notar la importancia de la teoría de la recepción y con ello la del lector, sino que la relación del lector y autor es más honda e implica, a su vez, cierta configuración ideológica, puesto que el autor escribe con fines éticos sin lograr una neutralidad en cuanto a los juicios de valor que pueda emitir al momento de configurar la narración. Estos fines, a su vez, implican una intencionalidad por parte del autor: esto culmina en la recepción y el cambio del obrar del que habla Ricoeur. Sin embargo, para no adelantar conclusiones, es necesario recurrir al análisis estructural sin menospreciar u olvidar los demás estadios de la mimesis tal y como los ha sugerido el mismo Paul Ricoeur. Esto constituye el círculo hermenéutico de la triple mimesis.

De cierta forma, emulando a Ricoeur, se pueden constatar tres dimensiones en las que la ideología se desplaza.

Una se encuentra en el carácter estructural de la novela, otra en el discurso que presentan los distintos actores que se sitúan en el mundo del texto y la última la del autor que, mediante su obra, tiende a mostrar a sus lectores cómo significa su mundo. Estas tres dimensiones no conforman una jerarquía y el orden en que se presentan no significa que una tenga más importancia que la otra. Más bien, se encuentran íntimamente relacionadas y su articulación nos permite vislumbrar toda la red ideológica que compone la obra.

3.1.1. La dimensión del espacio y el tiempo en la novela

En un jacal en el que dos hombres se encuentran rodeados ante la inmensidad de la selva; en el que cada uno de ellos se encuentra sumido en sus cavilaciones; uno yace secuestrado y el otro le acompaña en su desdicha: los dos cobijados por la penumbra. En una imagen que evoca la nostalgia por un pasado irreconciliable, la escena principal con la que comienza *Nudo de serpientes* nos remite a un acontecimiento en la historia reciente de Chiapas, misma que da inicio y fin a la novela. Conforme vamos avanzando con el texto nos percatamos que estos dos hombres (sin más presentaciones) son nada más y nada menos que el personaje

principal —el mayor Moisés— y su antagonista, el general Augusto Castillejos —el *alter ego* del otrora gobernador de Chiapas Absalón Castellanos— quien yace secuestrado por el primero. Sin embargo, esta escena sólo indica algo que está a punto de suceder, puesto que inmediatamente después el mayor se sumerge en una retrospectiva en la que comienza a recordar desde el primer instante en que conoció al general Castillejos —cuando su padre y él trabajaban como campesinos al servicio del general— hasta su incursión a las filas del EZLN y su formación como sujeto conciente de lo que sucedía en su contexto y en el mundo.

Si bien, esto es sólo el comienzo de la novela, podemos distinguir que el tiempo en la obra no es lineal, sino que se van presentando *flashbacks* que nos dan cuenta, en el caso de Moisés, del proceso por el cual logra tomar conciencia de clase dejando de ser parte de los indígenas explotados; en el caso del general Castillejos la conciencia histórica viene de la mano de Bernal Díaz del Castillo, el cual se le presenta en alucinaciones ocasionadas por la fiebre que adquiere al llegar a la selva y que le recuerda su incompetencia por haber permitido la sublevación indígena. Estos dos tiempos que se presentan en la novela —uno más inme-

diato y otro de larga duración— se despliegan de manera estructural en las tres secciones de la obra.

Los tres capítulos de la novela llevan por nombre: Los caminos de la consciencia, El general y el soldado y Las venas abiertas de Wolonchán.²³ Estos nombres auguran, de cierta manera, el desarrollo que llevará la novela. Sin embargo, es evidente que el recurso que el novelista utiliza para explicar la serie de vejaciones que han sufrido las comunidades indígenas de Chiapas —y con esto comenzar a urdir la trama ideológicamente—, se ve reflejado en la utilización constante de los *flashbacks*, mismos que nos proporcionan una mirada panorámica de la historia de la entidad. Por tanto, podemos afirmar que el tiempo juega un papel fundamental en la estructura de la obra. Es gracias a este tiempo en desarrollo²⁴ que se logra profundizar en la serie de relaciones que entablan los distintos actores. La cronología que se presenta es la de constantes saltos en el tiempo que dan testimonio, no solamente del cómo se constituye el mayor Moisés como personaje, sino del cómo

23 Wolonchán, palabra en tzeltal que significa nudo de serpientes, además de dar sentido al nombre de la novela, funge como lugar importante en la misma, al ser esta una finca en la que se llevó a cabo una matanza de campesinos en 1980.

24 Mieke Bal distingue dos tiempos que se presentan en toda narración literaria: la crisis y el desarrollo: «el primer término indica un corto espacio de tiempo en el que se han condensado los acontecimientos; el segundo, un periodo mayor que presenta un desarrollo» (Bal, 1990, p. 46)

se constituyó parte la historia de Chiapas. Sin embargo, no toda la historia del estado le es de interés al novelista: la elección de los elementos que elige para construir la trama tienen un fin: ser un memorial de agravios de los indígenas chiapanecos. Si bien la elección de los elementos que construyen la trama alcanzan un carácter ideológico al momento de su elección, no se constituyen en su totalidad hasta que el tiempo y el espacio en el que se funden logran que alcance toda su significación. Por consiguiente, no podemos hablar o realizar un análisis pormenorizado de la estructura de la narración sin centrarnos en esta relación tempo-espacial.

3.1.1.1. El cronotopo: la conjunción del tiempo y el espacio

Para esclarecer cómo el espacio, al igual que el tiempo, resulta determinante a la hora de establecer el análisis de las estructuras narrativas, es conveniente observar cómo estos dos aspectos se conjugan para dar lugar al concepto de cronotopo, desarrollado por Bajtín en la obra *Estética de la creación verbal* (1997). Para la constitución del cronotopo

se sugiere²⁵ una suerte de características por las cuales el tiempo y el espacio no pueden estar disociados:

La fusión de los tiempos (del pasado con el presente), la plenitud y la claridad de los signos visibles del tiempo en el espacio, la imposibilidad de separar el tiempo del suceso del lugar concreto donde tuvo lugar, la relación visible y esencial entre los tiempos (el pasado en el presente), el carácter creativamente activo del tiempo (del pasado en el presente y del pasado mismo, la necesidad que caracteriza al tiempo, que liga el tiempo al espacio y a los tiempos entre sí [...] (Bajtín, 1997, p. 234)

Esta visión tan peculiar que tenía Goethe del tiempo y el espacio, es recuperada acertadamente por Bajtín para disponer de ella como un todo, en el que esta ecuación nos eleva a la complejidad del tiempo histórico, porque, qué es el tiempo histórico sino el tiempo humanizado; esto es comprensible al ver la huella humana a través del tiempo en un determinado lugar; ver cómo determinada geografía

25 Bajtín sugiere la inclusión del cronotopo, pero este sólo deviene a partir de la manera tan peculiar en que Goethe concebía al espacio-tiempo. Para él, no había algo más absurdo que concebir un determinado lugar sin la acción de la mano humana; la apreciación arqueológica de ciertas ruinas le parecían aberrantes, ya que aislaban al pasado como si su presencia en el presente y futuro no tuvieran más relevancia. De esta manera, Bajtín observa que «en el mundo de Goethe no hay sucesos, argumentos, motivos temporales que sean indiferentes en relación con el determinado lugar espacial donde tienen lugar; no hay sucesos que podrían cumplirse en todas partes o en ninguna» (p. 235)

despierta la ira o la avaricia por sus condiciones materiales o subjetivas.

Esta serie de observaciones son las que nos permiten ver con claridad los lugares en *Nudo de serpientes*. Pasan de ser simples fincas (El Momón, Wolonchán, etcétera); ciudades como efígie de abuso y hostilidad —San Cristóbal, Comitán, Ocosingo— o centros de resistencia —algún indeterminado lugar en la selva—. Estos lugares pasan de ser simples escenarios —urbanos o rurales— para convertirse en los cronotopos de la novela: espacios donde el tiempo ha confluído y ha creado centros en los que se generan conflictos ideológicos.

En este punto podemos remitirnos a observar los cronotopos como lugares en los que se efectúan distintas luchas ideológicas pero hay que señalar que además de ser testigos mudos también son detonadores de este tipo de conflictos.

En este sentido los lugares que aparecen narrativizados en la novela —además de ser referenciales— constituyen lugares (comunes) en los que los personajes llevan a cabo una serie de acciones, pero también sitúan al lector en un contexto en el que se efectúan distintas luchas de intereses y, por tanto, luchas ideológicas. Los cronotopos que se muestran a continuación abarcan dos de las tres categorías

definidas (tiempo, espacio y personajes) a lo largo de la fábula de la novela.

Cronotopos	
Fincas (lugares de explotación)	Ciudades (liberadas)
San Miguel	San Cristóbal de Las Casas
El momón	Comitán de Domínguez
Wolonchán	Las Margaritas

Los cronotopos que se presentan agrupados en las categorías anteriores, representan, a su vez, cierta consistencia ideológica. Por una parte, si nos concentramos en las fincas en las que se da una relación de explotación, nos encontraremos que se vincula a la sumisión, sobreexplotación y agravios, no sólo cometidos a los indígenas foráneos y nativos de esos lugares, sino al mismo ecosistema. Es así que el símbolo de la explotación (natural y humana) sobresale al ubicarlos en el discurso narrativo de la novela. Estos espacios funcionan como los detonantes por los cuales algunos de los personajes (el Cochi y Moisés) son impulsados a buscar otras alternativas a las que se experimentan en esos centros de explotación. Cabe destacar que al igual que los cronotopos, existen otras implicaciones a lo largo de la historia que los llevan a iniciar esta búsqueda (en el caso

del Cochi) o simplemente suelen suceder de manera fortuita (el encuentro de Moisés con Tania), pero que de cierta manera el cronotopo en el que se desarrollan estos acontecimientos juega un papel fundamental. Del grupo de los centros de explotación, destaca Wolonchán, ya que es en este espacio donde se genera uno de los acontecimientos que dan continuidad a la trama: la matanza de campesinos en resistencia. Este espacio se encuentra imbuido por el tiempo histórico de la novela: en varios episodios se muestra cómo es abordado por distintos personajes desde sus respectivas perspectivas ideológicas, además de significar el poderío de los terratenientes en Chiapas hacia los inicios de 1980.

Por el contrario, si en el primer grupo nos encontramos con esta serie de significados flotantes, en el segundo los cronotopos son más profundos. Esto quiere decir que es el ejemplo del cronotopo bajtiniano por antonomasia; los lugares que no sólo son espaciales sino temporales en todo su significado. Para esto nos remitimos a las figuras de Comitán de Domínguez y San Cristóbal de Las Casas, espacios en donde los conquistadores españoles se apostaron con su vanguardia militar, política y religiosa; ciudades que se erigieron a partir de la explotación del indio, y los recursos naturales, visto desde un tiempo histórico

largo. Pero también —incorporado a este espacio— la imagen de un antiporfirista como lo fue Belisario Domínguez, combatiendo contra un régimen opresor. Y sumando más factores a la ecuación, la irrupción y toma de estas ciudades por el EZLN. A esta raigambre histórica es a lo que se refería Bajtín cuando hacía referencia al análisis del espacio en comunión con el tiempo: ver el pasado no como algo ajeno, sino como tiempo que se encuentra latente, en el que el hombre y sus antepasados dejaron su huella a partir de sus distintas acciones. Por ende, estas ciudades no podían ser omitidas de la trama en la novela: si en un punto de su historia representaron (al igual que las fincas) un centro de despojo y explotación, cuando el EZLN asedia estas ciudades, existe cierta reivindicación por parte de los que antaño fueron presos. Este transcurso de presos a opresores, se destaca aún más, puesto que los opresores no desatan su ira en contra de los pobladores: la guerra, dicen ellos, no es contra sus pobladores, sino contra el mal gobierno.

Es así que la importancia que juegan estos cronotopos en el desarrollo de la trama es imprescindible, puesto que en ellos se efectúan los acontecimientos, mismos que son producto de las relaciones de los actores, que a su vez son productores y re-productores de características ideológicas. Además de advertir esto, es necesario señalar la im-

portancia que juega el tiempo en conjunción con el espacio, puesto que esto también es un determinante al momento de concebir el papel de la ideología confluyendo en un determinado tiempo-espacio.

3.1.3. Los actores, actantes y personajes

Como vimos anteriormente, a la importancia que juega el tiempo y el espacio en la construcción de la narración, se le debe agregar la importancia que tienen los actores, puesto que son estos los que se sitúan en esa cartografía espacio-temporal, en la que son los agentes causantes de los acontecimientos, y que, al mismo tiempo, le dan un desarrollo a la narración. Sin embargo, no todos los actores que se presentan en un determinado relato llegan a ser de interés para el análisis estructural de la novela. Si bien, en un primer momento podemos hablar de actores, lo más aconsejable es referirnos a estos como actantes, puesto que sus acciones y filiaciones concretas nos permiten ubicarlos bajo una misma procedencia ideológica:

Un actante es una clase de actores que comparten cierta cualidad característica. Ese rasgo compartido se relaciona con la intención de la fábula en conjunto. Un actante es por lo tanto una clase de actores que tienen una relación idéntica con el aspecto de intención ideológica, el

cual constituye el principio de la fábula. (Bal, 1990, p. 34)

De esta manera tan puntual, Mieke Bal nos enuncia las cualidades que aglutinan los distintos actores que han de cumplir con ciertas características en la narración. Por otra parte, también debemos tener en cuenta la clasificación de la tipología de actantes (ayudantes/oponentes)²⁶ en la trama. En *Nudo de serpientes* se identifica de manera muy específica esta tipología; es así que en un primer instante podemos delimitar esta serie de relaciones de la siguiente manera:

Personaje	Actantes (ayudantes)	Personajes (oponentes)	Actantes (oponentes)
El mayor Moisés	El cochi	Augusto	Aarón
		Castillejos	Gorrdillo
	Tania	Bernal Díaz del Castillo	Rodrigo del Monte
	Pedro		
	Sub Marcos		

En el anterior recuadro visualizamos de qué manera se estructuran los personajes²⁷ los actores y los actantes,

26 Al respecto, Mieke Bal contempla las características del o los ayudantes: a) sólo puede prestar una ayuda no esencial, b) es normalmente concreto y c) suelen ser múltiples. En cuanto al oponente, se presenta ya sea de manera concreta o abstracta y tiene la función de fungir como obstáculo para que se alcance el objetivo principal de la trama.

27 En cuanto a las características del personaje, Mieke Bal enuncia: «Un

mismos que a la vez cumplen con el rol de ayudantes u oponentes, respectivamente. Los ayudantes, por una parte, desempeñan la función de apoyar a Moisés para alcanzar su objetivo final, mientras que los oponentes se estructuran como una barricada que cumplen la función de obstaculizar ese objetivo. No obstante, lejos de esta relación actancial, los actantes, actores y personajes se inscriben en este orden por su desarrollo psicológico y su relación ideológica. La estructura que se presenta en la novela, deja ver las relaciones que existen entre ellos, pero además de estas relaciones, nos permiten ver de qué manera se teje la estructura ideológica en la novela.

Pasamos, pues, de establecer una relación actoral (llevar a cabo una acción específica), actancial (relación semántica) a una relación de personajes, en la que estos son los centros ideológicos de la novela. Los actores sólo actúan, llevan a cabo acciones, pero estos pueden ser desde una máquina hasta un animal, rayando en lo abstracto. Los actantes se agrupan y consolidan en un grupo homogéneo, pero difícilmente se puede ver su desarrollo psicológico.

personaje se parece a un ser humano mientras que un actor no tiene por qué. Lo que significa la similitud en términos narratológicos, y cuales sean sus limitaciones, será algo que comentaremos después. De momento aceptamos que un personaje es un actor con características humanas distintivas. Un actor constituye una posición estructural, mientras que un personaje es una unidad semántica completa» (Bal, 1990, p. 87).

Los personajes, por otra parte, han sido revestidos por todas las caracterizas (ideológicas, psicológicas, etc.) por las cuales nos podemos reconocer ante ellos. Aun así, por las características antes mencionadas, tanto los actantes como los personajes nos son de vital importancia puesto que esto nos abre otra categoría de interés: los ideologemas.

3.2. La prehensión del horizonte ideológico en el texto literario

Para la adscripción de la ideología como un elemento más en el mundo pre-figurado y, consecuentemente, en la configuración de la trama, es necesario partir de los aportes que Bajtín hace al respecto en su obra *El método formal en los estudios literarios* (1994). Si bien, el teórico ruso se centra en la crítica hacia los formalistas y su método de análisis literario, es rescatable la propuesta de asegurar una «poética sociológica» para el análisis de la literatura, no sólo como género u obra literaria en sí, sino como objeto social. Por consiguiente, para Bajtín, el contenido de la literatura debe refractar y reflejar el mundo ideológico del cual también es parte:

La literatura forma parte del entorno ideológico de la realidad como su parte autónoma, en forma de obras

verbales organizadas de un modo determinado, con una estructura específica, propia tan sólo de estas obras. Esta estructura, igual que cualquier estructura ideológica, refracta la existencia socioeconómica en su proceso generativo, y la refracta muy a su modo. Pero al mismo tiempo, la literatura en su «contenido» refleja y refracta los reflejos de otras esferas ideológicas (ética, cognición, doctrinas políticas, religión, etc.) es decir, la literatura refleja en su «contenido» la totalidad del horizonte ideológico, del cual ella es una parte. (Bajtín, 1994, p. 60)

La crítica que realiza Bajtín hacia los formalistas rusos se fundamenta en que estos últimos veían a la obra literaria despojada de todo su revestimiento político, económico, ideológico y, por consiguiente, social. Pero es a partir de esta crítica que Bajtín logra plantear su propia visión de la obra literaria (como objeto enteramente humano y social) y lo que debe competelerle a la crítica y los estudiosos de la literatura. En otras palabras, el mérito de Bajtín y ésta obra en particular, es la propuesta de un método de análisis socioliterario que, a diferencia del formalismo, pone como basamento de la obra literaria todo el sustrato social, esto es, el contexto en el que nace la obra:

La literatura refleja al hombre, su vida y su destino, su «mundo interior», siempre dentro de un horizonte ideológico; allí todo se realiza en el mundo de los parámetros y valores ideológicos. El medio ideológico es la única atmósfera en la que la vida, en cuanto objeto de representación literaria, puede llevarse a cabo.

Sólo al plasmarse ideológicamente, al refractarse por el prisma ideológico, la vida como conjunto de determinadas acciones se convierte en argumento, asunto, tema, motivo. Una realidad aún no refractada ideológicamente, cruda, por decirlo así, no puede formar parte de un contenido literario. (Ibíd, p. 60)

Todo apunta a que la literatura refleja de manera cabal las distintas estructuras del contexto social al que representa. Sin embargo, para Bajtín, este reflejo ideológico —si se quiere ver así— sólo es una fracción de lo «que en verdad es». Es decir, lo que es representado en la novela es sólo la refracción ideológica de un elemento determinado.²⁸ Por tanto, para Bajtín, la imagen de intelectual que representa Bazarov,²⁹ en la obra de Turguenev, representa la imagen del intelectual de la época, pero revestida por la ideología de la nobleza liberal del siglo XIX. A este revestimiento ideológico, el teórico ruso lo nombrará *ideologema*.

Este concepto introducido por Bajtín es de gran utilidad en cuanto a la versatilidad que proporciona. Así, por

28 Esta refracción ocupa el lugar del concepto de representancia de Ricoeur, pero con el elemento de la ideología como añadido.

29 Bajtín utiliza el ejemplo de Bazarov, de Turguenev, para ejemplificar cómo la imagen del *raznochinets* (intelectual) no correspondía a la representación «exacta» del significado que le atribuía a esta imagen. Antes que todo, el modelo de personaje que construye Turguenev para su héroe *raznochinets*, es el modelo de personaje en la conciencia de un grupo social determinado. Por tanto, no es el intelectual sino la imagen que la nobleza liberal (en el caso de Turguenev) tenía sobre el carácter social del intelectual.

ejemplo, el *raznochinets* (Bázarov) es un ideologema de orden ético-psicológico y en parte social, como apunta Bajtin. Pero a su vez, la misma obra literaria puede pasar a ocupar la categoría de ideologema, puesto que nace en un determinado ambiente ideológico, refractando un horizonte ideológico específico. Por consiguiente, para Bajtín será lícito estudiar la estructura de la obra literaria (género, estilo, argumento, tema, motivo) la cual tiene como finalidad el señalar cómo se refleja el horizonte ideológico en el contenido de la misma; también será lícito estudiar la obra en su relación interdependiente con otros discursos literarios desde el punto de vista estrictamente histórico y dependiente de las estructuras socioeconómicas que subyacen a la obra misma. Es por ello que hará una distinción entre los métodos y finalidades —que él mismo propone— de la poética sociológica y la historia literaria respectivamente. En otras palabras, el alcance que el concepto de ideologema tiene, se manifiesta en las dos aristas propuestas por Bajtín. Por una parte, nos permite observar la obra como ideologema en interrelación con otros ideogramas del contexto social; por otra, nos permite hacer esta conexión entre el contexto y el texto que se venía anunciando en Ricoeur y

que para Bajtín será el reflejo del horizonte ideológico en la obra literaria.

Articular el dinamismo de la triple mimesis propuesta por Ricoeur, pasando del tiempo prefigurado al tiempo refigurado a partir del engranaje que se crea con la configuración de la trama y el reflejo del horizonte ideológico en el contenido de la obra literaria, mismo que crea determinados ideogemas (dependiendo del contexto político, económico y social de la enunciación de la obra), nos permite observar cómo se elabora el discurso ideológico en el texto literario.

Pasamos, pues, de la aprehensión del tiempo paulriqueriano, a la aprehensión de la ideología bajtiniana en la obra literaria. Sin embargo, esto no significa una linealidad en el método propuesto para comprender cómo la ideología se «fija» en el texto literario. Más bien (y retomando a Paul Ricoeur) es una espiral en la que en determinado momento se tendrá que trazar un ir y venir entre la triple mimesis/ideograma e ideograma/triple mimesis. No obstante, también es indispensable reconocer la estructura que comprende el corpus del discurso narrativo-literario para

la correcta identificación de los elementos que componen este cuerpo textual.

3.2.1. La relación ideologema-personaje

Como ya se había explicado anteriormente, la importancia a nivel estructural que presentan los personajes va más allá de considerarlos por su complejidad, es decir, por sus rasgos que nos acercan más a su totalidad psicológica: al retrato de la condición humana. Si bien, esto es rescatable a la hora de centrarnos en los rasgos más significativos en una narración, es necesario ir más allá para determinar en qué medida se ubican los rasgos ideológicos en los personajes.

Si a partir de este momento nos ubicamos en el papel que juegan los personajes como símbolos de representación ideológica, podemos deducir que las características que conforman a los mismos recaen en cómo fueron configurados por el escritor, mismo que debió tener una intención fija al querémoslos representar de determinada manera y no de otra; ya sea para realizar una crítica o una apología de un determinado suceso, la manera en que se caracteriza

a los personajes (sus motivaciones, miedos, enconos y hasta fijaciones) determina cómo se presentan ante el lector.

Estas características con las que el narrador decide codificar al personaje ideológicamente, es la razón por la cual podemos ubicarlos dentro del nivel de los ideogramas, mismos que son parte estructural de la novela. Al igual que con el cronotopo, los personajes tienen características muy específicas, pero estas mismas características no vienen dadas, sino que es el novelista quien elige cuidadosamente qué particularidades presentar de un lugar o, en este caso, de un(os) determinado(s) personaje(s).

Esta codificación es la que había dilucidado Bajtín al abordar la representación que hace el novelista de la ideología. Esto implica que los personajes y su discurso representan las unidades mínimas donde se pueden rastrear las manifestaciones ideológicas que los exponen como parte de una compleja red de significaciones en el discurso narrativo-literario.

No obstante, no es de manera aislada que se debe analizar a los personajes, sino que por el contrario, es la compleja red de relaciones que han tejido la que debe ser motivo de discusión y análisis minucioso, ya que esto nos permite darle sentido a nuestra empresa. Así pues, tanto los personajes como la relación que entablan, son el epi-

centro del análisis ideologemático. Esta transición que la narratología observa de actante–actor– personaje, se esclarece al abordar a estos últimos desde su dimensión ideológica, haciendo visible la progresión de los mismos. Esto es más que significativo puesto que toma como referencia no sólo al desarrollo de los personajes sino que también se enfoca en la evolución de su sistema de creencias que conforman su perspectiva ideológica.

Al involucrarnos en estos desarrollos ideológicos — mismos que se encuentran íntimamente compenetrados— observamos cómo se teje esta relación ideológica de los personajes para la construcción del ideologema en la obra.

Para este efecto, regresemos al inicio de la novela y con ello a la relación que entablan el protagonista y el antagonista: Moisés y Augusto Castillejos. En un principio los *flashbacks* que nos muestran la relación entre estos dos personajes nos revelan la construcción ideológica de ambos en función del reconocimiento del otro. Es decir, el proceso de su evolución de actantes a personajes y su estructura ideológica —hasta llegar a convertirse en ideologemas— se encuentran íntimamente relacionadas y, no sólo esto, también se establece a partir de cómo Moisés concibe al general y viceversa; esto se concretiza en una relación en la

que uno no puede existir ideológicamente como tal sin el reconocimiento del otro.

Esto se hace patente al centrarnos en Moi (actante) y la visión que tenía del general mucho antes de su ingreso a las filas del EZLN; de Moisés (actor) una vez dentro de las filas del ejército así como su «despertar» y consecuente desprecio ante los actos egoístas de los finqueros de la región; finalizando con la medida de un mayor Moisés (personaje) que es capaz de dictar una sentencia histórica al general mucho más aguda que la misma muerte. Este progreso —en cuanto al protagonista se refiere— se centra en los momentos específicos en los que Moisés (ahora como ideologema) se constituye como un guerrillero con la capacidad moral e intelectual para juzgar las elecciones políticas de sus antagonistas.

Este proceso que se nos va revelando con el avance de la narración, nos permite observar qué tanto peso —también como ideologemas— adquieren los antagonistas de Moisés para la construcción del mismo: mientras Moisés va configurándose como un actor principal del EZLN de igual manera los antagonistas dejan entrever su papel au-

toritario y despótico que los caracteriza como los enemigos idóneos del movimiento de izquierda.

Esta división tan tajante que hace el escritor en cuanto a las dos partes que fungieron como actores de la guerrilla del noventa y cuatro, se constituyen como dos grupos en los cuales vemos con claridad sus respectivas condiciones de ideologemas: no es lo que «realmente» sucedió, sino que es lo que el escritor —atribuyéndose ciertas licencias— cree que ocurrió en un determinado tiempo-espacio; esto implica, de facto, que las pretensiones de verdad por parte del novelista son nulas y lo que importa, en sí, es el interés por narrar su versión de la historia; su visión del mundo: el escritor urde un como-si ideológico.

3.3. La triple mimesis de Paul Ricoeur

Si en un primer momento nos concentramos en los aspectos estructurales del discurso narrativo-literario, es importante aclarar que para no cometer los mismos errores que los formalistas rusos, los cuales fueron duramente criticados por intentar hacer una separación del texto y su contexto, es imprescindible conocer —y explicar— cómo los aspectos simbólicos, temporales y culturales de un contex-

to social determinado son aprehendidos en la narración. Es en este punto cuando las aportaciones que Paul Ricoeur hace a la teoría de la narración cobran importancia para comprender el proceso que nos interesa observar. Si bien, la intención de Ricoeur era distinta y se centraba en la correlación existente del tiempo fenoménico y la actividad narrativa, algunos elementos puntuales que él distingue son más que indispensables para poder entender no sólo la relación del tiempo y la narración, sino que echan luces sobre otra tipo de relación: el texto literario y el contexto sociocultural del que parte.

Sin embargo esto no puede quedar totalmente explícito sin antes partir de la tarea fundamental de Ricoeur que, en buena medida, se centra en el establecimiento de cómo el tiempo vivido se ancla a la narración. Esta tarea llevó a Paul Ricoeur a elaborar una serie de elucidaciones sobre los momentos —o estadios— en que se construía esta relación. La hipótesis de la que parte en el primer volumen de *Tiempo y narración* se centra en esta premisa:

[...] entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural. Con otras palabras: el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su

plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal (Ricoeur, 2004, p. 113).

Lo que Ricoeur logra identificar, en un primer momento, es que para que el tiempo vivido pueda pasar a ser el tiempo narrado debe existir una mediación. A este eslabón que logra conjugar el tiempo en la narración Ricoeur lo encontrará en la configuración de la trama. Partiendo de esta identificación de la trama como mediadora, Ricoeur identificará, a su vez, tres momentos que le permiten vislumbrar el proceso por el cual el tiempo se humaniza a partir de la narración. A este proceso operativo le nombrará triple mimesis.

Asimismo decide apoyarse de este concepto (la trama) propuesto por Aristóteles en su *Poética*, al señalar que la acción o las acciones son imitadas por el artista. De la misma manera, en la propuesta de Ricoeur, el novelista o historiador hace uso de la imitación de la acción para configurar la trama, es decir, la serie de acontecimientos puestos en orden por el escritor para darle un sentido de totalidad al relato.

De esta forma podemos resumir esta triple mimesis como: mimesis I, o los aspectos temporales de nuestro campo práctico; mimesis II, la construcción de la trama

como mediadora y mimesis III, la re-figuración de nuestra experiencia temporal por la lectura de la narración. «*Se- guimos, pues, el paso de un tiempo prefigurado a otro refigurado por la mediación de uno configurado.*» (Ibíd, p. 115). Esto, no obstante, implica ver sólo la punta del iceberg, ya que de cierta manera la articulación de estos tres momentos de la mimesis completará el círculo que da totalidad de sentido al relato, no sólo en su carácter temporal, sino en todos y cada uno de los elementos que lo configuran.

3.3.1. El tiempo fenoménico: el mundo de la acción y la acción «en» el tiempo

La primera fase de la mimesis involucra el campo de la experiencia temporal. Sin embargo, Ricoeur distingue que además de los aspectos temporales inherentes en la trama, ha de tomarse en consideración que ésta se enraíza en la pre-comprensión del mundo de la acción:

Cualquiera que pueda ser la fuerza de la innovación de la composición poética en el campo de nuestra experiencia temporal, la composición de la trama se enraíza en la pre-comprensión del mundo de la acción: de sus estructuras inteligibles, de sus recursos simbólicos y de su carácter temporal. (Ricoeur, 2004, p. 115-116)

Esta consideración de los tres rasgos (estructurales, simbólicos y temporales) son los que de cierta manera sirven de anclajes para la estructuración de la trama. Es así que en el aspecto estructural, Ricoeur adopta el concepto de *red conceptual* que antepone al del concepto de acción, puesto que pensar una red de acciones supone tomar conciencia que toda acción implica *finés*, *motivos* y *agentes*. Por consiguiente, es en este punto donde se prefigura la narración; donde el novelista configura el sentido ideológico de la obra incorporando —además— su propia concepción del mundo:

Las acciones implican *finés*, cuya anticipación no se confunde con algún resultado previsto o predicho, sino que compromete a aquel de quien depende la acción. Las acciones, además, remiten a *motivos*, que explican por qué alguien hace o ha hecho algo, de un modo que distinguimos claramente de aquel por el que un acontecimiento físico conduce a otro acontecimiento físico. Las acciones tienen también *agentes*, que hacen y pueden hacer cosas que se consideran como obra suya, como su hecho [...] (Ibíd, p. 116-117)

A su vez, las acciones llevadas a cabo por los agentes propician el cambio en el desarrollo de la narración. Los agentes actúan y las consecuencias de sus acciones les llevan a distintas circunstancias. Por otra parte, no basta con esta capacidad de los agentes para la realización de acciones, ya que esta no se daría en su totalidad si no existiera

una interacción con los demás agentes. Esta interacción, como bien menciona Ricoeur, «puede tomar la forma de la cooperación, de la competición o de la lucha» (Ibíd, p. 117) entre los distintos agentes de la narración.

Por otra parte, Ricoeur menciona que la composición narrativa también encuentra en el campo práctico los recursos *simbólicos*. Partiendo de esta premisa, se apoya de las contribuciones de la antropología y, más específicamente, de Clifford Geertz, con lo cual logra identificar este segundo anclaje, el cual se refiere a que si «la acción puede contarse, es que ya está articulada en signos, reglas, normas: desde siempre está *mediatizada simbólicamente*.» (Ibíd, p. 119) El concepto de *mediación simbólica* que adopta Ricoeur es más que significativo para este trabajo, puesto que destaca su rasgo enteramente social y cultural. Para él «el simbolismo no está en la mente, no es una operación psicológica destinada a guiar la acción, sino una significación incorporada a la acción y descifrable gracias a ella por los demás actores del juego social.» (Ibíd, p. 120) Las acciones que producen los agentes, por tanto, son realizadas en un contexto social, mismo que se encuentra mediado simbólicamente. En otras palabras, si la acción nos es inteligible, es

porque se encuentra mediada simbólicamente de tal forma que los símbolos proporcionan las reglas de interpretación.

Agentes, acciones y contexto, tal es la relación que se entabla entre estos conceptos pero que, sin los símbolos como mediadores, su articulación se vería entorpecida. De esta forma, las acciones pueden tener una carga valorativa. En este aspecto de la acción es donde se debe prestar más atención, puesto que:

Con arreglo a las normas inmanentes a una cultura, las acciones pueden valorarse o apreciarse, es decir, juzgarse según una escala preferentemente moral. Adquieren así un valor relativo, que hace decir que tal acción *vale más* que tal otro. Estos grados de valor, atribuidos en primer lugar a las acciones, pueden extenderse a los propios agentes, que son tenidos por buenos, malos, mejores o peores. (Ibíd, p. 122)

Esto implica que no podemos hablar de agentes que realizan acciones, sino de la carga valorativa que se le da a las mismas y que, por tanto, también habrá de caracterizar al agente. Estas acciones serán juzgadas en el plano ético-polarizando: en bueno o malo, con lo cual se incurre en la aprobación o desaprobación.

Por otra parte, también es necesario abordar los rasgos temporales de esta primera fase de la pre-comprensión. Ricoeur niega la existencia de un tiempo pasado, un

tiempo presente y un tiempo futuro. Para él, el tiempo es concebido en un triple presente: un presente de las cosas pasadas, de las cosas presentes y de las cosas futuras. Con esta afirmación —apoyado de Heidegger— Ricoeur identifica que las acciones se realizan «en» el tiempo, es decir, las acciones o red conceptual de acciones adquieren una característica intra-temporal.

Tales son los rasgos primarios que caracterizan la mimesis I o la pre-comprensión del mundo: sus rasgos semánticos, su carácter simbólico y sus estructuras temporales. Estos aspectos esenciales para comprender la estructura de la mimesis I, son de gran utilidad no sólo por el hecho de la comprensión de este primer estadio, sino que a su vez nos abren el telón de un análisis más profundo del discurso narrativo-literario. Esta cortina que se abre y devela una parte fundamental del análisis que hasta hace poco se mantenía velada, nos brinda la oportunidad de ahondar en los aspectos simbólicos y del mundo de la acción.

A diferencia de lo que podríamos pensar, estos elementos no se encuentran —*per se*— en el mundo del texto, sino más bien su origen lo podemos encontrar en el tiempo fenoménico: en aquel espacio donde surgen las acciones en estado puro. Por consiguiente, el texto no nos muestra *la realidad* sino más bien nos confronta con un punto de vista

de ella. Esta afirmación se esclarece si regresamos inmediatamente a nuestro objeto de estudio. El contexto histórico, por una parte, nos muestra distintos fragmentos de lo que ocurrió en enero de 1994 —y mucho antes— con el arribo del EZLN, pero esta serie de fragmentos se encuentran enfrentados o bien encontrados de tal manera que se diseminaron en una serie de comentarios a favor y en contra del acontecimiento: las acciones que causaron repudio y/o admiración fueron rescatadas; los agentes que fueron partícipes (y de los cuales fluyeron las acciones) de este momento fueron glorificados o cuestionados, siempre en función de sus acciones y tanto agentes, como sus consecuentes acciones, se instauraron en un tiempo y espacio determinados, lo cual les dio legitimidad al querer iniciar un levantamiento armado a finales de siglo o por el contrario, fueron deslegitimizados al señalar que sería un intento fallido de las revoluciones del siglo XX. De todos modos, y como quiera que haya sido percibido el levantamiento armado del 94, este generó una serie de opiniones, la mayoría de ellas encontradas, las cuales se orientaron a que fueran pasadas por el tamiz moralino y encasillado en el binomio bueno/malo; de lo correcto y lo deleznable.

Al realizar la identificación, observamos que en el levantamiento armado de 1994 todos estos elementos se

encuentran mediados por la red simbólica. Nos son inteligibles y por tanto podemos atribuirles una valoración en el plano ético. A su vez, esta valoración (ineludiblemete) nos orienta hacia el plano de lo ideológico. Y si en el plano fenoménico de la acción se tiende a esta orientación ético-ideológica, en el mundo del texto este proceso será algo más que evidente.

Podemos expresar, después de haber realizado este recorrido, que el texto no llega a adquirir todo su valor significativo si no parte del mundo de la pre-figuración que es donde se originan las distintas acciones que, posteriormente, urdirán todo el *corpus* de la trama. De la misma forma, las inclinaciones ético-ideológicas que se tienen hacia ciertos agentes y sus acciones se filtran hasta llegar a formar parte del proceso de la configuración de la trama. Esto implica que el conjunto de elementos que integran el mundo de la acción se encuentran profundamente interrelacionados puesto que, como lo ha expuesto Ricoeur, este sirve de estructura simbólica, temporal y cultural de la trama.

3.3.2. Del mundo de la acción a la narración del mundo: la construcción de la trama

La mimesis II nos plantea un nuevo desafío ya que en esta fase se inaugura el reino del como-si, referido de esta forma por Paul Ricoeur. El hermeneuta prefiere este término al de ficción, ya que esto implicaría remitir el concepto como sinónimo de la configuración narrativa y, por otra parte, como antónimo de la narración con pretensiones de verdad como lo es la narración histórica

Como habíamos mencionado al inicio de la mimesis I, la mimesis II cumple la mediación entre el «antes» y el «después» de la configuración: es, pues, el eslabón entre el tiempo y la narración, esto es, la configuración de la trama. Por otra parte, esta función de mediación proviene del carácter dinámico de la operación de configuración, esto permite que adquiriera un sentido más dinámico al poner en juego una serie de elementos que en un principio se suponen heterogéneos pero que, llegado el tiempo, pasan a conformar el sentido total de la narración. Además de este principio —el de su carácter dinámico— la trama también es mediadora por tres razones o principios importantes.

En primer lugar media entre *acontecimientos* individuales y una *historia* tomada como un todo. Esto implica,

en términos de Paul Ricoeur, que «extrae una historia sensata de una serie de acontecimientos o de incidentes [...] o que transforma estos acontecimientos en una historia» (Ricoeur, 2004, p. 131). Estos acontecimientos organizados en una historia coherente forman el primer rasgo característico de esta segunda fase, la cual se ve más detallada en la conformación de la trama de *Nudo de serpientes*. Es así que, si bien la novela intenta profundizar en el proceso de organización del EZLN y su posterior arribo el 1 de enero de 1994 a distintas ciudades de Chiapas, cabe aclarar que también surgen otros acontecimientos que anteceden al principal. Estos acontecimientos —que no son elegidos al azar por el novelista— no sólo actúan como testimonios históricos de las vejaciones hacia los indígenas de la región, sino que también es la intención del escritor por complementar los hechos acaecidos el 1 de enero del 94. Además de esta intención, subyacen los elementos ideológicos que lo posicionan como simpatizante del EZLN y, con la elección de estos otros acontecimientos fuera del plano argumental del EZ, justifica las acciones emprendidas por los neozapatistas. Estos recursos de los cuales se vale el novelista demuestran, por una parte, el beneplácito que significa para el escritor la irrupción del EZLN a finales del siglo; por otro, la elección de los acontecimientos que este realiza, fungen como la conciencia histórica que

el lector de esta novela debe tener y, en caso de no tenerla, se constituye como una obra aleccionadora, en cuanto a la recapitulación de los agravios se refiere.

Con el amalgamamiento de estos incidentes es claro que la introducción de personajes históricos, fines y motivos también es de esperar, aunando la predilección/rechazo de ciertos personajes y sus respectivas acciones —claro está— con cierta carga ética-ideológica. La citada introducción de personajes históricos se ve reflejada en la segunda parte de la novela, donde entra a escena la conciencia histórica del general Augusto Castillejos: Bernal Díaz del Castillo. Éste, además de ser el atormentador de Castillejos, se encarga de enlistar las atrocidades cometidas desde la conquista de México hasta la historia reciente de Chiapas; la llegada a escena de Moisés y el intento de calmar al General Castillejos diciéndole: «Cálmese, a lo mejor es el fantasma de toda esta historia» (Aldana Sellschopp, 2007, p. 150) develan al personaje de Bernal Díaz del Castillo como un inquisidor, más que como un simple espectro histórico. Lo cierto es que el fantasma de Díaz del Castillo resulta un recurso importante para sustentar toda la serie de agravios cometidos hacia los indígenas, pero quizá lo más destacable es que actúa como la ideología-raíz³⁰ la cual se opone al movimiento

30 En este punto me refiero como ideología-raíz a la ideología que se presenta como el centro nodal a las demás manifestaciones ideológicas que se van

político-ideológico del reconocimiento histórico-indígena en la novela.

Por otra parte, y si bien los acontecimientos representan un aspecto imprescindible para la conformación de la trama, el segundo aspecto de la mimesis II no puede ser soslayado ya que implica otras características fundamentales en esta conformación. Éste aspecto, que caracteriza a la trama como mediadora, tiene como función integrar factores tan heterogéneos como agentes, fines, medios, interacciones, circunstancias, etc. La configuración de la trama implica que al poner en orden todos estos aspectos, la historia comienza a tomar legibilidad y, por tanto, congruencia. Por consiguiente, la forma en que se articulan y ordenan todos estos aspectos dará como resultado la totalidad de la narración.

Como en la primera sección —que corresponde a la estructura de la novela— nos enfocamos en los agentes, sólo basta aclarar cómo se desempeñan estos creando una amplia red en la que intervienen fines, medios e interacciones. Analizar no sólo las características de los personajes, sino cómo llegan a ser lo que son, es lo que diferencia un

acolchando (articulando) a la central. Ésta raíz la podemos identificar por ser una constante en toda la narración. De esta misma forma podemos plantear que su antítesis es la concerniente al reconocimiento indígena por medio de la acción política y armada.

análisis puramente estructural de uno con enfoque hermenéutico. Es así, que podemos entrever varios incidentes de la historia los cuales se van urdiendo (junto con todos estos elementos) en un todo coherente y funcional. En *Nudo de serpientes* se visibiliza este proceso desde el acontecimiento que marcó el sendero que recorrería Moisés: la matanza de Wolonchán.³¹ Si bien, la novela misma adquiere su nombre por este acontecimiento,³² la clara orientación por narrar las vejaciones hacia indígenas y el surgimiento del EZLN como la solución a estas, nos sugiere que la orientación va dirigida a este punto en particular. Sin embargo, los hechos acaecidos en Wolonchán siguen siendo el punto de ruptura: implican un antes y un después en la trama, no por nada la primera parte de la novela se titula «Los caminos de la conciencia».

Para comprender mejor los fines, medios, las interacciones y las circunstancias, es menester comprender el proceso por el cual se constituye esto. El inicio de la constitución de todo este entramado nos remite a las reminiscencias de Moisés y nos sitúan en «San Miguel, donde él y

31 Denoto este acontecimiento en particular puesto que supone un antes y un después en el recorrido que haría Moi -como actante- hasta convertirse en el Mayor Moisés -como personaje- acentuando, a su vez, la serie de relaciones que mantendría con los demás actores y personajes.

32 Nudo de serpientes es la traducción al español de Wolonchán, en tzotzil.

sus padres fueron acasillados» (Ibíd, p. 16). Este punto es crucial, puesto que las relaciones que ahí entablan tanto su padre como él con el general Augusto Castillejos, nos trasladarán posteriormente a una serie de encuentros y desencuentros con este antagonista. Por otra parte la relación que Moisés entabla en El Momón con el Colorado será de gran importancia para su desarrollo como personaje; y por fin, la relación más significativa que emprende Moisés, la encontrará al iniciar la odisea hacia San Isidro la Gringa, lugar donde conocerá a Tania, personaje también central en el desarrollo de la trama. A partir de este punto, se puede argumentar que el despertar de la conciencia ideológica de Moisés —y su posterior adscripción a las filas del EZLN— se deben precisamente a este acontecimiento. Claro está que aunque Tania haya sido el detonante principal para que la trama siguiera avanzando, no se puede negar que ya existían atisbos muy precisos de que Moisés comenzaba a cobrar un sentido de autoconciencia. Esto lo podemos hallar páginas anteriores a este acontecimiento en las siguientes líneas: «¿Qué estás haciendo?, ¿Hasta cuándo seguirás regalando tu alma a los finqueros?» (Ibíd, p 38). No cabe duda que la amplia red que se construye a partir de las relaciones que entablan los personajes (incluyendo las motivaciones, fines y circunstancias) influye de tal for-

ma que sería imposible pensar la trama sin esta amplia red de significaciones.

Por último, la trama cumple su función por un tercer motivo: el de sus *caracteres temporales*. Estos tres aspectos o características le permiten a Ricoeur establecer a la trama como la síntesis de lo heterogéneo, puesto que:

La trama combina en proporciones variables dos dimensiones temporales: una cronológica, otra no cronológica. La primera constituye la dimensión episódica de la narración: caracteriza la historia como hecha de acontecimientos. La segunda es la dimensión configurante propiamente dicha: por ella, la trama transforma los acontecimientos *en* historia. Este acto configurante consiste en «tomar juntas» las acciones individuales o lo que hemos llamado los incidentes de la historia; de esta variedad de acontecimientos consigue la unidad de la totalidad temporal. (Ricoeur, 2004, p. 133)

En esta fase de la mimesis es considerable que la traslación —a partir de la configuración de la trama— del contexto sociocultural a la narración, logra su cohesión e inteligibilidad a partir de estos aspectos que distinguen y emparentan tanto a la mimesis I como a la mimesis II. Y es en este tercer aspecto de la mimesis que los elementos temporales logran darle unidad a la narración, puesto que es un rasgo específico que podemos encontrar en todo contexto sociocultural. Este factor temporal —soslayado por

muchos— es una constante en el trabajo de Ricoeur y no es para más, puesto que, tanto en la narración como en el tiempo del obrar y el padecer, nuestras acciones se desarrollan *en* el tiempo, lo cual puede llegar a causar cierta confusión si no se conocen los elementos que dan consistencia a estas funciones temporales.

3.3.3. El tiempo refigurado: el tiempo hecho narración

Finalmente, para comprender cómo la narración adquiere su sentido de totalidad y plenitud, es importante remarcar la relación que permea todo el trabajo de Ricoeur: el del tiempo y la narración. Si bien, en mimesis II se configura la trama, esta no puede llegar a estar considerada como completa hasta que encuentra su plenitud en la mimesis III y ésta sólo puede ser alcanzada cuando es restituida «al tiempo del obrar y del padecer». No obstante, el recorrido de la mimesis sólo alcanzará su cumplimiento en el oyente o el lector. En otras palabras, mimesis III es la intermedia entre el mundo del texto y el mundo del oyente o del lector: «intersección, pues, del mundo configurado por el poema y del mundo en el que la acción efectiva se despliega y despliega su temporalidad específica» (Ricoeur, 2004, p. 140). Por si fuera poco —y siguiendo los paradigmas de

la teoría de la recepción— Ricoeur expone la importancia del lector, la obra y lo que toma como referencia esta última. Tres aspectos son claves para entender esta estructura ya que sin estos la trama carecería de sentido y sería un cúmulo vacío de significados. Por otra parte, para Ricoeur, el texto en sí mismo es un espacio que el lector va llenando con su propia experiencia. Independientemente de la complejidad de la obra, esta posee vacíos y zonas de indeterminación las cuales el lector se encarga de llenar:

Finalmente, es el lector el que remata la obra en la medida en que [...] la obra escrita es un esbozo para la lectura; el texto, en efecto, entraña vacíos, lagunas, zonas de indeterminación e incluso, como el *Ulises* de Joyce, desafía la capacidad del lector para configurar él mismo la obra que el autor parece querer desfigurar con malicioso regocijo (Ibíd, p. 148).

Sin embargo, este recorrido no podría ser completado sin la experiencia del lector y la función referencial que la obra encierra en su configuración. A esto Paul Ricoeur lo llama horizontes del mundo. Tanto el lector como la obra se complementan por los paradigmas que encierran: el primero a través de la experiencia en el mundo de la acción

y la obra, por su parte, como instrumento extralingüístico del mundo fenoménico:

Toda referencia es correferencia, referencia dialógica o dialogal. No hay, pues, entre la estética de la recepción y la ontología de la obra de arte. Lo que el lector recibe no sólo es el sentido de la obra, sino también, por medio de este, su referencia: la experiencia que esta trae al lenguaje y, en último término, el mundo y su temporalidad que despliega ante ella (Ibíd, p. 150)

La tercera característica que retoma Ricoeur, es la importancia que tienen las obras literarias en la aportación de experiencia que hacen estas al lenguaje. De nueva cuenta nos topamos el acto de lectura y la intersección tanto del horizonte del lector y del mundo del texto. Si bien, Ricoeur considera que pese a que el lenguaje retórico utilizado en una determinada narración puede llegar a ser confuso, el reino del como-si se despliega como consecuencia del uso de este lenguaje. Por consiguiente, no funge como lenguaje empírico capaz de corroborar el dato real mediante la observación y la descripción, sin embargo, aun así este mantiene la capacidad de desbordar sus límites puramente retóricos y afectar el mundo efectivo: esto es, nuestra realidad. La capacidad que tiene el lenguaje literario para socavar las estructuras o, por el contrario, para fortalecer el

orden hegemónico en turno, es, para el hermeneuta, lo más bello y peligroso del mundo del texto literario:

Este fenómeno de interacción abre todo un abanico de casos: desde la confirmación ideológica del orden establecido, como en el arte oficial o la crónica del poder, hasta la crítica social e incluso la burla de todo «real». Incluso la extrema enajenación en relación con lo real es también un caso de intersección (Ibíd, p. 151).

Como podemos observar, los recursos que brinda el lenguaje literario son de control o crítica social. El papel que juega en la concreción de la ideología dominante o, por el contrario, de su contraparte reaccionaria, es más que evidente, lo cual deja entrever las aseveraciones hechas por Ricoeur.

Por tanto, es de interés para este análisis realizar el camino completo en el recorrido propuesto por la mimesis. En esta última fase, el lector cobra una relevancia más que preponderante para completar este círculo hermenéutico —o como Ricoeur prefiere llamar, espiral, para dejar de lado la imagen del círculo vicioso—. Es en este punto en el que no sólo la obra debe ser analizada por sus características ideológicas, sino que también el lector juega un papel determinante ya que también pone su carga ideológica para llenar los intersticios presentes en la obra y que, en cierto sentido, es una forma de realizar una intersección de

estos dos horizontes ideológicos. Tanto lector como obra literaria se encuentran desnudos al tropezarse con esta convergencia: por una parte el novelista, al elegir cuidadosamente los elementos (incluidos los ideológicos) que conformarán la trama, toma como referencia los fenómenos del mundo de la acción y los entreteteje, de tal manera que construye una narración con la cualidad de ser recordada con posterioridad; por otra parte, el lector también se ve implicado ideológicamente ya que se opone a la ideología del escritor o viceversa, aprueba y se compenetra ideológicamente ayudando a negar/afirmar la postura ideológica que se presenta en la narración.

De esta forma *Nudo de serpientes* nos muestra una postura muy particular al estar a favor del movimiento neo-zapatista, enfatizando determinados acontecimientos que intentan —en una primera fase— aleccionar y, posteriormente, persuadir al lector para que simpatice con las acciones y acontecimientos narrados: el fin último de la novela es crear una conciencia política y sociohistórica en el lector, provocando un sentimiento de malestar para culminar con la aprobación de los sucesos acaecidos en enero de 1994, encumbrando a sus agentes hasta el grado de ser representados como héroes, sin otras características que los distinga aparte de sus virtudes, mismas que permean a

lo largo de la novela. Por consiguiente, estas características con las que fue escrita la obra, pueden provocar simpatía o antipatía en el lector, dependiendo de la filiación política-ideológica a la que se adscribe. Por tanto, al mencionar la carga subjetiva de la cual es partícipe no sólo la obra sino el público lector, nos desplazamos en una dimensión en la que las manifestaciones ideológicas se encuentran en pugna y que de cierta manera, esto puede provocar cambios en la recepción de la obra. Es por ello que la lectura, como acto refigurativo, adquiere una gran relevancia, ya que sólo al llevar a cabo este acto es posible hablar de una ideología dominante³³ o una que navegue a contracorriente, sea cual sea su filiación política.

Es así que al final de este círculo hermenéutico que es la triple mimesis, se vislumbra en su tercera fase el papel que juega el o los lectores con el acto refigurativo. Por tanto, el eslabón que permitirá conectar la mimesis I con la mi-

33 Para observar con más detenimiento el papel que juega la subjetividad en este proceso, se realiza la pregunta: ¿cuál sería la ideología dominante en un público conformado (en su mayoría) por simpatizantes del EZLN? Basta aclarar que entiendo, por ideología dominante, aquella que permea y sugiere cierta hegemonía en determinado grupo social y que, independientemente de su fin, puede o no ejercer control absoluto sobre sus miembros. La ideología dominante sería la que sin necesidad de ser coercitiva asegura cierta cohesión del grupo, delimitando las acciones de aquellos que no comparten (completamente) los postulados que aseguran la supervivencia de esta. De esta manera podemos hablar de la ideología política del EZLN como dominante sin necesidad de que sea un símil de la ideología oficialista del Estado.

mesis II es la lectura, ya que esta: «Es el último vector de la refiguración del mundo de la acción bajo la influencia de la trama.» (Ibíd, p. 148) Es por ello que para Ricoeur el texto sólo puede llegar a ocupar la categoría de obra cuando la lectura — como acto realizado por el lector — y el momento estético — producto de la obra — se encuentran íntimamente ligados.

Es en esta parte donde debemos plantearnos la importancia que tiene el contexto social en la creación de la obra, ya que como expone Ricoeur, el mundo del lector funge como referencia y parte constitutiva de la narración; el lenguaje no constituye un mundo por sí mismo, sino que hace referencia a *algo*, al mundo *en* el que está inmerso. «Por estar en el mundo y por soportar situaciones, intentamos orientarnos sobre el modo de la comprensión y tenemos algo qué decir, una experiencia que llevar al lenguaje, una experiencia que compartir.» (Ibíd, p. 149)

Esta experiencia llevada al lenguaje supone la mayor exposición de los motivos del por qué la narrativa se hace tan imprescindible para el hombre.³⁴ No sólo ficcionaliza, sino que además refleja el mundo del que se sirve como

34 Bajo esta serie de reflexiones Ricoeur plantea que: «Contamos historias porque, al fin y al cabo, las vidas humanas merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y pide narración.» (Ibíd, p. 145)

referencia. Es por ello que, tanto el reflejo como la interrelación entre texto y contexto, es lo que nos permite abordar las relaciones ya no sólo semánticas, simbólicas y temporales del mundo pre-figurado (fenoménico) con el mundo del texto, sino que también nos permite realizar un análisis de la psique de los agentes y su relación con otros, en un todo configurado (como si de una Caja de Petri se tratase) en la que podemos observar, a detalle, los orígenes y consecuencias de sus acciones en el tiempo-espacio.

CAPÍTULO CUATRO

NUDO DE SERPIENTES: ENTRE LA IDEOLOGÍA Y EL MUNDO NARRADO

Una de las grandes ventajas que presenta el mundo de la narración frente al mundo fenoménico es la posibilidad de ver urdidas todas las acciones que ayudaron a configurar la trama y ubicarlas en un único corpus completo, ordenado y sistemático. Las posibilidades son vastas, ya que la narración se puede configurar —a tal grado— que la refiguración que hace el lector constituye el inicio de una valoración constante de las acciones puestas en orden. Esto implica que el lector puede realizar un sinnúmero de lecturas: re-pasando, re-pensando y re-significando todo aquello que el narrador ha construido. Por consiguiente, todo acto de narrar, implica a su vez, un acto reflexivo por parte del lector.

Este preámbulo marca el final del ciclo de la mimesis de Ricoeur que comenzó con la mimesis I y continuó con la mimesis II. De esta forma no es gratuito que este trabajo se centrara en los acontecimientos históricos que antecedieron al levantamiento armado del noventa y cuatro para, posteriormente, continuar con los aspectos configuradores de la trama. Este último capítulo, por consiguiente, se cen-

tra en la re-figuración de la trama, misma que ahonda en la novela en su totalidad.

A su vez, el papel que juega el autor, no solamente como una voz pasiva, sino como aquel artífice encargado de convencer a su público de lectores, es el que se prefiere para este trabajo ya que transgrede los conceptos formales de la crítica y el análisis literario de corte canónico.

Todos estos puntos son los que se intentan enlazar para consolidar un análisis coherente y complejo, que logre unir la trinidad autor–obra–lector, misma que resulta indispensable para comprender el recorrido de la mimesis paulriqueriana.

4.1. Los caminos de la ideología: metamorfosis y redención

La forma en que se ve estructurada la novela es por medio de tres capítulos: el primero, titulado Los caminos de la conciencia; el segundo, El general y el soldado; para finalizar con Las venas abiertas de Wolonchán. Además de esto, son notables los epígrafes que preceden a cada capítulo. Estos paratextos de autor, como nos los da a conocer Genette, son especialmente llamativos puesto que citan a Jacinto

Kanek, Octavio Paz y Ulises Córdoba (poeta chiapaneco) para los tres capítulos del libro, respectivamente. Estos paratextos sirven a manera de aperitivo, puesto que nos adelantan un poco sobre el contenido de la sección, pero también nos brindan un atisbo del posicionamiento del autor. En consecuencia, el epígrafe puede presentar dos funciones, una como un comentario esclarecedor o justificación; la segunda, y con la que se decanta esta observación, consiste «en un comentario del texto, que precisa o subraya indirectamente su significación» (Genette, 2001). Por consiguiente, los paratextos nos sirven como complemento del corpus de la narración, proporcionándonos un indicio de la orientación ideológica del autor.

Es así que en la primera sección se presentan los dos antagonistas principales: Moisés y El General Augusto Castillejos. Ambos se encuentran en una cabaña en la selva: el primero como custodio y el segundo como prisionero. La quietud que rodea la cabaña da paso a una serie de recuerdos que llevan a Moisés a tener *flashbacks* del primer encuentro con el General. A partir de acá, inicia la travesía de Moisés por los senderos de la conciencia (como él mismo enuncia reiteradamente): de sus primeros recuerdos cuando él y su papá servían al General; de los años posteriores —cuatro años después para ser exactos— cuando

Moisés volviera a buscar a Castillejos, ya que en su niñez éste le había prometido que sería uno de los suyos; hasta su encuentro con el Cochi y Tania y su ingreso a las filas de lo que sería el EZLN. Todos estos aspectos son relatados por un narrador omnisciente de carácter extradiegético. Este punto es de suma importancia, puesto que por una parte los personajes exponen su propia ideología mediante su discurso, pero a su vez, el narrador también expone y configura ideológicamente a los personajes. A esta doble propiedad discursiva en la narración, Ricoeur la identifica como punto de vista y voz narrativa, para diferenciar a los personajes del narrador:

Todo punto de vista es la invitación dirigida al lector para que dirija su mirada en el mismo sentido que el autor o el personaje; en cambio, la voz narrativa es la palabra muda que presenta el mundo del texto al lector [...] (Ricoeur, *Tiempo y narración II*, 2004).

Parto de esta observación en cuanto a la disposición del autor para ordenar el relato, ya que esto mismo marca la forma en que se construye la diégesis en *Nudo de serpientes*. Es decir, que si bien los personajes nos presentan un punto de vista de los acontecimientos conforme avanza la narración, el narrador también se despliega como una

presencia ideológica que construye la trama y, a su vez, aprueba o desaprueba el discurso de los personajes.

Esta premisa dirige nuestra atención hacia el primer capítulo (Los caminos de la conciencia) donde Moisés pasa de los días de ser un acasillado de Augusto Castillejos a despertar una conciencia crítica de su contexto. Sin embargo, esto no ocurre de la noche a la mañana, y el recorrido de ser un actante a personaje, suele estar marcado por una constante pugna discursiva. En esta constante pugna —en su ir y venir— se identifican dos momentos en los que existe un cambio en Moisés: la masacre de Wolonchán y el encuentro con Tania, ambos, como puntos medulares para el despertar de Moisés y su consecuente redención. De esta forma, podemos notar que después del término del primer suceso, se presenta un cambio en la manera en que relacionaba la imagen del General con la de un padre todo protector y generoso, imagen paternalista que algunos finqueros intentaban mantener con sus trabajadores explotados *in extremo*:

Las ideas de Moisés se confunden y trastocan, las leyendas que su padre le contaba sobre el General han perdido credibilidad; esa figura paternal, omnipresente, se va transformando con hechos que le lastiman el corazón, convirtiéndose en una sombra que lo persigue a todas horas, en cada uno de sus actos, cuestionándole la sumisión incondicional a los Castillejos durante estos años;

esa voz repitiendo Serás uno de los míos, como presagio conjurando las tardes de arduos trabajos; ahora es su propia consciencia quien le reclama día y noche, ¿Qué estás haciendo?, ¿Hasta cuándo seguirás regalando tu alma a los finqueros? (Aldana Sellschopp, 2007, p. 38)

Llama la atención la cita anterior, puesto que los pensamientos de Moisés no sólo se centran en el derrumbe de la imagen paterna de Augusto Castillejos como protector, sino que a su vez implica la de la clase política como aquella que no puede solventar los problemas de su pueblo y sólo sirve como lastre. Este fragmento es indispensable para comprender cómo evoluciona Moisés, pero también nos ayuda a echar luces sobre cómo construye la imagen (el autor) de la clase finquera y política chiapaneca. Período de negación y de incredulidad ante su posición e íconos de protectores. Esta evasión también implica cierto nivel ideológico, porque ya no se cree, no se confía en la imagen del poderoso: al contrario, el poderoso se ve despojado de toda máscara y pasa a re-significarse como el explotador, el saqueador, aquel que sólo busca su propio beneficio a costa del derramamiento de sangre y la opresión. Por tanto, podemos situar tres niveles ideológicos: la primera es la que nos da testimonio Moisés de su viva voz, como el primer nivel visible; el segundo es el de la figura re-significada del terrateniente y político chiapaneco; la tercera es

la suma de todo esto y viene a converger en un nihilismo hacia la imagen del poderoso: imagen que se perpetúa en los hacendados, los políticos-gobernantes³⁵ y, en general, todo aquel que explota indiscriminadamente los recursos tanto humanos como naturales de su contexto.

El otro punto medular que inclina la balanza a favor del despertar de la conciencia de Moisés, es su encuentro fortuito con Tania. Este se da por una serie de sucesos que lo llevarán hasta ella. Cabe destacar que el influjo que logra tener Tania en Moisés, no se presenta en un instante, sino que más bien funciona como una suerte de cierre a todas las atrocidades que Augusto Castillejos había cometido. Entre ellas se puede rememorar la tortura que sufrieron dos amigos de Moisés —Tomás y Felipe— al demandar unas hectáreas de tierras que estaban bajo el dominio del General. Este suceso también marca una línea entre lo que la figura del padre representa y lo que realmente es: en pocas palabras, la figura del General se desdibuja aún más del imaginario de Moisés para re-constituirse en todo su sentido.

Ahora bien, lo que realmente comenzará a re-construir a Moisés, tiene como partida su llegada a la región de los

35 Nihilismo que se puede apreciar en la conversación que mantienen Moisés y el Colorado haciendo referencia al entonces gobernador Juan Sabines y su supuesta ayuda económica.

Chimalapas, en la que por órdenes de Augusto Castillejos se debía explotar la región y, muy especialmente, los árboles de la zona. Si bien, en este punto Moisés ya había logrado distinguir que la imagen del General Castillejos distaba de lo que realmente era, aún seguía trabajando para sus órdenes. No obstante, el punto de inflexión llega al conocer a uno de los ideologemas que más influyen en él a lo largo de la narración: Tania.

La incursión de este personaje representa el viraje ideológico de Moisés, e implica, a su vez, que este punto en la trama es donde mejor se expone la ideología política implicada en el discurso narrativo-ideológico. Después de un desafortunado encuentro con los policías de Oaxaca, Moisés huye desesperado —a donde creía sería su fin— pero es auxiliado por Tania a quien le cuenta sus desventuras hasta la fecha y a lo que ella responde:

Pues está dura tu historia amigo, yo también tengo mis desventuras con la injusticia, pero es otro cantar, y así como lo cuentas, es la misma historia con todos los indios de Chiapas, y muchos siguen admirando a su patrón, pero a ti te tocó el más cabresto de todos; dice Tania de ojos negros y grandes. (Ibíd, p. 58)

En la cita anterior podemos vislumbrar que son dos los aspectos que vuelven interesante el discurso de Tania: el primero, es que tiene conocimiento de la explotación que

sufre el indio, no sólo en la región en la que vive sino que es consciente que es una situación que se vive en todo Chiapas; también hace referencia a que muchos trabajadores indígenas aún tienen una imagen apologizada de su patrón, a pesar de las muchas injusticias que sufren de estos. Esto marca que a diferencia de los demás, Tania es poseedora de un sentido crítico mucho más elevado que el resto de los indígenas, evidencia que se concretará con el discurso final que brinda y sirve de conducto para la posterior adición de Moisés a las filas del EZLN:

Tania contó a Moisés quiénes eran y algunos de sus planes, con un lenguaje sencillo y claro la mujer le comentó los puntos más importantes de su ideario político, Moy escucha muy atento conceptos nuevos e incomprensibles: socialización de los medios de producción, lucha de clases, y una insistente palabra en el discurso de su compañera lo entusiasma: socialismo. (Ibíd, p. 58-59)

Es más que evidente el ideario político (en palabras de la misma Tania) que se despliega. Los principios marxistas-leninistas que expone Tania se ven reflejados a lo largo de la obra, tanto así, que en ocasiones pareciera que ese discurso proviene de un sólo personaje, desdibujando las fronteras entre cada personaje ideologemático:

No es posible que el gobierno exhiba estas cifras para hacer creer a la gente que además de todas las chingaderas del General, ahora resulta ser el mejor gobernador de la

historia de Chiapas, la mentira siempre su mejor arma y claro hay que sumar toda la indiferencia de la gente y la falta de conciencia histórica. (Ibíd, p. 71)

Y más adelante:

No es posible, dice Tania enfurecida, tiene razón el Cochi, ya está preparando el frente electoral, la cosa se va a poner difícil, en el centro de la república se están partiendo el lomo las organizaciones sociales y los partidos políticos, pero de nada servirá y aquí todo indica que el próximo gobernador será Patrocinio González Garrido y Carlos Salinas de Gortari el presidente; se agita la muchacha paseándose por el patio [...] (Ibíd, p. 73)

El núcleo discursivo que se presenta a lo largo de la obra es muy similar, y pone de manifiesto su filiación hacia una corriente política de izquierda aunado a los postulados marxistas-leninistas puestos en un contexto localista. El problema, pues, no eran los finqueros *a priori*, sino el alto grado de corrupción e ineficiencia que se gestaba en los altos cargos del gobierno estatal y federal mexicano. La incertidumbre, el clímax de insatisfacción y desconfianza que produce la vida política es un referente que se vislumbra en toda la novela a lo largo de los discursos de sus actores principales.

Es así, que «Durante ocho meses de convivencia constante con sus compañeros» Moisés experimenta la «con-

versión» hacia la izquierda, una izquierda crítica con su contexto y con sus actores mismos. Hay que hacer notar que después de este periodo, Moisés incorpora a su discurso todo este bagaje marxista, con una ideología que se afilia a la lucha armada. Fuera de lo que se pudiese pensar de esta conversión, la única desazón que sufre Moisés en este proceso es la de no haberse dado cuenta de las injusticias, del dolor y la sangre derramada... de los problemas de la sociedad. El proceso que experimentó fue largo y extenuante, mas no se puede encontrar ningún otro conflicto en el personaje, como si el haberse despojado de su pasado inmediato como acasillado no le trajera más conflicto que el hecho de sentir vergüenza por no haberse dado cuenta antes de las injusticias que le circundaban. Si bien, no se le puede «exigir» al novelista un mayor desarrollo psicológico del personaje, este hecho abona a que se aprecie de una manera un tanto lineal y predecible la transformación de su personaje central, el cual se puede ver el final de esta metamorfosis con su discurso entremezclado:

Yo fui unidimensional, como dice el Marcuse; piensa satisfecho de estar consciente de su transformación, por eso respeta y quiere tanto a sus compañeros, fueron ellos quienes lo convirtieron en un verdadero ser humano, imposible desertar o traicionarlos, entiende sus sentimientos de lealtad, jamás podrá cambiar; se ha ganado la confianza y el cariño de todos sus camaradas, especialmente

de Pedro, Tania lo quiere como a un hermano, aunque Moy está perdidamente enamorado de ella. (Ibíd, p. 88)

Cabe destacar que la mezcla que surge del punto de vista del personaje y de la voz narrativa del narrador, ambas en un tono que roza la certidumbre y el compromiso total con las filas del EZLN, son la suma de la perspectiva ideológica estructurada del grupo guerrillero: la unidad, reflejada en la camaradería, y el romanticismo a la vida comunal son parte de la introspección que tiene Moisés: la lealtad que jura —en palabras del narrador— es una que no puede ser quebrantada o corrompida ya que se fundamenta en el cambio que estos causaron en él.

Así pues, el cierre del primer capítulo se despliega con la incorporación de otros personajes que marcaron un hito en la filas del EZLN: el sub comandante Pedro, el sub comandante Marcos y Tacho, por mencionar algunos, los cuales sostienen diálogos que ayudan a sostener el viraje ideológico que dio Moisés y que repercuten en su concreción como personaje. Estos ideogramas de los personajes —Marcos, Tacho y Pedro— están cargados del irónico (e hilarante) discurso que Marcos efectuaba ante los medios de comunicación, no sin dejar de lado todo el peso de la ideología marxista.

El primer capítulo se distingue, pues, por la exposición de los motivos que tuvieron varios indígenas —en los ojos de Moisés— para unirse al EZLN; los maltratos, abusos y vejaciones que ejercieron los terratenientes chiapanecos hacia las distintas comunidades; la conformación del EZLN, así como sus orígenes; los saqueos indiscriminados que varios grupos políticos llevaron a cabo en la región y la constante represión del gobierno de Castillejos a grupos campesinos e indígenas.

El recorrido del primer capítulo termina con los preparativos finales para emprender la guerra en contra del gobierno federal en el núcleo del EZ, hasta la captura del General Augusto Castillejos y su confinamiento en el interior de la selva. Este último acontecimiento marca —la ahora— perspectiva ideológica de los terratenientes explotadores, misma que se manifiesta como un ideologema antitético de los rebeldes neozapatistas.

4.2. El espectro de la historia: Bernal Díaz del Castillo

Con el General Augusto detenido, se inaugura la segunda parte de la novela, en la cual se busca confeccionar la trama a tal grado que puedan convivir dos tiempos: uno de corto

y otro de largo aliento. El primero representado en el personaje de Moisés mientras que el segundo se ve materializado con la presencia de Bernal Díaz del Castillo, el cual no es más que una alucinación del General provocada por una intensa fiebre. Esta fantasmagoría suele recriminarle al General su papel tan deficiente en cuanto a las acciones beligerantes de los indígenas y el posterior descontrol, mismo que devendría en la conformación del EZLN.

Si bien, este recurso narrativo es utilizado con varios fines, quizá el más notable, y susceptible por el lector, es el de contraponer la ideología política del EZLN (representada por Moisés) a la de los hacendados chiapanecos (representados por Bernal Díaz del Castillo). No obstante, también sirve como un memorial de agravios en contra de los indígenas desde la llegada de los españoles, con la salvedad que esta serie de masacres es narrada desde el punto de vista del opresor. Por otra parte, también es una forma de denotar la ineptitud de Absalón Castellanos,³⁶ de la cual era recurrente mofarse cuando era gobernador. Todos estos aspectos configuran un corpus ideológico en el que se funden y entremezclan para dar como resultado el ideogema de Bernal Díaz del Castillo, mismo que se ve

36 Recordemos que Augusto Castillejos es el alter ego de Absalón Castellanos, el cual fue objeto de la constante sorna por la aparente ineptitud con la que dirigió el Estado de Chiapas durante su cargo como Gobernador.

reflejado en su discurso, en el que incorpora, además, un acontecimiento relevante de la historiografía chiapaneca:

Bernal Diaz del Castillo arremete: Ellos manipulaban almas y creencias, en eso nos aventajaban, y mira que se hicieron ricos, hasta cuando tuvimos el levantamiento de los tseltales en mil setecientos doce, nos donaron cincuenta y cuatro esclavos negros para aplastar a los rebeldes, además de acompañar su colaboración con ciento cuarenta reses y otro tanto de sus caballos de sus estancias. Pero perdieron su poderío gracias a nuestro esfuerzo y tenacidad, así las posibilidades nos fueron dando posibilidades de fortalecer la riqueza; fuimos los hacendados quienes nos beneficiamos con las cláusulas de la ley de desamortizaciones que quitaron las tierras a los clérigos, ¡ganábamos la batalla!, y sabes generalito ¿quiénes se aprovecharon?, tus antepasados, esos hombres que no has sabido emular, las familias Castillejos y Domínguez, nadie como ellas para valerse de las leyes y hacerse de tierras y aguas; mientras el Congreso estatal discutía si debían declararse o no los ejidos, los hacendados nos armamos para arrebatarlos las tierras de los indios, así hicieron tus abuelos y tíos abuelos, Amado, Abel e Isidro Castillejos [...] (Aldana Sellschopp, 2007, p. 199-200)

Contraoponer, rememorar y ridiculizar, tal es el efecto que el discurso de Bernal Díaz del Castillo tiene y la forma en que se presenta es revistiéndola de una aparente carga ideológica racista de los terratenientes chiapanecos. Este revestimiento actúa de tal manera que en determinado momento se pudiera apreciar que su único fin es contraoponerse al discurso liberador de los neozapatistas, pero en un

segundo plano, también tiene como propósito conmover al lector y justificar el porqué del levantamiento armado del noventa y cuatro, todo esto, partiendo de un aparente discurso que sólo se coloca en un posicionamiento racista-elitista. Huelga decir que estamos en presencia de una multiplicidad ideológica,³⁷ la cual se fundamenta en los distintos aspectos que se plantean en el texto y que tienen como efecto la construcción de un sistema de creencias muy amplio.

Los efectos que tiene el discurso de Del Castillo, aportan más que el simple hecho de ser un discurso hegemónico enunciado por el ideologema, y se enarbolan en el hecho de ser un instrumento canalizador del desprecio y odio hacia el asesino y represor de campesinos e indígenas chiapanecos: Absalón/Augusto:

Sí Generalito, escucha la voz distante de Bernal, Usted es un paria de la guerra, una tristeza para los hombres de armas, dígame ¿en cuántas batallas participó?, ¿Cuántas campañas dirigió?, ¿siempre como soldado de membrete!, un cobarde protegido por las insignias de la corrupción, generalito de salón con el coñac bien servido, ese es el ejército al que perteneces, jamás podrán enfrentarse en una verdadera guerra porque son ineptos, dime, ¿cuántas heridas tienes en el cuerpo de señorito?, las únicas

37 No la del personaje, porque este tiene una ideología muy bien definida en la narración, sino del narrador-autor, que construyó con cierta intencionalidad su discurso para reflejar este efecto en el texto partiendo de un discurso de odio.

heridas que llevas son las del ego, tus condecoraciones son tan vacías como tu honor de general, ¿crees que dirigir una escuela militar te convertiría en soldado?, sus colegios militares son el recinto de la ausencia, es ahí donde el joven soldadito aprende a asesinar pobres, indefensos muertos de hambre, mírense ahora, una horda de gavilleros los tienen cagados de terror, nunca tuvieron un adversario verdadero, matar indios y dirigir fincas no es lo mismo que batirse con la muerte en el campo de batalla[...] (Ibíd, p. 205)

Con un carácter incisivo, mordaz, insultante, casi predatorio, es como se dirige Bernal Díaz al General Augusto. No por nada el título de este capítulo es El general y el soldado, haciendo hincapié en la relación textual que mantienen Augusto y Bernal, teniendo a este último como foco de atención de este apartado. Cabe destacar que los distintos acontecimientos históricos que se rememoran a partir del discurso de Bernal Díaz, deben ser vistos como eslabones históricos que se anudan para conformar este tiempo de largo aliento que se mencionaba al principio y que, a su vez, sirven como justificación para el alzamiento del EZLN en la novela.³⁸ Por consiguiente, en lo que podríamos pensar a simple vista que es la reproducción de un discurso de odio racista por parte de Del Castillo, también nos encon-

38 Como pudimos ver en el capítulo correspondiente al surgimiento del EZLN, los motivos de su conformación fueron más allá del simple hecho de pelear por la liberación de los indígenas de Chiapas y si bien, de esto se da cuenta Moisés en el primer capítulo de la novela, no deja de ser un tópico recurrente en la obra de Aldana Sellschopp.

tramos con este sustrato ideológico que rememora acontecimientos de una historia primigenia, como una forma de ilustrar y aleccionar al lector sobre los acontecimientos previos al levantamiento armado de 1994 y que, de cierta forma, se encontraban vinculados por la inmutabilidad de los procesos de dominación finquera en Chiapas.

De esta manera, el ideologema de Bernal Díaz del Castillo, representa algo más que el simple acto discursivo de un terrateniente reproducido por el novelista; es, en primera instancia, la suma de los acontecimientos configurando un tiempo de larga duración; también es una forma de socavar la imagen del general tan impunemente descuidada que, hasta la captura de los neozapatistas, había gozado de cierta libertad al evadir toda reprimenda.

Es así, que lo que en un principio nos parece una figura muy evidente del autoritarismo y explotación indígena, también oculta otros rasgos y características que nos dicen aún más y que, de cierta forma, no se emparentan con el discurso de este personaje antagonico. En suma, lo que Bernal Diaz nos quiere dar a conocer es la historia de Chiapas como una serie de atropellos hacia las comunidades indígenas de la región; el discurso racista de superioridad que imperaba —y aún sigue imperando— en las gruesas filas elitistas de los caciques chiapanecos; y, finalmente, la

ineptitud de un gobernador que se caracterizó, en su momento, por una mala administración y la crueldad con la que mermó los distintos movimientos campesinos. Todo esto es acotado por Moisés, que interpela diciendo «El general inaugura su entrada a la conciencia, el recinto de los espejos» como si de un guiño hacia el lector se tratase, incitando a que también él ha dado el primer paso hacia esa morada.

4.3. La otra cara del discurso: Wolonchán y el EZLN

El tercer capítulo titulado *Las venas abiertas de Wolonchán*, en franca relación intertextual con el ensayo de Eduardo Galeano, nos lleva a transitar el acontecimiento que, en parte, le da nombre a la obra: la masacre de Wolonchán. Es así que la última escena se desarrolla en la misma cabaña en la que convergen los personajes del General Augusto Castillejos, la fantasmagoría de Bernal Díaz del Castillo y Moisés. La escena transcurre después de una serie de reclamos que Bernal Díaz le hace al General, en los que destaca los asesinatos del campesinado sucedidos en Wolonchán. Como punto culminante, el mismo Bernal Díaz le hace notar a Augusto Castillejos que, de cierta forma, su

incompetencia al lidiar con ese suceso ha desembocado en la rebelión indígena y su consecuente cautiverio:

Wolonchán, los salvajes tampoco olvidan, por eso te tienen aquí, y mira que hace poco tiempo, mil novecientos ochenta, entonces sabían arreglar los problemas; los finqueros controlaban las vidas de su peonada, debo reconocer que fueron maestros en el arte de someter a los pobres infelices; sí, sólo nuestros trescientos años de colonia se les compara, nuestras artimañas y jugarretas fueron heredadas fielmente a sus padres, a los hijos, a los nietos, ¡a ustedes hombres de razón y alma! (Aldana Sellschopp, 2007, p. 228-229)

De la misma forma que en el capítulo anterior, el ideograma de Bernal Díaz muestra cierto resentimiento hacia Castillejos, haciéndole notar que hubo una gran diferencia en cómo se manejaba Chiapas con anterioridad y cómo lo hizo él. No obstante, de la misma forma que el capítulo anterior, Díaz del Castillo no solamente enuncia su discurso para recriminarle estos aspectos superfluos al General, sino que en un nivel textual más profundo, también sirve para dejar constancia de los excesos que tuvo en su periodo como mandatario. Esta es, quizá, la tercera intención del autor: la de evidenciar y dejar constancia de los muy diversos atropellos que se manifestaron en su periodo como mandatario:

¿Te acuerdas, general? Los años dorados, el paraíso en tus tierras, en tus ríos y en tu yugo, edificaste casas y cercaste predios, no se saciaban con nada, más de mil campesinos reclamando tierras, los muy alzados, como si les perteneciera algo, desagradecidos cabrones [...] (Ibíd, p. 229)

No obstante —y a pesar de que esta tercera sección lleva una tesitura muy similar a la anterior— este capítulo se destaca por poner en la mira lo ocurrido en Wolonchán. Esto nos sugiere dos aspectos cruciales en la construcción ideológica: la primera es que Moisés es el engrane que ayuda a darle sentido a toda la trama, puesto que es a partir de él que se enlazan los acontecimientos más relevantes de la novela: la masacre de Wolonchán y la conformación del EZLN. La segunda, es que a partir de la voz y mirada de Bernal Díaz del Castillo, la gran red de significados flotantes comienza a tener sentido, ya que es a partir de su discurso que las acciones del EZLN, *a posteriori*, comienzan a tener una justificación y razón de ser en el mundo del texto. Esta relación —que se nos presenta tan antagónica en un principio— entre el discurso de Moisés y el de Bernal es la que le da unidad a la novela, ya que sin Bernal Díaz la ideología anti-hegemónica neozapatista no se desplegaría en su totalidad, es decir, no tendría sentido. Es por ello que a partir de este discurso de odio, tan hondamente arraigado, la construcción del terrateniente chiapaneco —también

como ideologema— logra la plenitud del discurso ideológico opuesto, a tal grado que se vislumbra la raíz marxista como un discurso político-ideológico válido para luchar en contra de la hegemonía del terrateniente chiapaneco y su larga tradición de explotación indígena.

Por tanto, Bernal Díaz del Castillo y Moisés representan los dos ideogramas centrales en la obra de Aldana Sellschopp, ambos, en una intensa y constante pugna, aunque en la novela ni siquiera logren intercambiar una sola palabra. Al asociarse a la categoría de ideograma, no es necesario que tengan que interactuar abiertamente en el texto, porque, al adscribirse con una categoría que se ubica en el plano ideológico, basta con manifestarse en el plano discursivo para comprender que determinados binomios antitéticos son los que se enuncian y, por consiguiente, entran en pugna: libertad/opresión, sumisión/subversión, paz/violencia, memoria/olvido, etcétera. Por tanto, lo que la imagen de Bernal Díaz connota es más poderoso que lo que denota en su discurso más inmediato. Mientras que el aparente despertar de la conciencia de Moisés, se vería anticipado por la constante idealización que hace el autor de este personaje; idealización que podemos apreciar mejor en la recta final de la obra:

Yo estuve cegado durante muchos años, fuiste mi patrón y creí en tu fuerza y buena fe, la ignorancia que ustedes los poderosos influyeron en todo Chiapas fue el peor de los venenos, el eslabón que tensa la cadena de injusticia y complicidad; pero me cansé de pisar los huesos de mis hermanos, descubrí que la sangre seca era el blasón que perseguían los hombres del poder, me negué a seguir cosechando heridas, pude guardar algunos minutos de mi juventud para iluminar mi camino en las oscuras veredas de la selva, ahora soy un hombre distinto, soy Hombre, mi tiempo renace con la aurora, todas mis penas atizan el despreciable fuego de los indecisos, mi nombre ya no es Moisés hambre, Moisés pies descalzos, Moisés miradas sin vida, barro original escondido en la porqueriza, Moisés mañana sin senderos, Moisés polvo de todos los sepulcros olvidados, soy conciencia rebelde hacia el futuro, panfleto gritado por mil voces, en mi corazón humilde habita una flama silenciosa, se rompe mi edad para dejar el tiempo de las piedras, en mi pecho de miliciano se encuentran centurias, legiones, proyectiles certeros, féretros perdidos en el horizonte, un aletear de palomas acompañan mis pasos nocturnos, reinventé mi nombre en el justo momento que el miedo relampaguea por el cielo de la selva[...] (Ibíd, p. 253-254)

Hay que destacar que además se incorporan elementos estéticos que realzan el monólogo de Moisés, dando como prioridad el lenguaje poético con el que destaca su recorrido hasta convertirse en un Hombre, emancipado de todas las ideas que lo habían preconcebido y que, de cierta manera, se tornaría, en suma, idealizado a no ser que antes

de su enunciación no lo hubiese antecedido el discurso de Bernal Díaz del Castillo.

Todos estos elementos son los que construyen y delimitan los dos ideogramas predominantes en la novela, mismos que tienen como referentes, en el mundo fenoménico a los personajes históricos, organizaciones civiles, lugares, eventos, los cuales, si bien el novelista puede representar lo más fiel posible, la ideología se filtra, trastoca y entra en conflicto con la propia ideología del escritor. Es por ello que la (o las) lecturas que se hacen de las representaciones ideológicas siguen siendo válidas, porque a pesar que en el discurso narrativo-literario se pueda construir la trama a partir de estos elementos, la ideología siempre será un escurridizo, que se cuela por los distintos intersticios y que producen el efecto de convencer e implicar en el mundo del novelista al lector, un simpatizante o detractor en potencia de los elementos que el escritor pone a su disposición.

5.4. Epílogo

Aunque el motivo principal por el cual se creó el EZLN en la novela no haya sido el luchar contra el poder que ejercían los finqueros (y a pesar de que esto se expresa textual-

mente en la novela) esto no parece ser así, siendo el tema central la lucha contra la explotación indígena. Partiendo de esta premisa, podemos atravesar los niveles de *implicación ideológica*³⁹ que nos presenta el autor, poniendo en primer plano la historia de corto aliento con la masacre de Wolonchán y la conformación de las filas del EZLN, como dos acontecimientos relevantes en la obra. Estos dos eventos involucran y, por consiguiente, persuaden al lector. Al ser acontecimientos históricos, el planteamiento se sitúa más lejos que sólo intentar narrar acciones concernientes a la ficción; pero al mismo tiempo, y por el hecho de ser una obra literaria, no sólo se queda en este espacio, ya que historiza y crea un *como-si* ricoeuriano con el que se despliegan un sinnúmero de posibilidades narrativas. Esto mismo permite que las distintas ideologías se pongan sobre la mesa y se expongan, entren en conflicto y, como vimos en su desarrollo, culmine en la catarsis bien merecida.

No es extraño que el lector, al verse implicado en la narración, adopte cierta postura ideológica contrahegemónica. No obstante, la intención del novelista es clara: intenta compenetrar al lector a ser simpatizante de la postura e ideología política neozapatista. Esto ha quedado más que

39 Llamo a esto implicación ideológica porque, en efecto, el novelista trata de involucrar a su posible lector para que, de esta forma, dé a conocer un punto de un determinado tema que a él es de suma importancia y que, como finalidad, tiene el objetivo de persuadir.

esclarecido al confirmar que, hasta en el discurso del ideograma más antagónico (Bernal Díaz del Castillo), se encuentra cierta intencionalidad por mostrarnos que las acciones del grupo armado eran las correctas. Esto nos lleva a pensar que en todo discurso — sea literario o no — lo que aparentemente se presenta como una manifestación ideológica concreta, puede encerrar una intención contraria a la que se nos expone de manera textual.

Por consiguiente, *Nudo de serpientes* es más que un mero discurso propagandístico que ubica al EZLN en el centro de las luchas guerrilleras de finales del siglo XX. Más allá de las acciones y acontecimientos que el autor logra plantear, el sentido final del texto va mucho más lejos de ser un simple vehículo de la ideología neozapatista, ya que su finalidad es la de aleccionar a sus posibles lectores y no sólo dar a conocer lo acontecido. Al recrear los espacios, las situaciones y a ciertos personajes, se crea la condición de que en verdad pudo suceder todo lo que el novelista plantea (el como-si), y no sólo eso, sino que además da la posibilidad de que el lector caiga en cuenta de que esto — la masacre de Wolonchán —, hasta cierto punto, había sido velado por el discurso oficial, el olvido y la indiferencia del pueblo chiapaneco, siendo la novela el medio por el cual este acontecimiento no puede pasar desapercibido. Esto

mismo implica que la novela aún puede ser vista como un instrumento con el que se puede politizar, crear conciencia y, por qué no, crear agencia en un contexto tan despolitizado. Esto reafirma su carácter político e ideológico como algo que no puede ser soslayado o considerado como que ha llegado a su fin cuando aún se puede seguir rigiendo bajo estas características.

En conclusión, *Nudo de serpientes* no sólo supone una novela, sino que es un espacio en el que se puede llevar a conflicto a sus potenciales lectores, contagiándolos del carácter político y de su discurso antihegemónico. Es, además, una estrategia en la cual se retoman y exponen distintos acontecimientos en la historia del estado, de los cuales, la mayoría nos hablan de los procesos históricos que le fueron dando forma a Chiapas. Por tanto, comprender el discurso de *Nudo de serpientes* es comprender una parte importante de nuestra conformación como agentes históricos.

CONCLUSIONES

La producción literaria surgida, a raíz de la importancia de ver con mirada crítica los acontecimientos del primero de enero de 1994, marcó un punto de referencia en la literatura chiapaneca pero, a su vez, continuó con la larga tradición en el estado chiapaneco por ser los acontecimientos históricos los grandes protagonistas de sus páginas. De la misma manera en que los distintos conflictos indígenas en la región ocuparon, a lo largo de los años, cientos de páginas en la literatura chiapaneca, el levantamiento armado del EZLN no fue la excepción. Sin embargo, y a diferencia de los conflictos indígenas que le antecedieron, en éste sí figuraba una ideología política muy bien definida⁴⁰; ideología que tuvo su raíz a partir de los movimientos guerrilleros en México y Centroamérica.

Los méritos que el EZLN acumuló no implican — únicamente — que se les haya atribuido ser un movimiento popular o la primera guerrilla mediática en Chiapas, sino que además de todo, demostró que las fuerzas históricas que convergen en México, y más precisamente en Chiapas,

40 No obstante, es importante recalcar que en los conflictos acaecidos tanto en 1712 como en 1869, existe un escenario político que no ayuda a echar luces sobre esos movimientos, independientemente que esas luchas no hayan sido político—ideológicas.

son distintas a las del continente europeo, por poner un ejemplo. De esta forma, la discusión que permeó los inicios de esta investigación en cuanto a la legitimidad de hablar o no de movimientos ideológicos en pleno siglo XXI, se vio superada al constatar que en efecto, uno de los ejemplos más vivos lo demuestra el EZ y su lucha armada-mediática en las postrimerías del siglo XX.

Esta continuidad en los temas que aborda comúnmente la literatura chiapaneca, aunada a las distintas simpatías que despertó en la comunidad intelectual y artística el levantamiento neozapatista, contribuyó a que ese acontecimiento se viera narrativizado. Con todo ello, también las estructuras culturales e ideológicas se reflejaron en la narrativa sobre el EZLN. Con esto sólo se demuestra qué tanta influencia sigue despertando el movimiento armado de 1994, siendo un grupo que funge como líder de opinión en México.

Pero con todo ello, también es importante realizar una revisión del papel que juega la literatura (y el arte en general) en nuestra contemporaneidad. Podemos decir que es sólo una reproductora de ideologías o que, por el contrario, produce —a partir de la perspectiva e intencionalidad del novelista— nuevas ideologías que tienen como punto de partida la que se gesta en un determinado contexto so-

cial. pero no sólo en este plano hay que pensar el papel del arte y el artista, sino que también debemos situarlos en el contexto global en el que la inmediatez y vanalidad del «arte contemporáneo» han sido fuertes críticas realizadas por los más puristas críticos. ¿Es en realidad el arte contemporáneo tan vanal que su papel como activista se ha destruído con el transcurso de los años? Sencillamente es un poco temprano juzgar su papel en nuestra contemporaneidad y, también, es un poco totalitarista sentenciar que todo el arte ha perdido su papel político para ser solamente un medio más por el cual se pueden obtener regalías a partir de la creación de piezas de arte.

Para nuestra fortuna, vivimos en tiempos en los que el papel del artista no puede ser relegado al del simple observador, si no que debe ir más allá de esa somera visión con la cual es percibido y que obstaculiza su carácter político—ideológico.

Estas son sólo algunas de las reflexiones que invita este trabajo a realizar en torno a la cuestión del arte en nuestros días: no como una simple imitadora de la realidad, sino como una forma de entablar una serie de prácticas que van más allá de la simple representación estética para adoptar una serie de manifestaciones antropológicas y sociales,

siendo —uno de sus tantos fines— el activismo político, mismo que invita a crear ciudadanía.

No obstante, al referirnos al papel que juega en nuestra contemporaneidad la importancia de la ideológica política, basta con observar los distintos movimientos ultraderechistas que han surgido al rededor del mundo y que plantean un status conservador exacerbado, en el que la importancia de las fronteras geográficas, la invención de un enemigo mutuo y el anhelo por regresar al esplendor de la era fordista, han dado como consecuencia que países como Gran Bretaña y, más recientemente, Estados Unidos consoliden este tipo de manifestación ideológica, misma que se daba por terminada décadas atrás. Aunado a esto, la creciente ola globalifóbica en los países que han tomado por bandera este discurso, sólo ha refrendado el poder que aún tienen las distintas manifestaciones políticas e ideológicas. En consecuencia, todo aquel que asintió con complacencia que el ocaso de las ideologías había llegado, se habrá disgustado al ver —con horror— que la presencia de las mismas sigue más vigente que nunca. Aun así, todo apunta a que vivimos una era segmentada, donde las corrientes del pensamiento *post* convergen y viven atípi-

camente con los elementos que se creían habían quedado enterradas en la modernidad.

Es así, que por increíble que parezca, el resurgimiento de las corrientes ideológicas parece algo inminente. Pero, con todo y el resurgimiento de la ultraderecha, también ¿habrá un resurgimiento del arte como crítico del sistema y de estos discursos totalizadores?, o ¿es acaso *Nudo de serpientes* un caso aislado en una era en la que el arte yace despolitizado? Quizá no hemos observado con detenimiento y, en efecto, el arte nunca ha perdido este compromiso político en su discurso y sólo ha sabido disimular su ausencia. O quizá este sea el momento idóneo para propiciar la radicalización del arte, abriendo nuevos caminos no vistos con anterioridad. Como quiera que sea, las respuestas a estas interrogantes sólo pueden ser respondidas por su desarrollo histórico y su aceptación o negación en el transcurso del tiempo.

REFERENCIAS

- Aldana Sellschopp, A. (2007). *Nudo de serpientes*. México: Viento al hombro.
- Altamirano, C. y Sarlo, B. (2001). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Edicial.
- Althusser, L. (2003). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Argumedo, A. (2006). *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Pensamiento Nacional.
- Bajtín, M. (1994). *El método formal en los estudios literarios*. Madrid: Alianza editorial.
- Bajtín, M. (1997). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Bal, M. (1990). *Teoría de la narrativa (una introducción a la narrotología)*. Madrid: Cátedra.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica*. México: Itaca.
- Castro-Gómez, S. (2000). Althusser, los Estudios Culturales y el concepto de ideología. *Revista Iberoamericana*, 737-751.

- Cegre, C. (1985). *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Cortés Baeza, A. (2014). *El giro estético del pasamontañas*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- De La Granje, B., & Rico, M. (2005). *Marcos, la genial impostura*. México: Cal y arena.
- Eagleton, T. (1997). *Ideología, una introducción*. España: Paidós.
- Eco, U. (2007). *Historia de la fealdad*. España: Lumen.
- Eco, U. (2010). *Historia de la belleza*. Madrid: Debolsillo.
- García de León, A. (2002). *Resistencia y utopía: Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. México: Era.
- Genette, G. (2001). *Umbrales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- González Roblero, V. (2011). *El reino de la intriga. La construcción del pasado en ficciones históricas sobre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional*. Chiapas, México: UNICACH.
- Harvey, N. (2000). *La rebelión de Chiapas*. México: Era.

- Larraín, J. (2007). *El concepto de ideología* (Vol. I). Santiago de Chile: Editorial LOM.
- Larraín, J. (2008). *El concepto de ideología. Vol. II. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*. Santiago de Chile: Editorial LOM.
- Michel, G. (2003). *Ética política zapatista: una utopía para el siglo XXI*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Prada Oropeza, R. (2001). *El discurso-testimonio y otros ensayos*. México: UNAM.
- Reina, L. (1984). *Las rebeliones campesinas en México (1819 - 1906)*. México: Siglo XXI.
- Reis, C. (1985). *Fundamentos y técnicas del análisis literario*. España: Gredos.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración I*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración II*. México: Siglo XXI.
- Rus, J. (2000). ¿Guerra de castas según quién? Indios y ladinos en los sucesos de 1869. En J. P. Viqueira, *Chiapas, los rumbos de otra historia* (pág. 300). México: Era.
- Tatarkiewicz, W. (2001). *Historia de seis ideas: arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética*. Madrid: Tecnos.

- Tello Diaz, C. (2005). *La rebelión de las cañadas: origen y ascenso del EZLN*. México: Editorial Planeta.
- Van Dijk, T. (2005). ideología y análisis del discurso. *Revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*, 9-36.
- Van Dijk, T. (2006). *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*. Sevilla: Gedisa.
- Vanden Berghe, K., Huffschmid, A., & Lefere, R. (2011). *El EZLN y sus interpretes: resonancias del zapatismo en la academia y en la literatura*. México: Editorial UACM.
- Viqueira, J. P., & Humberto Ruz, M. (1995). *Chiapas: los rumbos de otra historia*. México: CIESAS-UNAM.
- Volpi, J. (2011). *La guerra y las palabras una historia intelectual de 1994*. México: Ediciones Era.
- Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zizek, S., Alemán, J., & Rendueles, C. (2007). *Arte, ideología y capitalismo*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.